



COLECCION "LA LINTERNA"

LIBORIO BRIEBA

LOS TALAVERAS

ZIG-ZAG



Introducción

Liborio E. Briebe Pacheco (1841 - 1897), escritor, pedagogo, periodista e ingeniero chileno, conocido sobre todo como autor de dos novelas históricas, que alcanzaron amplia popularidad al publicarse por entregas en la prensa, específicamente en la revista literaria *La Estrella de Chile* de Santiago: *Los talaveras* (1871) y *El capitán San Bruno* (1875). Estas extensas obras, la segunda completaba 1.200 páginas, se ambientan entre los años 1814 a 1817, en el período conocido como Reconquista. Ambas fueron reunidas después bajo el título de *Episodios Nacionales*.

Otras novelas históricas suyas, que también abordan la Independencia de Chile, fueron: *Las prisiones de Juan Fernández*, *Manuel Rodríguez*, *Los favoritos de Marcó del Pont*, *Los guerrilleros insurgentes*, *Chacabuco y la libertad de Chile* y *Entre las nieves*. Incursionó en otros géneros con *Las camisas de Lucifer*, *Los anteojos de Satanás* y *El profesor de crímenes*. Todas estas novelas fueron editadas originalmente como folletines.

Como periodista colaboró en diversos periódicos, como *El Heraldo* y *Las Novedades*. En ocasiones firmaba con el pseudónimo Mefistófeles.

Ingeniero y pedagogo

Como ingeniero fue el creador del primer ascensor de Valparaíso, el Ascensor Concepción, en 1883, por lo que se le considera el inventor local de estos funiculares. El público, sabiendo que Briebe había incursionado literariamente en temáticas luciferinas, consideró que estos ascensores eran de naturaleza diabólica, por lo que demoraron en subirse en ellos. El propio Briebe debió predicar con el ejemplo y realizar el primer viaje en compañía del alcalde de la ciudad.

También, en su calidad de ingeniero, fue el encargado de proyectar el trazado urbano de Villa Alemana y de la población El Paraíso de Valparaíso.

Como pedagogo, además de ser maestro y visitador de escuelas, fue designado Inspector de Instrucción Primaria, por el presidente José Manuel Balmaceda. Fue despojado del cargo tras la caída de dicho mandatario.

Fiel a una base histórica, sobre la que construye sus valores novelescos, el autor de esta obra ha sabido exponer, en forma apasionante y amena, los episodios preliminares de la independencia chilena.

Liborio Briebe despliega en "Los Talaveras" una habilidad poco común en la difícil exposición de unos lances complicados que constituyen el centro de la acción, y hace concurrir todos los detalles para formar con ellos un cuadro de vida y de color excepcionalmente atrayente.

Capítulo 1

EL TENIENTE DE DRAGONES

Francamente, principiemos a escribir con el más penoso embarazo. Cábenos la dolorosa necesidad de invitar al lector a recordar con nosotros el episodio más sangriento de cuantos la historia registra en las páginas de la Independencia de Chile.

Estamos en la noche del 1 de octubre de 1814, y es en el mismo Rancagua, teatro de una espantosa carnicería, donde tenemos que introducirnos para la mejor inteligencia de nuestra narración.

Penetremos, pues, entre las barricadas que interceptan el paso a los españoles, el ejército de Osorio, acampado alrededor de la heroica villa.

Son las nueve de la noche; los soldados descansan de las fatigas de un día entero de encarnizado combate; sólo se oyen los repetidos alertas de los centinelas, y una que otra detonación aislada de fusil, con que parecen avisarse los ejércitos contendores la vigilancia que se guarda en sus respectivos campamentos.

Lleguemos hasta, la plaza; y a Dios gracias que podemos hacerlo con la imaginación; de otro modo, si tuviéramos que recorrer a pie cualquiera de las cuatro calles que conducen allí, retrocederíamos horrorizados, sin atrevernos a hollar una multitud de cadáveres hacinados en todo el tránsito, y los hondos charcos de sangre que cubren el pavimento.

¡Ah! La jornada había sido terrible y costaba a una y otra hueste el sacrificio de muchos valientes. Cada trinchera había sido objeto de repetidos asaltos de los sitiadores y de la denodada defensa de los patriotas sitiados.

Pero no nos detengamos en dolorosas consideraciones; síganos de buen grado el lector a un punto en que se respira una atmósfera más tranquila.

Es en la misma plaza.

Todos saben, o más bien, los que hayan visitado Rancagua habrán visto que la plaza se encuentra en el centro de la población, y que la cortan en cruz sólo dos calles perpendiculares a sus costados; así, pues, los ángulos de ella son, rincones, y no encrucijadas, como generalmente sucede.

Vamos a entrar a una casa que está cabalmente en uno de los ángulos de la plaza y en la parte diagonalmente opuesta al edificio del curato.

Entremos con un joven oficial, que, a la hora que hemos dicho, las nueve de la noche, ha atravesado la plaza por entre la multitud de soldados que la ocupan, llega a la puerta, la empuja con suavidad y sigue por un pequeño patio, andando en puntillas para no hacer ruido.

Por una ventana, que guarda proporción con las dimensiones del patio, es decir, que debiéramos llamarla con más propiedad una ventanilla, por ahí, decimos, se asoma nuestro oficial a una pieza en que se divisa una luz, y permanece un breve rato observando el interior.

A los débiles rayos que pasan a través de los cristales podemos examinar su semblante.

Es un joven, casi un niño; el cutis limpio y terso de sus mejillas nos haría calificarlo de tal si el sombreado de su naciente bigote no denunciara su adolescencia.

Así, pues, nuestro oficial es un apuesto mancebo, como de veinte años, de mirada expresiva y melena rubia, que cae bajo una gorrita negra, colocada al soslayo con gracia y presunción. Viste una chaquetilla ajustada al cuerpo y pantalón bombacho metido, botas de campaña, de rodilla abajo. Lleva la espada en la mano, desprendida la vaina del cinturón, tal vez para evitar el sonido de las anillas, como cuida del ruido de sus pisadas.

Miremos con él al interior de la pieza.

Lo que primero llama nuestra atención son las mujeres arrodilladas, en actitud de orar. A fe que no hay necesidad de decir que nuestro oficial sólo se ocupa de ellas. Contéplalas un instante con cierta sonrisa de satisfacción, y murmura inteligiblemente:

— ¡Rezan por mí! ¡Pobre madre! ¡Cuántas angustias habrá pasado en el día! Vamos a tranquilizarla.

Y sin cuidar ya de no hacer ruido se dirige con alguna precipitación a la puerta; la abre, entra, avanza dos pasos y se detiene, adoptando, con gracia, una postura marcial, y exclamando con energía, pero sin levantar mucho la voz:

— ¡Viva la patria!

Todo esto fue súbito, y su exclamación fue contestada, casi a la vez, por las dos mujeres:

— ¡Hijo mío!

— ¡Ricardo!

Y ambas se precipitaron a abrazarlo. Dejóse él acariciar con maliciosa sonrisa de superioridad, diciendo:

— ¡Vaya! ¡No parece sino que ustedes ya me creían muerto!

La más joven de las mujeres dijo:

— ¡Pero, Dios mío! Aparentas una tranquilidad... ¡Cualquiera creería que estabas acostumbrado a estas cosas!

— ¡Pataratas, hermana mía! — exclamó el oficial—. Vamos a sentarnos y hablaremos.

Los tres se retiraron a un ángulo de la sala. El joven, con afectada ceremonia, les insinuó que se sentaran y se colocó él mismo frente a ellas.

La luz de las dos velas que ardían en un blandón de plaqué daba de lleno al rostro de las mujeres. La que había llamado hijo a nuestro joven era una señora de cuarenta años a lo sumo, de una fisonomía extremadamente afable, delicadas facciones, que aún conservaban los indicios de su juvenil belleza, y un cutis albísimo, ligeramente ajado hacia los ojos, quizá a consecuencia de la expresión risueña que parecía dominar en éstos.

La otra era una joven de diecinueve años, tan hermosa como el oficial y tan blanca como la madre; de talle esbelto y flexible, naturalmente voluptuoso; aun cuando sus ojos, de un castaño claro, miraban con cierta timidez, dos graciosos hoyuelos, colocados hechiceramente en sus mejillas, iluminaban su rostro de una manera festiva, dándole aquel aire de atrevimiento que impone y seduce a la vez.

—Veamos, pues —dijo la señora, con solicitud—; cuéntanos lo que te ha pasado.

—Antes que todo —interrumpió el oficial— ¿cómo está mi padre?; ¿se siente mejor?

—Notablemente mejor —dijo la joven—. Hace una hora larga que está durmiendo; la tos ha calmado y su respiración es mucho más libre y tranquila.

— ¡Bueno! ¡Gracias a Dios! Este cuidado es lo único que me ha mortificado desde anoche. Ahora vamos a lo mío... Pero, ¿nada han sabido ustedes de cuanto ha pasado?

—Mucho hemos averiguado —respondió la señora—; frecuentemente hemos salido a la puerta a tomar noticias, pero nadie nos sabía decir nada de ti; sólo nos aseguraban que estabas vivo; mas ni una palabra del punto en que te hallabas, de lo que hacías ni de si corrías peligro. ¡Ah, por Dios, mucho me cuesta este fatal día!

— ¡Fatal! —repuso el joven, estirando las piernas con indolencia—. Eso puede ser para otros, pero no para mi, y en prueba de ello principien ustedes por saber que junto a este galón (y señaló el de la bocamanga) hay que pegar otro. Apróntate a hacerlo, Corina, ahora mismo, porque quiero lucirlo mañana.

— ¡Dios mío, un grado más! —exclamó la joven con alegría—. Pero, ¿qué has hecho para obtenerlo?

— ¡Oh, eso es largo de contar, por vida mía! —dijo el oficial, con aire picaresco de importancia—. ¡Ahora soy teniente de dragones! ¡Esta charretera tiene que pasar al otro hombro! ¡Caramba, la cosa bien valía la pena!...

—Pero, Ricardo, por Dios. Tú te has debido exponer mucho —interrumpió la señora—. Eso es mal hecho.

—A ver, mamá —dijo Corina—, déjelo usted que cuente y después juzgaremos.

—Pues bien —repuso nuestro oficial, poniendo una pierna sobre la otra—, van ustedes a saber cuánto me ha sucedido. Anoche pasé a la orilla del Cachapoal, a dos leguas de aquí, con un destacamento de doscientos ochenta dragones a las órdenes de mi bravo capitán Freire; estábamos en observación, cuidando el valle de Las Quiscas. Pero esos malditos godos, quizás con auxilio del diablo, se nos pasaron, sin saber cómo ni cuándo, y esta mañana, al amanecer, nos encontramos con que estaba formado casi todo su ejército en este lado del río. Como no teníamos orden de atacar, ni era posible que lo hiciéramos, nos replegamos a Rancagua, tiroteándonos con unos doscientos jinetes que nos avanzó el enemigo.

— ¿Tirateándose? ¡Dios mío! —dijo la señora.

—Sí, pues, ¿y qué tiene eso de particular?

— ¡Pero las balas, hijo mío!

— ¡Oh! Esas pasan silbando por sobre la cabeza, y le tienen respeto a la gente. Además, los godos son unos imbéciles y no saben ni agarrar el fusil. Pues, como digo, nos vinimos a Rancagua y el general...

— ¿O'Higgins? —preguntó la joven con interés.

—Cabal; no hay otro... Ah, es verdad, también está con nosotros don Juan José Carrera, quien, por orden de don José Miguel, se hallaba con toda su división estacionada en el río, más abajo que nosotros. Don Juan José se replegó también al pueblo, y debió entrar cuando nosotros veníamos por la alameda, escaramuceando con la partida que nos atacó. Para abreviar, diré a ustedes que una hora después estábamos encerrados por todas partes: los godos rodearon el pueblo, y hasta ahora nos tienen estrechados como en un corral; pero no se han llevado la mejor parte, a fe de mi grado de teniente, y mañana les hemos de dar el portante a primera hora.

— ¡Virgen María!, más peligros todavía —exclamó la señora.

—No tenga cuidado, madre; ya verá usted... Pero voy a lo principal de mi relato. Cuando el general vio en los godos la intención de ponernos sitio, dio las órdenes para defender las trincheras, en cada una de las cuatro calles que caen a la plaza. Ustedes verían ayer las trincheras...

—Las divisarnos desde la plaza —dijo Corina—. Me pareció ver a una cuadra de distancia unas murallitas de una vara de alto.

— ¡Eso es!; para que los cañones puedan jugar por encima. ¡Oh!, es magnífico el efecto que han hecho. Figúrense ustedes. A mí me tocó en la calle de San Francisco; mandaba una compañía de fusileros que se puso en los tejados de la casa—esquina. Teníamos la bandera enlutada, como en todas las demás trincheras, para hacerles ver a esos españoles que estábamos dispuestos a pelear hasta morir. Por la calle en que nos hallábamos se adelantó a atacarnos el cuerpo de Talaveras.

¡Jesús! —exclamó la señora—. ¡Esos hombres que, según dicen, son unos desalmados!

Los mismos; unos bárbaros que vienen por primera vez a Chile, después de haber estado un poco tiempo en el Perú. Pues, mire usted la que les jugamos. Estuvimos como muertos, mientras venían ellos acercándose: el puente que hay un poco más

allá de la primera cuadra, como es tan alto, ocultaba nuestra trinchera, y, naturalmente, venían todos muy determinados, creyéndose que no había más que llegar hasta la plaza. Más de mil hombres marchaban hacia la trinchera. Nosotros, mudos; ni siquiera nos movíamos. Cuando llegaron ellos al puente, a veinte pasos de distancia, ¡fuego! ¡prrrum!, una descarga cerrada de artillería y fusilería. ¡Caramba! Era de verse; el montón no más quedó...; más de la mitad debieron caer... ¡Aquello fue espantoso! Cuando el humo nos dejó ver, sólo quedaban unos pocos que huían agazapados, apegándose a las paredes y corriendo como si una legión de demonios fuera, tras ellos. ¡Y nosotros, dar y dar sobre todos; descarga sobre descarga! ... ¡Por mi vida, que aquello era de encantar!

— ¡Dios mío, qué horror! ¡Tantas muertes!

— ¡Eh! No es nada eso. Miren ustedes: media hora después teníamos a una partida de arcabuceros que nos daban duro desde los tejados, a una cuadra de nosotros, y poco después una batería formada por los talaveras, quienes comenzaron a cañonearnos de una manera que daba pena. Llegó a este tiempo el general O'Higgins, que andaba de trinchera en trinchera; ve el estrago que nos están haciendo y me grita; "¡Alférez Monterreal, a destruir esa batería con el teniente Maruri...!"

— ¿Nicolás Maruri? —preguntó la señora—. ¿Aquel joven de quien nos habló O'Higgins?

—El mismo; un valiente, a fe mía... "¡Con el teniente Maruri y cincuenta infantes!", dijo el general.... "¡vivos, muchachos, clavar los cañones y traerlos; que esos cobardes sepan con quién pelean!"

— ¡Gran Dios!; que eso haya hecho O'Higgins contigo —exclamó angustiada la señora—. ¡Cuando tanto le recomendé que velara por ti!

—Pues esa misma recomendación debió inducirle a mandarme; ésa es una prueba de que me distingue: ¡una comisión honrosa, por vida de...! Si ustedes hubieran visto; ¡pero qué digo; no sirven ustedes más que para tiritar por todo!... ¡Qué diablos!, mire usted: dada la orden, en marcha. Maruri era el jefe. Esperamos una descarga de nuestros cañones y, envueltos en el humo, nos lanzamos sobre la batería, como quien va a recoger flores, y caímos como un torrente sobre los endiablados talaveras.

— ¡...!

—Todo fue uno: llegar y desbaratar cuanto había; el enemigo no tuvo tiempo ni de decir Jesús; los arrollamos como corderos, a punta de sable. El fuego continuó entonces en la calle derecha; los cañones de la batería siguieron jugando, y los fusileros del enemigo, contestando.

Nosotros, entretanto, esperábamos un momento oportuno para replegarnos a la batería. En esto, uno de nuestros soldados siente ruido tras una puerta de calle; se asoma a las rendijas y ve que los diablos talaveras nos preparan una emboscada. Se había venido una partida por el interior del edificio y estaban aprestando un cañón para descargarlo sobre nosotros al tiempo de nuestra retirada. Se da cuenta Maruri y trepa al tejado, dándonos orden de seguirle. Todavía no estaba la cuarta parte de nuestra gente arriba, cuando lanza él mismo una granada de mano al patio en que estaba el enemigo. Una batahola inmensa se forma entre ellos, y, en medio de la confusión, nos desprendemos de los techos, protegidos por el fuego de nuestros mismos soldados, y volvemos a arrollar con cuanto se nos opone. Sólo un tambor y dos soldados quedaron con vida, y estos cayeron prisioneros.

"En seguida nos volvimos por el interior de la casa, llevándonos el cañón, los fusiles y las municiones que quitamos al enemigo, ¡qué tal!, y en cuanto nos presentamos en la plaza a dar cuenta de nuestra comisión, el general nos dio a reconocer a las tropas: a Maruri con el grado de capitán y a mí, de teniente; al mismo tiempo se nos dio orden de permanecer en la plaza y dejar que nuestros soldados se refrescaran. Sólo entonces vine a saber que las otras baterías se defendían con la misma suerte que la nuestra, y que todos los asaltos eran rechazados con ventaja. Así ha concluido el día, y ahora, en cuanto han cesado los fuegos, he obtenido permiso para venir a informarme de mi padre. El general está en consejo con todos los jefes de la plaza, en la casa del cura, y en breve sabremos lo que mañana nos toca hacer. Esto es todo; ya ven ustedes que no hay por qué alarmarse, Y ahora vamos a arreglar el galón de mi casaca, hermana mía...

Les mujeres se quedaron contemplándolo con admiración, sin saber qué decirle, hasta que él repuso:

— ¡Vaya, vamos! ¿En qué piensan ustedes? Miren que no hay tiempo que perder.

— ¿Entonces vas a irte luego? —exclamó la señora en tono de sobresalto.

—Naturalmente, en cuanto esté puesto el galón; la tropa debe dormir sobre las armas; de un momento a otro pueden darnos un asalto.

— ¿Luego, el peligro no ha pasado todavía? —preguntó Corina.

— ¡Qué peligro! No lo hay, ni lo ha habido un solo instante.

A ese tiempo se sintió ruido de pasos en el patio, y el joven se interrumpió para decir:

— ¿Quién será?... Parece gente de espada.

—Apostaría, que es O'Higgins —dijo la señora—. Ignorará que estás en casa y viene a cumplir su promesa de darme noticias de ti.

La joven se ruborizó mientras la señora hablaba, y dirigió la vista a la puerta con interés.

El oficial se levantó y fue a abrir.

Dos personajes entraron: dos militares: el primero que pasó el umbral era, en efecto, el brigadier don Bernardo O'Higgins. En su espaciosa frente —y en sus mejillas ligeramente abultadas en la parte inferior, y rodeadas de abundantes patillas rapadas en la barba, en todo su rostro, en fin, se dejaba ver una serenidad que no correspondía a las fatigas de aquel día de azares y mortificante lucha. Vestía un sencillo traje de campaña; llevaba la espada al cinto, y se adelantó, quitándose, para saludar, una ligera gorrita de paño galoneado.

Tendría a la sazón, el ilustre general, unos treinta y cuatro años de edad, pero su robustez y la regularidad de sus facciones le hacían aparecer de menos de treinta. Acercóse a las señoras con galantería, después de fijar en el oficial una rápida mirada de afecto, y las saludó, dándoles la mano e interrogándolas con interés sobre la salud del dueño de casa.

El que acompañaba a O'Higgins era un joven de veintiséis años, de cabellos rubios, semblante franco y mirada grave también, penetrante y resuelta; ostentaba insignias de capitán, y guardaba en su traje una esmerada compostura. Fue saludado amistosamente por Ricardo, estrechándose ambos las manos con manifiesta cordialidad. En seguida se aproximó a las señoras, y las saludó con

menos franqueza que O'Higgins. Ellas, por su parte, correspondieron con igual etiqueta, y dándole el nombre de señor Freire.

Tomaron, ambos, asientos frente a las señoras, quedando O'Higgins más próximo a Corina.

Ricardo permaneció de pie, a una distancia respetuosa.

— ¡Qué día, amigo mío! —dijo la señora— ¡cuánto se habrá mortificado usted!

—Un poco —dijo O'Higgins, sonriéndose—. De los diez días que estoy en Rancagua, éste es el peor. Pero ya ven ustedes que no ha sido tanto que me haya impedido venir a hacerles mi visita cotidiana.

— ¿Conque no ha concluido aún esto? —repuso la señora.

—No del todo; algo nos queda que hacer; si, como es seguro, el general Carrera ataca mañana temprano, la victoria es nuestra, irremediablemente. Hemos acordado mandarle prevenir. Lo que hoy se ha hecho nos presagia buen fin... Pero el bravo Ricardo debe haberles contado a ustedes... Vamos —añadió, volviéndose al joven teniente, que aun estaba parado—, ya les habrá dicho algo de sus hazañas, mi amigo...

—De las bondades de Usía —respondió el joven con soltura y suavidad, como temiendo dar a su respuesta un tono de contradicción.

— ¡Ay! —dijo la señora—, ¡cuánto me ha hecho sufrir este niño con su relato! Ya me parecía verlo herido cuando me contaba las temeridades a que se ha arrojado. ¡Por Dios, O'Higgins, estoy muy quejosa de usted!

—Pero, madre —le observó Ricardo—, no le dije ya... ¡Ah!, usted mira las cosas de una manera...

— ¡Qué le venía a usted diciendo! —dijo, sonriendo, el general a Freire—; mire usted qué bien calculaba que la señora Irene me habla de hacer cargos porque le dispensaba protección a mi bravo Ricardo.

— ¡Protección, Dios mío, mandarlo al medio del peligro!

— ¿Y usted, qué dice, Corina? —continuó O'Higgins—. ¿Encuentra justo el cargo que se me hace?

La joven sonrió maliciosamente antes de contestar, y luego dijo:

—Las mujeres no sabemos juzgar de estas cosas...

—Luego, es decir que usted me cede la razón —insistió O'Higgins.

—Lo que yo juzgo —repuso la joven con alguna reticencia— es que usted quiso darle a Ricardo la oportunidad de conquistar un grado.

— ¡Justo! —exclamó O'Higgins, fijando sus ojos en Corina de una manera que le significaba su agradecimiento.

—Y por cierto que ha sido bien ganado el ascenso —observó Freire—; mi amigo Ricardo ha despertado la admiración de los más valientes del ejército.

— ¡Pero que no vuelvan a repetirse esas locuras! —dijo doña Irene—. Con una vez basta para probar el valor.

—Pero si no se trata de eso, madre —repuso Ricardo—; el objeto es vencer al enemigo y no hacer alarde inútil de arrojo. En caso de necesidad, uno debe estar pronto a todo.

— ¿Y aun habrá mucho que exponerse para vencer a esos hombres? —preguntó la señora.

—Es cuestión de unas pocas horas —dijo Freire.

Y continuó explicándole la situación respectiva de los ejércitos y las esperanzas que alimentaban los sitiados. Ricardo terciaba en esta conversación, apuntando los detalles que se le escapaban a Freire.

O'Higgins, en tanto, trabó conversación con la joven, en un tono algo recatado, como para no interrumpir a los otros interlocutores, pero necesariamente con la intención de no ser oído, puesto que en el momento en que Freire dejó de hablar, O'Higgins calló también, dejando cortada una frase.

La joven le sacó entonces de embarazos, diciéndole como si continuara la misma conversación.

— ¿Y de qué manera piensa usted darle aviso al general Carrera? ¿Acaso los españoles no tienen completamente rodeado el pueblo?

Ya veremos algún medio —contestó O'Higgins con una sonrisa de inteligencia—; no faltará algún valiente que quiera ir.

Ricardo se volvió con viveza al oír esto y preguntó:

— ¿Luego, aun no se ha encontrado quién vaya?

—Es probable que sí; he dado órdenes a ese respecto.

— ¿Y dónde está el general Carrera? —preguntó doña Irene.

—A tres leguas de aquí, en los Graneros de la hacienda de la Compañía —dijo Freire—. Está con la tercera división, que manda su hermano Luis; tiene fuerza más que suficiente para auxiliarnos; la división consta de mil hombres, y con ella deben haberse juntado otros mil y tantos de las milicias de caballería de Aconcagua que no pudieron esta mañana llegar hasta aquí.

—Hay sobrados elementos para vencer —agregó O'Higgins—, pero lo principal es que sepa el general Carrera que confiamos en él. Preciso es, pues, que vamos luego a tratar de despacharle un mensajero.

Y se paró, invitando con una mirada a Freira a que le imitara.

— ¿Pero quién será tan arrojado —observó doña Irene— que se atreva a pasar solo por entre el ejército enemigo? ¡Dios mío! Me estremezco de sólo pensar los peligros a que tiene que exponerse.

—Estoy seguro de que sobrarán mensajeros —dijo Ricardo, mirando con insistencia a O'Higgins.

El general no vio esa mirada, porque en ese momento se despedía de las señoras. Al salir, se volvió para decirles:

—No tengan ustedes cuidado por Ricardo; es un valiente y se basta a sí mismo. Pero no le detengan mucho aquí; su presencia es más necesaria en su puesto.

—Un minuto más, mi general, y voy con Usía —dijo él. O'Higgins y Freire salieron, y Ricardo se quedó, diciendo—: ¡Vaya!, no hay tiempo de coser el galón, ¡qué diantre! En fin, será mañana en el primer descanso que tengamos. Lo que es ahora, voy a sacar mi capote para abrigarme.

Y salió por una puerta que daba a las piezas interiores.

— ¿Voy a alumbrarte? —le preguntó Corina.

—No hay necesidad —contestó el joven—, ya daré con él.

Al poco rato volvió, trayendo el capote doblado, puesto al hombro.

—Me voy, pues, madre; hasta mañana —dijo, mimándole las manos—; no se preocupe tanto de mí; yo le prometo ser muy precavido. Y tú, Corina, ten preparada la aguja para poner el galón, —dijo a ésta, dándole una ligera palmada en la mejilla.

—Pero no sea cosa que vayas a empeñarte en ganar otro —contestó alegremente la joven—: prometo no coser más que uno.

Ricardo salió, dejando escapar una alegre risotada, mientras doña Irene inclinaba tristemente la cabeza, murmurando una oración.

Capítulo 2

EL MENSAJE

El joven salió apresuradamente a la plaza. Una gran animación se notaba allí.

Por todas partes sólo se veían soldados, pabellones de fusiles y cañones.

Las tropas estaban en descanso por esa parte, y se veía a los soldados, unos sentados en el suelo, formando grupos, otros acostados y algunos paseándose.

Por todas partes se hablaba, comentando con entusiasmo los hechos del día, o haciendo cálculos y propósitos para el siguiente.

A lo lejos se escuchaban los tiros de fusil que, con alguna frecuencia, se disparaban en las trincheras.

Nuestro teniente se aproximó a un grupo de soldados, y preguntó:

— ¿Han visto ustedes pasar al general?

—Sí, mi alférez —dijo uno.

—Teniente, hombre —dijo otro al que habla contestado.

— ¿Para dónde caminó?

—Iba con mi capitán Freire por aquella vereda.

—Yo vengo del lado de la iglesia —dijo otro, y le he visto pasar por ahí, como para la casa del cura.

El joven, no aguardó más, y siguió apresuradamente la dirección indicada.

Pasando por entre los grupos con tal precipitación, llamaba la atención de los soldados, algunos de los cuales, al reconocerle, nombrábanle, recordando las hazañas en que se habla distinguido:

—El teniente Monterreal —decían unos.

—El bravo compañero del capitán Maruri —exclamaban otros.

— ¡Viva la patria y mi teniente!

El joven se sonreía a cada exclamación, y pasaba sin dignarse ni aun a mirar a los que le elogiaban.

Llegó, al fin, a la casa del cura, y divisando en el patio a un grupo de oficiales, se fue a ellos.

— ¿El general? —preguntó con acento de importancia.

—En aquella pieza —dijo uno, indicando hacia un ángulo del patio.

El joven siguió hacia allá; la puerta estaba abierta y se veía al frente a O'Higgins, sentado

delante de una mesa; tres oficiales de graduación conversaban con él, sentados a poca distancia, O'Higgins hablaba en ese momento, y se interrumpió al ver que alguien se paraba en la puerta:

—Adelante —dijo inclinándose y haciéndose sombra con una mano para reconocer al que entraba—, ¡Hola! —exclamó al ver que era Ricardo—, ¡ya está usted aquí!, ¿qué tenemos de nuevo?

El joven teniente se cuadró, y dijo con entereza:

—Le oí decir a Usía, mi general, que necesitaba de alguien a quien enviar al campamento de la hacienda de la Compañía y vengo a hacerlo presente que yo sé el camino.

O'Higgins le contempló por un instante con satisfacción, y en seguida dirigió una mirada significativa a los otros oficiales,

—Pero, hijo mío —dijo al fin, con una sonrisa de benevolencia—, no es bastante saber el camino.

—Ciertamente, mi general; se necesita también haber merecido la confianza de Usía, y quizá me avanzo demasiado al presumir que su bondad pueda dispensarme de este requisito.

O'Higgins se sonrió francamente y exclamó:

— ¡Qué diablos!, ¿tan luego quiere usted ser capitán? Pero no: ya ve usted, no es posible que faltemos a las recomendaciones que he recibido no hace mucho.

—Usía cree entonces que hay peligro en el desempeño de esa comisión...

— ¡Naturalmente! Mire usted, pasar por entre todo un ejército que debe estar en la más activa vigilancia... ¡Diablos! Ni yo me he atrevido a ordenarle a nadie que lo haga; me he limitado a esperar que alguien se me ofrezca, y ninguno se me ha presentado hasta aquí.

— ¡Pues bien!, yo soy el primero, mi general, y si alguien viene después con la misma oferta, Usía no puede aceptarla sin darme a entender que he caído en su desgracia, que no soy digno de su confianza.

El joven pronunció estas palabras con un ligero acento de despecho que encantó a O'Higgins.

—No es eso —le observó con dulzura—; si tal sucediera, querría decir que me guardo de sacrificar a mis valientes.

— ¡Y para eso confiaría Usía tal comisión a los cobardes! —concluyó el teniente de dragones en un tono ligeramente sarcástico.

O'Higgins prorrumpió en una alegre carcajada que fue imitada por los otros oficiales.

Ricardo se mordió el labio inferior con muestras de verdadera impaciencia y recorrió con su vista a los circunstantes, pareciendo medir a cada uno de ellos.

El general comprendió lo que pasaba en el alma del joven y se formalizó.

—Veamos —dijo— ¿qué probabilidades tiene usted de desempeñar bien la comisión que pretende?

—Señor, tengo mi plan, y tal es la seguridad que abrigo de salir airoso, que desde luego le juro a Usía que puede considerarme dado de baja si no ejecuto cumplidamente sus órdenes.

—Pero... —observó O'Higgins, como recapacitando—, yo necesito conocer ese plan..., debo quedar tranquilo acerca de los resultados... El negocio es grave... Puede sorprender el enemigo que nos hallamos en el caso de pedir auxilio... En fin, manifiésteme usted su proyecto y veremos.

—Mi proyecto, señor, —dijo el teniente, y miró con cierto embarazo a los tres oficiales que estaban presentes.

—No tenga usted temor de hablar —se apresuró a decir O'Higgins—. Estos caballeros son de toda mi confianza.

—No obstante, señor, le ruego a Usía que no me obligue a hacer esta revelación delante de estos señores, y les pido mil perdones por mi reserva —añadió, volviéndose a ellos—; pero cada uno obedece a ciertos motivos...

Los oficiales se pararon, en ademán de retirarse, y lo hicieron al ver que O'Higgins les hacía una señal de asentimiento.

Cuando quedaron solos, el general cambió de fisonomía, revistiéndose de un aire enteramente amistoso, y dijo:

—Vaya, Ricardo, siéntese usted y principie por desistir de su capricho. ¿Qué me dirían doña Irene y Corina si supieran que yo autorizaba esto, y principalmente si

tuviéramos un contratiempo, lo cual es más que probable? No, no, es una locura pensar en ello.

El joven no se movió del lugar en que estaba parado, ni abandonó su seriedad.

—Señor —dijo—, se trata de salvar a un ejército, a la patria, y todo pende de un aviso a tiempo. Agradezco a Usía la bondad con que se preocupa de mi suerte; pero también piense Usía en que, perdida la batalla, ¿cuántas veces no asaltaría su mente el remordimiento de haber desechado mi buena voluntad? Y a fe que tengo la convicción de que, sin auxilio de fuera, hemos de perecer aun cuando hagamos prodigios de valor. Esto no hay necesidad de decirlo a Usía, porque su penetración va mucho más lejos que la mía.

—Pero, Ricardo —le interrumpió O'Higgins—, ¿podremos creer que Carrera no calcule cuál es nuestra situación, y que nos deje abandonados sin cuidarse de la suerte que corremos?

—Puede que la ignore, señor; puede que esté engañado acerca del número de nuestros sitiadores; en fin, mucho puede haber y sé que Usía lo calcula mejor que yo, y que todas sus objeciones son nacidas del deseo que abriga de hacerme desistir.

—Además, señor, no crea Usía que me lleva en esto la simple pretensión de obtener gloria. No, señor, guíame el deber de salvar a mis compañeros, y ya que Usía me dispensa la bondad de tratarme como amigo, le diré francamente que estoy resuelto a partir, aun sin la orden de mis jefes, a pedir al general Carrera el auxilio que necesitamos.

—Vamos, Ricardo, usted está loco: ¿quiere ponerme en el caso de mantenerlo arrestado toda la noche?

—El general no puede obrar así, aprovechándose de la revelación que hago al que tiene la generosidad de dispensarme su amistad.

O'Higgins permaneció algunos instantes pensativo..., y el joven mirándole de hito en hito, pendiente de lo que iba a resolver.

—Veamos su proyecto, Ricardo —exclamó al fin, como tomando una enérgica decisión.

—Aquí está, señor —dijo el joven con viveza y en tono que indicaba su satisfacción por haber decidido al general a favor de sus deseos.

Quitóse con prontitud la capa que traía al hombro, la desplegó y dejó ver un vestido de mujer y un manto envueltos en ella.

—Con este disfraz —dijo— me ganaré la confianza de algún soldado enemigo; y con esto —añadió, mostrando una daga y un trabuco que llevaba al cinto— me salvaré de los peligros, si los hay.

O'Higgins permaneció otro instante contemplándole tristemente.

— ¡Vaya! —dijo al fin—, no sea que si sobrevivimos a una derrota, venga usted más tarde a echarme en cara mi resistencia. Irá usted, y Dios nos libre de tener que lamentar una desgracia.

Buscó entonces algo con la vista por sobre la mesa.

— ¿Quiere Usía escribir? —preguntó el teniente de dragones, con mal disimulada alegría.

—Sí; pero no veo un papel, ni pluma... Tengo aquí un lápiz.

— ¿Es poco lo que Usía va a escribir?

—Tres o cuatro palabras.

—Basta esto entonces —dijo el joven

Y sacó un cigarrillo, lo deshizo y presentó a O'Higgins el papel.

Tomólo éste, y escribió con precipitación: *Si vienen municiones, y carga la tercera división, todo es hecho.*

—Lea usted —añadió, presentándolo al joven.

—Entiendo —repuso éste—. En caso de novedad me trago el papel y llevo el mensaje de palabra.

—Eso es: insista usted en la demanda de municiones de fusil, y haga presente al general en jefe que estamos sin agua, que los españoles nos han cortado las acequias; en fin, que por todos motivos estarnos condenados a sucumbir en pocas horas de combate, si no recibimos auxilio. Ahora, adiós y buen viaje.

El joven contestó el saludo, giró militarmente sobre los tacones de sus botas de campaña y salió.

Capítulo 3

EL DISFRAZ

Eran ya las once de la noche cuando nuestro teniente de dragones se separó del general.

En el patio del curato había siempre algunos oficiales que se mantenían en conversación; pero su número había disminuido considerablemente.

Monterreal se acercó a varios grupos, como buscando a alguien, y por fin preguntó a un oficial:

— ¿Sabe usted, señor, dónde estará el capitán Maruri?

—No ha mucho que estuvo con nosotros; debe haberse ido a la calle de la Merced, pues allí estaba apostada la Legión de Arauco.

—Gracias —respondió el joven, y se alejó precipitadamente.

En pocos minutos atravesó la plaza y entró por la calle indicada.

— ¿El capitán Maruri? —preguntó a un soldado.

—Está en la trinchera, señor, con el comandante Las Heras.

Siguió hasta allá nuestro joven, y después de algunos rodeos se acercó a dos oficiales que se ocupaban en ver colocar una pieza de artillería, sobre una plataforma de adobes construida provisionalmente.

— ¡Hola, Ricardo!, ¿cómo va? —dijo el más joven de los oficiales—, ¿qué haces por acá?

—Te buscaba —dijo él—, ¿estás muy ocupado? Señor Las Heras, ¿cómo está usted? —agregó, saludando al otro oficial.

—No muy bien —le contestó él, estrechándole la mano—; hemos tenido que rabiarse duro todo el día con la mala colocación de estas piezas. Puedo asegurar que la trinchera se ha defendido con los fusileros que yo mandaba. ¡Diablos de artilleros!, sólo en el combate vinieron a probar que los cañones estaban muy en bajo. Estas malditas calles con tantas sinuosidades impiden hacer disparos horizontales, si no se coloca la batería a una altura proporcionada. Ahora creo que quedará bien; hemos levantado el piso y la trinchera. Mañana espero que sea otro día, y se hará aquí lo que en la calle San Francisco. A propósito, mi amigo, lo felicito por su nuevo grado...

—Mil gracias; aquí tiene usted quién me ha hecho alcanzarlo —dijo Monterreal, poniendo su mano en el hombro de Maruri.

— ¿Yo? —dijo éste—; a Dios gracias, estoy libre de esta culpa; en esos trances no trabaja uno para otros.

—Pero el ejemplo puede mucho, Nicolás —repuso el teniente—. En fin, dejémonos de cuestionar; estoy de prisa, voy en comisión y te necesito.

— ¿En comisión? —dijo Las Heras—: ¿lleva usted órdenes a las baterías?

—No, por cierto, es otra cosa; un negocio secreto que sólo he pensado comunicar a Maruri... Pero no veo inconveniente en que ustedes dos sean sabedores. Voy en comisión al campamento del general en jefe.

— ¿Qué dice usted? —exclamó Las Heras—, ¡al campamento de los Graneros de la Compañía!

—Cabal; ¿por qué se admira usted tanto, señor?

—Porque lo creo una imprudencia.

—Imprudencia necesaria, repuso el joven.

— ¿Y qué te lleva allá? —preguntó Maruri.

Un mensaje del general O'Higgins; pero, como he dicho, esto es reservado, porque habiendo sido yo quien ha exigido que se me envíe, no quiero que, si hay fracaso en el viaje, se culpe de ello al general.

—Y dínos, ¿de qué manera piensas llevar a cabo tu misión? —preguntó Maruri.

—A eso voy, y tal es el objeto que me trae aquí; necesito dejar en poder tuyo mi uniforme, pues he ideado vestirme de mujer; tengo aquí los arreos necesarios.

— ¡Hum! Expuestilla es la cosa —dijo Las Heras—; pero siendo necesario, no hay que titubear.

—Claro —respondió el joven.

—Manos a la obra, pues —agregó Maruri—; transfórmate de una vez en pichona.

—Poco a poco, señor mío; no hay para qué precipitarse: ¿cómo quieres que me desnude en la calle? Si fuera por eso, no habría venido a buscarte: lo que hay es que necesito un lugar a propósito para hacerlo.

— ¡Ta, ta, ta! —exclamó Las Heras—; el señor va tras de que lo lleves a tu nido. ¿No ves? Y me decías que nadie sabía lo que tenías oculto.

—Pero en ese nadie no incluyo a mi amigo Ricardo —dijo Maruri—; yo mismo le he hablado de mi conquista y lo he llevado a casa de la muchacha.

— ¡Hum!, cuidado con eso —replicó Las Heras—; la picarona es viva; y entre dos valientes, puede decidirse por el más gallardo.

—En cuanto a eso, no hay cuidado conmigo dijo Monterreal—; Maruri sabe cómo pienso en materia de mujeres: aborrezco la coquetería y mucho más la deslealtad.

—En fin —dijo Maruri—, si has de cambiar de traje, vamos pronto: son más de las once y supongo que no querrás hacer tu viaje en la madrugada.

—Justamente, vamos; señor Las Heras, pase usted muy buena noche, y que el día de mañana no sea como el de hoy.

—Gracias mi amigo: feliz viaje: que no vaya a atraparle algún talavera enamorado.

—Adiós —dijo riéndose Monterreal, alejándose con Maruri.

Siguieron ambos en dirección a la plaza, la atravesaron rectamente y entraron a la calle San Francisco.

A los pocos pasos se detuvieron delante de una puerta pequeña y Maruri dio tres golpes con intervalos indiferentes.

— ¡Hola! —dijo Ricardo—; ¡tienes señas convenidas!

—Por supuesto, hay tanto diablo envidioso — respondió Maruri.

La puerta se abrió a ese tiempo, y apareció una joven con una vela en la mano.

—Ya creía que no vendría usted —dijo acabando de abrir—. ¡Ah! ¡Viene acompañado! —agregó, y reconociendo a Monterreal, prosiguió diciendo—: ¡Señor Ricardo, usted por acá a estas horas! Entren ustedes.

—Esta noche, todas las horas son iguales — dijo el joven teniente—; no se duerme ni se descansa...

—Voy a prevenir a mi tía de la llegada de ustedes; pasen mientras a la sala — repuso la joven, y se alejó precipitadamente.

Era un estrecho pasadizo el que ocupaban; había tres puertas en él, la de calle y dos laterales. Por una de éstas desapareció la joven, por la otra entraron los dos oficiales al cuarto que se les había designado.

Esta era la sala: pequeña pieza pobremente amoblada, pero con esmerado aseo.

El pavimento estaba cubierto por una estera nueva o muy bien conservada; y alrededor había sillas de paja pintadas de vistosos colores y dos mesitas de madera blanca. En una de estas ardía una vela de sebo puesta en un candelero de cobre.

Nuestros jóvenes permanecieron de pie, y Monterreal dijo:

—Es preciso no perder el tiempo; di pronto el objeto de nuestra venida.

—En tal caso voy a prevenir las, vístete mientras.

Maruri salió, y Monterreal, dejando en una silla la capa que llevaba al hombro, se desnudó de la chaqueta y se puso el vestido de mujer.

Maruri volvió cuando él terminaba aquella operación.

—Ven a abrocharme —le dijo Monterreal—. Estos malditos vestidos tienen los broches por la espalda.

— ¡Diablos! —dijo Maruri—. ¡Pareces una mujer!

— ¿Y el bigote no se nota mucho?

— ¡Qué se ha de notar! Apenas se te ve, y como es de noche...

—Sin embargo, puede que tenga que presentarme donde haya luz, y es conveniente borrar todos los vestigios; hombre precavido jamás es sorprendido.

—Jamás es vencido, dice el refrán.

—Pero ahora se trata de evitar una sorpresa, Dime: ¿les dijiste a las niñas que veníamos a esto?

—Necesariamente, a fin de que nos dejaran solos; eres tan púdico que no habrías consentido en vestirte delante de ellas.

— ¡Bribón! Cuando no se tiene la confianza que tú. Vamos; anda a pedirles unas tijeras para cortarme el bigote.

Maruri volvió a salir, mientras que Ricardo se ponía el manto.

Cuando volvió, dijo:

—Las niñas quieren verte en ese traje... pero, hombre, así no se pone el manto; échate adelante, a cubrir la frente.

—Recórtame el bigote primero.

—Vamos a ver.

Maruri se puso a la obra con todo cuidado.

—Diablo de bigotes —dijo al principiar a cortar—, aun no pueden graduarse de cejas y ya aspiran a tener honores de mostachos.

Monterreal no contestó por no mover el labio en que Maruri operaba.

— ¿Se puede entrar? —preguntó a ese tiempo una voz femenina, desde el pasadizo.

—No, porque estoy solo con una niña —dijo Maruri.

—Eso no lo permito yo —repuso la misma voz.

Y abriendo la puerta, entró la misma joven que había recibido a los oficiales a su llegada.

Era una niña de dieciocho años, de tez ligeramente morena, ojos negros rasgados y alegres, y un conjunto de facciones gracioso y picaresco.

Tras ella venia otra mujer de más edad, pero que no pasaría de los veinticuatro años: un tipo muy semejante al de la más joven, salvo la menor viveza de los ojos y la madurez de sus facciones.

—Ya voy a concluir esta tarea —dijo Maruri—, y somos con ustedes al momento Monterreal no se movía.

Las dos mujeres se acercaron y la más joven dijo:

— ¡Por Dios, qué chupado está este vestido! — ¡No se habrá puesto enaguas! — exclamó la otra.

—Ya está —dijo Maruri, terminando su obra. Monterreal se volvió risueñamente a las jóvenes, y después de saludar a la de más edad, dijo:

—Verdad que me olvidé de las enaguas: no traje.

—Présténle ustedes una —dijo Maruri—. Usted, Amelia —añadió, dirigiéndose a la más joven.

—Voy a buscar —respondió ella, saliendo apresuradamente.

Maruri prosiguió diciendo a la otra:

—Pero, ¿qué le parece, Mercedes, el aspecto? ¿No es verdad que, por la cara, cualquiera se daría un fiasco?

—Infaliblemente; si es mujer en toda forma... Espérese, Monterreal, yo le arreglaré el mantón.

Y la joven se acercó a él y se puso a acomodarlo.

—Esto se pone así —dijo—. Lo prenderemos con un alfiler en el corpiño —y añadió—: Levante un poco la cabeza. Eso es... Ya está. Ahora sí que ha quedado bien.

—Aquí está la enagua —entró diciendo Amelia.

—Vaya —repuso Mercedes—; póngasela y quedará hecha una mujer en regla.

— ¡Claro!, así parece una vela —dijo la otra.

—Venga acá la enagua. Pero, ¿cómo me la pongo? Será menester sacarme el vestido.

— ¡Qué tonto! —dijo Maruri—, ¿no sabes que se pone abajo?

—Acabáramos. Jamás he visto vestirse a una mujer.

—De todo ha de entenderse un poco, ¡qué diantres! —contestó, riéndose, el novel capitán.

Monterreal puso la enagua en el suelo, abrió la boca de la pretina y metió los pies en la abertura

—Yo te ayudaré —le dijo Maruri.

Púsose de rodillas junto a él, levantó las enaguas por debajo del vestido y siguió atándosela en la cintura.

Las dos jóvenes contemplaban risueñamente la tarea; pero Amelia fijaba sus ojos con más insistencia en el semblante del joven que en sus vestidos.

Ricardo no hacía alto en ello, contraída su atención enteramente a su obra.

—Ya está —dijo Maruri, parándose y estirándole el vestido.

—Vaya, ¡gracias a Dios! Me voy al momento.

—A ver; ande un poquito primero —dijo Amelia—, para ver si hace bien su papel.

—Eso poco me importa —respondió Ricardo—; pero yo sé el paso corto, las manos en el estómago.

Y dio algunos pasos hacia la puerta.

—Pero no tan echado atrás —dijo Amelia—: parece que se hubiese tragado un bastón. El cuerpo debe ir más inclinado. Eso es, así está bien.

— ¡Qué diablos! ¡Tonterías! —dijo Ricardo—. ¡Vaya! Me voy. ¿Tú te quedas?

—Te acompañaré hasta las trincheras.

—Ven, pues. Señoritas, queden ustedes con Dios.

—Que no tenga novedad —dijo Amelia— ¿Usted piensa volver otra vez al pueblo?

—Si Dios quiere.

—Mucho me temo una desgracia. ¡Dios mío!

—Todo puede suceder; pero primero está lo que más importa. Adiós.

En la calle preguntó Maruri:

— ¿Por dónde piensas salir?

—Por acá —dijo Monterreal, señalando hacia la trinchera de la misma calle.

—Pero, ¿no está el general Carrera en los Graneros? Debes tomar hacia la alameda.

—Ese sería el camino más corto: pero mi proyecto es salir por las brechas que abrimos hoy en las paredes, cuando la toma del cañón: así puedo llegar hasta la segunda manzana de edificios. y quizás más allá, lo cual me da más probabilidades de buen éxito. Mientras más lejos pueda ir sin encontrarme con enemigos. será más fácil hacer creer que no he salido de la plaza.

—Me parece bien —respondió Maruri.

De allí, a poco, llegaron cerca de la trinchera.

—Hasta aquí no más —dijo Monterreal—. Esta es la casa que tiene las paredes caídas. Por ella saldré

— ¡Diablos!, la cosa es peligrosa; ir a meterse a la boca del lobo con tanta mansedumbre... en el calor del combate, pase que uno se arriesgue. ¿No llevas temor?

Ricardo le tomó una mano a Maruri y la puso en su pecho, sobre el corazón

— ¿Está conmovido? —le preguntó—. Me parece que no traiciona mi voluntad.

— ¡Eres un bravo, y el cielo te ha de proteger! —exclamó Maruri, apretándole la mano.

—Hasta mañana al amanecer —le dijo Ricardo, sonriendo—. Vuelvo a buscarte en la casa de las niñas para tomar mi uniforme antes ir a presentarme al general. Espérame con una taza de agua caliente.

Capítulo 4

AMORES ESTRATÉGICOS

Nuestro bravo oficial penetró resueltamente en la casa y, como quien conoce el camino, atravesó los patios dirigiéndose al interior.

La noche estaba clara, aunque la atmósfera, empañada por el humo del combate, ocultaba las estrellas e impedía que la luna, una luna casi llena, proyectara sus rayos con limpidez.

No se necesitaba tampoco de más luz para que nuestro héroe guiara sus pasos con seguridad en la ruta que proyectaba seguir.

Osadamente, como hemos dicho, llegó al interior de la casa y tomó por una brecha angosta, abierta en la muralla. Hallóse entonces en un huerto de árboles medianos, por entre los cuales siguió adelante hasta llegar a otra brecha; ésta daba salida a una calle.

Monterreal tendió la vista a los lados antes de aventurarse en ella.

No había un alma; sólo a treinta pasos a su derecha se oía el rumor de los soldados patriotas, que guardaban la trinchera. En la otra dirección se veía completamente despejado.

El joven tenía a su frente, en la vereda opuesta, otra brecha o trozo de muralla derribada.

¡Diantres! —pensó—; si me ven de la trinchera me toman por godo necesariamente. Me he olvidado de encargar a Maruri que previniera algo a los soldados. En fin, esto es lo de menos; con no dar tiempo a que tiren sobre mí..."

Y junto con sus palabras, recogiendo las faldas del vestido, se lanzó a la carrera, de un lado a otro de la calle, y ganó la brecha del frente.

Allí se detuvo. La trinchera permaneció muda.

"O no me han visto, o Maruri no se ha descuidado", pensó el joven.

Y luego, continuando sus reflexiones en otro sentido, al mismo tiempo que marchaba con cautela, se decía:

"Heme aquí en el patio de nuestro famoso ataque; en él conquisté mi grado de teniente, ¿y por qué no ha de ser posible que la fortuna me ayude aún? Hay lugares predestinados para la dicha de uno, dice mi amigo Rodríguez... A

propósito, ¿qué será de él? No es mucho que se halle en el campamento del general en jefe; su entusiasmo puede haberlo decidido a tomar la casaca para venir a retorcer pescuezos de godos. ¡Oh, qué gusto tendría él si supiera que me han ascendido! ... ¡Diablo! ... ¡Un rumor!"

El joven se detuvo de improviso; había andado todo el costado del patio y llegado a un ángulo en que había una puerta entreabierta; allí sintió la voz de alguien que hablaba y esto causó su brusca interrupción.

Púsose a escuchar atentamente, sin moverse: del lugar en que estaba, aun cuando su primer impulso había sido mirar por la abertura de la puerta.

Oyó entonces la voz ronca de un hombre, que decía:

—Yo culpo tan sólo al general: todos los jefes están disgustados de sus disposiciones, y si libro de ésta, abrigo la seguridad de ver que le han de hacer pagar cara la matanza que hemos sufrido.

"¿Qué general será el de que hablan?" pensó Monterreal.

—Lo que es yo —contestó otra voz menos ronca que la primera— aun no me explico de qué modo he librado: ¡Caramba! ¡En mi vida me he visto en más peligro! Oiga, mi sargento. Villalobos, yo no me asusto de pequeñeces, y le aseguro que ningún soldado de mi cuerpo ha hecho una escapada más peligrosa que la mía.

—Eso dices tú —replicó la otra voz—, ¿y yo que sólo he librado por haber caído debajo del cabo Gutiérrez?...

— ¿El cabo Gutiérrez?

—Pedro Gutiérrez, pues, hombre.

—Ya sé le quién hablas; pero, ¿por qué cayó él?

— ¡Qué pregunta! Porque se lo llevó el diablo en aquel renegado ataque de la trinchera.

— ¡Pobre Gutiérrez! Lo siento; mal que mal era un buen talavera; algo taimado, eso sí: quien se la hacía se la pagaba; por lo demás... ¡Caramba! ¡Cuántos otros compañeros iremos echando de menos!

— ¡Oh! ¡Eso para qué hablar! ¡Diablos!, mi compañía ha quedado en un estado...

—Así dijo ahora poco mi capitán San Bruno cuando el general le preguntó cuántos soldados habían quedado en el sitio...

— ¿Que dijo él?

—Dijo: Señor, más fácil es saber cuántos han salido vivos, porque éstos pueden contarse de una ojeada.

Monterreal no quiso oír más, y se alejó de allí silenciosamente, diciendo para sí:

"Bueno: éstos son del Batallón de Talaveras; indudablemente se halla de facción por este lado alguna compañía de los mismos. Magnifico: dicen que casi todos son muy amigos de las mujeres; veremos si saco partido de sus inclinaciones... Pero es preciso, antes que todo, hacerles creer que no he salido del pueblo... ¡Diantre! ¡Una idea! ... El nombre que les oí a éstos..., ese cabo que cayó encima del de la voz gruesa..., cabo..., cabo Gutiérrez; eso es; Pedro Gutiérrez, precisamente. Pues no hay más: él va a servirme de amparo en estas circunstancias.

Discurriendo así, nuestro joven anduvo a lo largo de las paredes del patio, hasta encontrar otra puerta.

Esta estaba enteramente abierta y pertenecía a un pasillo que conducía a otro patio.

Monterreal se aventuró en él adoptando un paso seguro y determinado, pero evitando hacer mucho ruido con los tacones, para no traicionar su disfraz.

Caminaba por un corredor donde había varias piezas. En una de ellas sintió ruido de armas; pero él pasó de largo, sin alterar su marcha, y se embocó en un zaguán ancho que halló a los pocos pasos.

Por allí salió a la calle.

El suelo estaba cubierto de cadáveres, y no muy lejos, en dirección a la plaza del pueblo, se veía un grupo de soldados que parecían ocuparse en despejar la calle o en recoger los heridos.

"Aquí es la mía", murmuró Monterreal.

Y avanzando hasta el medio de la calle, se inclinó sobre los cadáveres y comenzó a remover uno tras otro, alejándose insensiblemente del grupo de soldados.

Estos, sea porque no lo vieron, o porque su presencia no les causara extrañeza, nada le dijeron. Pero de allí a poco, y antes que nuestra fingida mujer hubiera andado veinte varas, se le puso delante un soldado, con fusil al brazo, diciéndole a media voz:

—Cuidado con ésas, queridita mía, ¿qué anda usted haciendo ahí?

— ¡Caramba! —dijo Monterreal, enderezándose y con una voz bastante delgada, que no desmentía su papel—. ¡Qué he de hacer! ¡Ah! ¡Por más que me afano! ¡Mi pobre Gutiérrez! ¡Dios mío!, no puedo creer que esté muerto: se me pone que sólo ha de estar herido.

— ¿Es del cabo Gutiérrez de quien usted habla, preciosa?

— ¡De quién otro ha de ser! ¿No me conoce usted?

— ¡Diablos! ¿Acaso tengo yo obligación de conocer a todas las mujeres de los soldados? Además, yo soy dragón, y el cabo Gutiérrez era talavera... Pero en cuanto a lo de su muerte, no le quepa duda, querida: yo mismo lo vi caer, pues me encontraba sobre aquel tejado con toda mi compañía: los talaveras avanzaron protegidos por nuestras descargas... ¡Pero usted está llorando, vida mía! ¡Qué diablos! ¡No sea zonza! A rey muerto, rey puesto, y aquí me tiene usted a mí. Y el soldado le pasó familiarmente por sobre los hombros el brazo que el fusil le dejaba libre.

— ¡Qué tanto sollozo! —continuó diciendo—. ¡Una muchacha tan linda como usted no tiene por qué alarmarse! Lo que siento es estar de facción y que aún me queda una hora...

— ¡Ah, bribón, te pillé! —dijo a ese tiempo, en tono de chanza, otro soldado que salió de una puerta inmediata—. De facción y haciendo arrumacos a las mujeres.

— ¡Hola! —respondió el dragón—, ¿de dónde vienes? Cabalmente hablamos aquí de un compañero tuyo. Hijita mía —dijo a Monterreal—, aquí tiene usted a un talavera que puede asegurarle lo mismo que yo sobre la muerte del cabo Gutiérrez.

El joven se alarmó con la idea de ser desmentido acerca de sus pretendidas relaciones con el cabo Gutiérrez. Mas su presencia de ánimo no le abandonó un momento.

— ¡Es bastante ya! —dijo con voz dolorida—, ¡no quiero saber más! ¡Pobre de mí! ¿Qué haré ahora? Después de haber abandonado a mis padres por seguirlo...

—No se aflija usted por eso, mi alma —dijo el dragón—. Donde usted me ve..., yo creo que no ando muy a pie para relevar al difunto...

—Alto ahí —dijo el talavera—, que así nomás no se releva a un soldado de mi cuerpo..., Antes de todo, ¿quién era el mozo?

— ¿Aun no has oído, hombre? El cabo Gutiérrez, que por cierto no se habría atrevido a apostarlas en gallardía.

— ¡Gutiérrez! ¿Y esta chica tan buena moza? —repuso el talavera, examinando a Monterreal de cerca—. Ha tenido alma de... Pero el pillastrón nada me había dicho.... En fin, ustedes se están entendiendo y yo, incapaz de hacer mal a nadie, les despejo el campo.

Aguárdate, hombre, ¿a qué tanta prisa?

— ¿No ves que llevo un parte? —dijo el talavera, señalando un papel plegado y sostenido en la armadura de su fusil.

¡Ah! Vas de ordenanza, ¡qué diantres! yo estoy de centinela, y habría querido..., Dígame, hijita, ¿dónde ha pasado usted el día? —preguntó a Monterreal.

Del otro lado del río; sólo en la tarde conseguí que un soldado de caballería me pasara a las ancas..., pero esto no hace a caso: yo, me volveré por donde vine y Dios me ayudará.

—No; eso no puede ser —interrumpió el dragón volviendo a poner el brazo en la espalda de la fingida moza—. ¡Qué diablos!, ¿no estamos ya convenidos en que usted se quede conmigo?

Monterreal, imitando la timidez de una joven, permaneció con la cabeza inclinada y sin contestar la pregunta del soldado.

— ¡Vamos! —dijo éste, oprimiéndola con dulzura—, si ya no hay más que hablar, ¿no es cierto?

El joven persistió en su silencio.

Quien calla otorga, pues, hombre —le observó el talavera—, y despáchate pronto; dime para qué me quieres, o me voy de una vez.

—Aguarda; no es más que esto: esa mujer, dueña de aquel huertecito..., la que nos hizo la

comida esta tarde..., ¿no estuviste tú con nosotros?

— ¡Qué memoria! ¿Ya no te acuerdas que yo fui el que le di el pescozón a esa maldita vieja, porque le vi trazas de insurgente?

— ¡Ah, tú fuiste! ¡Diablo! Eso está malo, ya no me acordaba... Y yo que estaba pensando en que la vieras...; pero, en fin, ella quedó muy bien conmigo, porque

intervine a su favor, y se me ofreció, para servirme en adelante... Yo creo que yendo a nombre mío... Y, además, es muy difícil que te reconozca.

—Pero, ¿qué diablos voy a hacer allá?

—A eso vamos, pues, hombre. Si esta paloma quiere tener un nido, yo le proporciono ése para mientras; entendido que después será muy superior. ¿Qué dices, preciosa? Vamos, decídete ¿aceptas?

El disfrazado joven levantó la vista pudorosamente y la fijó un instante en el soldado.

—Dios sabe —dijo en tono de conformidad— que no tengo ningún amparo, y fuerza es que mi difunto amigo me perdone el poco duelo que hago. ¡Qué hemos de hacer! Confío en que usted será bueno conmigo.

—Naturalmente...; pero nada de traiciones...; porque eso no lo perdono. Desde luego va a tener que irse sola con un pillastre... Si no fuera porque después de la centinela tengo que estar otras dos horas en la compañía, no me valía de nadie.

—Si desconfías de mi, hombre, ¿a qué me ocupas?

—No; si es una chanza; te tengo por un hombre formal... y al fin de cuentas, todo consiste en ella:

—Bueno, pues —dijo el talavera—, no perdamos el tiempo. Estamos en que me voy con la chica a la casa de esa vieja; y la dejo allí con un recado de tu parte.

—Eso es: dices a la señora que he contado con su buena voluntad y sus ofertas; que iré por allá al amanecer.

—Estoy. Vamos, pues, pichona; sígame usted. ¡Qué diantres!, por hacer esta obra de caridad, voy a tener que dar un rodeo de algunas cuerdas; llevo este parte al general, que está en la Alameda abajo, y la casucha de la vieja es por los callejones de afuera. En fin, todo se compone andando ligero, En marcha, pues, hija mía, paso redoblado.

El talavera y la fingida mujer se alejaron.

— ¡Hasta luego, mi vida! —dijo el dragón —; ¡cuidado con mis recomendaciones!

—No tenga cuidado por eso —dijo el joven. Y apretando el paso se colocó al lado de su guía.

No a mucha distancia se encontraron algunos soldados, quienes los miraron con insistencia, pero sin decir nada.

—Los tiente la curiosidad —dijo el talavera cuando ya hablan pasado—, pero como nos ven con un parte creen que es negocio del servicio.

Siguieron caminando.

Monterreal observaba en silencio las disposiciones del ejército español: aquí veía soldados construyendo baterías; allí escalando los edificios para obtener una colocación ventajosa, acá rompiendo una muralla para facilitar los movimientos estratégicos: acullá transportando los heridos; en fin, todo era animación en las calles que recorrían.

Al desembocar en la Alameda les cerró el paso un oficial de caballería a la cabeza de una corta patrulla.

— ¿Quién vive? —dijo secamente,

—Rosario y Rancagua —contestó a mema voz el talavera.

La patrulla abrió calle dejando el paso libre.

"Rosario y Rancagua" —repitió interiormente Monterreal—. ¡Bueno! En cuanto me deje este gahnápiro en la casa de esa mujer me largo a mi destino. Ya sé el santo y seña; no hay temor de que me corten el paso."

Discurriendo así, el joven dejaba vagar indiferentemente sus miradas a todos lados.

Atravesaban entonces la Alameda y se fijó en que la ocupaba una respetable fuerza de caballería. Los soldados dormían echados en el suelo y cada árbol tenía dos o tres caballos atados al tronco.

En la vereda opuesta de la Alameda, otra pequeña guardia cerró también el paso a nuestros dos personajes a tiempo de ir a tomar el callejón que tenían al frente.

Se repitió la misma ceremonia: el talavera dio el santo y la guardia despejó.

El camino era allí enteramente solo; tapias bajas a uno y otro lado y ninguna habitación.

—Aquí sí que podemos hablar —dijo el talavera disminuyendo sensiblemente la marcha. He guardado la apariencia de que se trataba del servicio para evitar que se nos pegara algún envidioso. Ahora que no hay cuidado, chicuela, sepa usted que yo no soy tan bobo que me encargue de una misión como ésta con la mira de quedarme a la blanca; no, mi alma; ni usted podría imaginarlo, ¿no es así? Hable: ¿no es verdad que se reiría de mí si dejara yo pasar tan linda oportunidad?

—Luego usted no puede prestar un servicio sin interés —dijo Monterreal.

Pero servicios como éste, y con tales circunstancias...

— ¡Vaya!, convengo en que su mortificación puede tener algún valor y, si quiere, yo misma diré a mi nuevo amigo que lo remunerare de algún modo.

—No, hijita, no se trata de eso: yo acostumbro a ejecutar mis negocios militarmente —repuso el talavera, sin dejar de andar.

Monterreal esperó que acabara de explicarse; nada dijo, pero su mano se movió disimuladamente por debajo del manto.

—La cosa es muy sencilla —continuó aquél—, sólo se necesita un poco de buena voluntad en usted.

—Eso nunca me falta cuando se trata de pagar una deuda; pero, desgraciadamente, no tengo ahora cómo hacerlo.

— ¿Y qué es lo que le falta, hermosa mía?

— ¿Qué ha de ser sino el dinero? —dijo Monterreal, con sencillez.

— ¡El dinero, eh! Eso no es nada para mí; ni nos serviría tampoco.

—Pero..., entonces, ¿de qué manera querría usted que le pagara?

La marcha había ido disminuyendo gradualmente; pero aquí el talavera cesó de andar, y poniéndose de frente a Monterreal, le dijo en tono persuasivo:

—Puede usted pagarme, mi alma, prefiriéndome por un instante a su nuevo amigo.

—No comprendo —repuso el joven, fingiendo una absoluta candidez.

— ¿No? ¿Acaso no me explico bien claro? Pues, mire usted, el negocio es muy sencillo.

Y el talavera se volvió para dejar su fusil afirmado en la tapia.

La mano del joven acarició el mango de su daga.

—Vamos a ver; explíquese usted —dijo tranquilamente—, que si es cosa que de mí depende...

—Naturalmente, pues, mi vida; sólo se trata de que me admita usted mis cariños

—repuso el talavera aproximándose con los brazos abiertos en actitud de darle un abrazo.

Monterreal dio un paso atrás.

— ¿Así cumple usted con los encargos de los amigos? —dijo al talavera—. Vamos; esto me da muy mala idea de su carácter. Acuérdense de que yo acabo de prometerle fidelidad a otro...

—Pero yo no he prometido nada...

Y el soldado persistía en acercarse con los brazos abiertos.

—Sin embargo mi amigo ha hecho confianza en usted...

— ¡Qué amigo ni qué niño muerto! Dejémonos de tonterías. ¡Vaya!

Monterreal seguía retrocediendo.

—No sea usted loco; mire que se lo digo a su amigo.

—No hará usted tal, perla mía; después de nuestra felicidad, tendrá más reserva que yo. Vamos, párese; mire que no soy hombre de mucha paciencia.

Monterreal se detuvo.

— ¡Qué diantres! ¡Será preciso! —dijo.

Y su mano se separó del cinto, empuñando la daga, bajo el manto.

—Sí, pues —dijo el talavera, rodeándole la cintura con el brazo—, preciso es que seas mía.

— ¡Que te echo el alma a los infiernos! —exclamó el joven arrogantemente y descargándole con la velocidad de un rayo una puñalada en el pecho.

El soldado se estremeció del golpe, y sus músculos se crisparon oprimiendo contra sí el cuerpo del joven.

Este hizo un esfuerzo para quedar en libertad; al mismo tiempo levantó nuevamente su mano armada y volvió a descargarla en el pecho del soldado.

— ¡Jesús! —dijo éste convulsivamente, y cayó arrastrando al joven sobre sí.

Capítulo 5

LAS BODEGAS DEL CONDE

Los Graneros de la Compañía, o las Bodegas del Conde, como se decía en aquel tiempo, se hallaban ocupadas, según se ha dicho en un capítulo anterior, por las fuerzas que componían la tercera división del ejército patriota.

Allí se hallaba también el general en jefe, don José Miguel Carrera.

Para el desarrollo de nuestra historia, transportaremos allá al lector, como a las dos de la madrugada de esa misma noche, es decir, unas dos horas después de los sucesos que hemos relatado.

En una gran pieza desmantelada, sin más muebles que un par de escaños de madera blanca, algunas sillas y una tosca mesa, había tres personajes, con quienes debemos entrar en conocimiento.

El uno de ellos se paseaba a grandes pasos, de un extremo al otro de la sala, con cierta precipitación que más bien parecía propia del carácter del individuo que hija de alguna preocupación del ánimo.

Era éste un militar joven, de veintinueve años a lo sumo, de elevado y airoso porte.

Vestía una casaca enteramente abrochada y ajustada al cuerpo, y los bordados y galoneaduras de ella y de su pantalón de paño azul revelaban a primera vista la alta jerarquía que ocupaba en el ejército. Llevaba la cabeza descubierta; su pelo era negro y bien peinado hacia atrás, de modo que ostentaba en toda su extensión una frente elevada y serena; sus ojos oscuros y penetrantes y su nariz aguileña daban a su rostro una expresión de perspicacia y arrogancia y cierto aire de dominio que se templaba sólo en fuerza de la sonrisa fugitiva que dominaba en sus labios.

Ese joven militar era don José Miguel Carrera, general en jefe entonces del ejército en campaña y Presidente de la Junta Gubernativa que regía desde poco tiempo los destinos de la patria.

El general Carrera, como decimos, se paseaba a grandes pasos en el momento que lo presentamos a nuestros lectores; y ahora nos apresuramos a agregar que

sus, paseos se interrumpían con frecuencia, casi a cada vez que pasaba por delante de la mesa de que también hemos hecho mención.

Parábase allí un instante, y seguía con la vista los precipitados y no interrumpidos movimientos que imprimía a la pluma, sobre una grande hoja de papel, un personaje que se mantenía indiferente a estas demostraciones de curiosidad manifestadas con tanta frecuencia.

Este era uno de los otros dos circunstantes a que nos hemos referido.

Joven, de unos veintiocho años, de fisonomía agradable e inteligente, de ojos grandes y malicioso mirar, revelaba la inflexión picaresca de sus labios que los pensamientos que se presentaban a su mente para estampar en el papel eran de un carácter jocoso o envolvían algo capaz de excitar su buen humor.

Para concluir los detalles acerca de este personaje, diremos que vestía traje de paisano, si bien su gorra, puesta cerca de él, sobre la misma mesa, que estaba adornada con un fino galoncito de plata colocado sobre la visera.

En una de las veces en que el general Carrera se detuvo delante de la mesa, y cabalmente en el momento en que nos hemos introducido a la sala, el que escribía terminaba su tarea poniendo un gordo rasgo, por debajo de ella a guisa de rúbrica.

La firma decía: *Manuel Rodríguez*, y estampada ya, el joven soltó la pluma y dijo con aire de satisfacción:

— ¡Ya está! Carlos va a tener risa para una hora y ocupación para muchos días...

¿Quiere Vuestra Excelencia que la lea?

— No espero otra cosa — dijo Carrera`

Y volviéndose hacia el extremo de la sala, en que estaban los escaños:

— Luis — dijo—, ¿estás oyendo?

Estas palabras eran dirigidas al otro personaje, cuya presencia allí hemos indicado. Este era un joven oficial, que permanecía recostado indolentemente en uno de los escaños, manifestándose del todo ajeno a la escena que hasta aquí hemos descrito.

Como se comprenderá por su actitud familiar delante del primer magistrado y por la manera con que éste le dirigía la palabra, ese oficial no era, otro que, el coronel Luis Carrera, hermano menor del general.

— Yo oigo — contestó el joven, sin abandonar su postura—. No he pegado mis ojos un instante; creo que las piedras son más blandas que este endiablado escaño. ¿Es la carta para Carlos Rodríguez la que acaba de escribir?

— Cabal — dijo don José Miguel.

Rodríguez tomó el papel de sobre la mesa y dijo:

— Omito el principio porque contiene asuntos de familia: voy al final, que es lo que hace al caso. Dice así:

La fiera, hermano mío, va a caer, o mejor ha caído ya destrozada con sus propias garras. De esta hecha no escapa el pobre brigadier O'Higgins. Figúrate que por hacer sus caprichos, para darse el aire de exclusivo vencedor, se ha encerrado en Rancagua, contraviniendo a las órdenes del general en jefe. Hétele, pues, ahí acorralado por los godos, quienes antes de mucho darán buena cuenta de él. Necesariamente se va a ver obligado a firmar una capitulación deshonrosa, y el plan de nuestro general en jefe es aguardar este paso vergonzoso que le arranca a O'Higgins todo su prestigio: sólo entonces el general moverá sobre los godos el grueso del ejército, no sin poner antes el grito en los cielos protestando que nos dejaremos descuartizar vivos antes de imitar el ejemplo del pusilánime caudillo que se ha vendido a la España, y como ésta, se añadirá otra porción de lindezas que ya tú puedes prever. Desde luego, principia tú la obra de prevenir los ánimos de los santiaguinos, afeando la desobediencia en que ha incurrido O'Higgins y pronosticando los desastres en que envolverá la división que se le ha confiado.

Rodríguez fue interrumpido en su lectura por un ruido de pasos y armas a la puerta.

Varios soldados se presentaron en el dintel: uno de ellos avanzó algunos pasos con el fusil al hombro y saludó militarmente.

— ¿Qué hay? — preguntó Carrera, volviéndose a él.

— Mi general, un desertor del ejército realista.

— ¿Es algún oficial?

— No, mi general, soldado raso del cuerpo de Talaveras; pide hablar con Vuestra Excelencia.

— Estoy ocupado; póngalo en lugar seguro. Será algún cobarde que quiere sacar partido de su desertión.

El general se volvió a Rodríguez haciéndole ademán de que continuara, y el soldado giró sobre sus talones y se encaminó a la puerta.

— Dicen que son unos diablos esos talaveras — dijo Luis, desde el escaño en que permanecía recostado.

— Gente corrompida — observó el general—: criminales de las prisiones de España; difícil es que se sujeten a la disciplina militar, y todos los días se estarán desbandando.

Rodríguez volvió a tomar el papel y se dispuso a seguir leyendo.

Los pasos del soldado volvieron a resonar en el pavimento de la sala. Carrera se volvió con aire de impaciencia.

— Mi general — dijo tímidamente el soldado—, insiste el prisionero en ver a Vuestra Excelencia y dice que tiene que hacer revelaciones importantes.

— Me parece que ya he ordenado — repuso Carrera, acentuando la voz enfadosamente y fijando una mirada colérica en el soldado.

Apresuróse éste a salir del cuarto antes de excitar más la cólera del jefe, y Rodríguez principió a leer.

— Mira, José Miguel — interrumpió Luis—, tal vez sería conveniente escuchar a ese soldado; puede que saquemos algo de él. Ese cuerpo de Talaveras es el privilegiado del ejército español; dicen que es una legión de hombres arrojados que no temen a Dios ni al diablo: quizá el enemigo nos envía a éste con algún objeto... Qué sé yo...; pero estoy porque lo veamos. ¿No te parece, Rodríguez?

— Por ser el primero que viene a nuestras manos..., sí; creo que no estaría de más..., nada se pierde.

El general miró hacia la puerta y gritó: — ¡Hola, oficial de guardia!

Oyéronse pasos apresurados, y acto continuo se presentó un oficial.

— ¿Se fue esa gente? — preguntó Carrera. No, Excelentísimo señor; está aquí a un paso.

— Llámelos usted: que traigan al prisionero. El oficial se alejó con la misma prontitud que había entrado.

— Cierto — dijo el general, dando algunos pasos por la sala—, está bien que tratemos de inquirir algo sobre los sucesos del día.

Entró nuevamente el soldado que poco antes había incurrido en el desagrado del general, y esperó en silencio la orden de éste.

— ¿El desertor? — dijo Carrera.

— Viene aquí, mi general. No obstante la orden de Vuestra Excelencia, insistía aún en ser presentado; me acababa de dar este papel cuando se nos ha hecho venir.

Y se adelantó presentando al general un pliego cerrado.

— ¡Un oficio!, luego es algún emisario del enemigo...

— ¿Oficio? — dijo Luis, medio inclinándose en el escaño y volviéndose a los circunstantes.

— Dice que se ha desertado yendo de ordenanza con ese pliego — observó el soldado.

El general rompió el cierre del oficio, lo desplegó contra la luz y leyó para sí.

Un imperceptible sonrojo se extendió por sus mejillas durante la lectura: su ceño se arrugó involuntariamente, y cuando concluyó, se detuvo un momento en actitud meditabunda.

En seguida, como tomando bruscamente una decisión:

— Haz entrar al prisionero — dijo al soldado. Luis preguntó:

— ¿Es importante el oficio?

Rodríguez no apartaba la vista del general.

Este no contestó: volvió a plegar el papel sin decir palabra y se lo guardó en el pecho metiéndolo por entre la abotonadura de la chaqueta.

Los ojos de Rodríguez expresaban la más viva admiración, y cambió una mirada con Luis, quien, no habiendo tenido contestación, volvió a tenderse descansadamente en su escaño.

Se oyó entonces afuera la voz del soldado que decía a alguien:

— Entre usted: ahí está el general.

Este esperaba de pie en la mitad de la sala, y con la vista fija en la puerta.

Rodríguez lo miraba con ávida curiosidad y sólo dejó de mirarlo cuando sintió los pasos del prisionero que se acercaba.

Luis estaba acostado de espaldas, mirando al techo de la sala con absoluta indiferencia.

Preséntase a la puerta el soldado de Talaveras, y se adelantó algunos pasos con aire marcial.

Venía desarmado y su continente era severo y respetuoso,

El general vio con admiración a un joven de hermoso aspecto que se inclinaba diciendo:

— Excelentísimo señor...

Rodríguez se levantó de su asiento con la más viva sorpresa.

— ¡Ricardo Monterreal! — exclamó involuntariamente.

El fingido talavera se interrumpió para mirar al que lo nombraba, y una afectuosa sonrisa se dibujó en sus labios.

Luis Carrera se sentó en su escaño a observar lo que pasaba.

— Sí, Excelentísimo señor — continua Monterreal, dirigiéndose a Carrera— ; no es un talavera el que está delante de Vuestra Excelencia, es un oficial de la división patriota encerrada en Rancagua, un emisario del señor brigadier don Bernardo O'Higgins.

Y el joven sacó del cinturón un pequeñísimo papel, y lo ofreció respetuosamente al general.

Pero... — dijo éste, recibiendo el papel—, no comprendo..., usted mismo ha traído otro pliego...

— Sí, señor, para llegar hasta aquí me ha sido indispensable adoptar este disfraz, el cual me lo he proporcionado con fornitura y un fusil que venía casualmente con el pliego que ya está en poder de Vuestra Excelencia.

— ¡Ah!, comprendo — dijo Carrera—, algún prisionero, En fin, veamos qué me dice el brigadier.

Leyó entonces para sí el papelito que ya conocemos y luego repitió en voz alta:

— "*Si vienen municiones, y carga la tercera división, todo es hecho.*"

Al decir esto el general miró de una manera significativa a Rodríguez.

Este no pestañeó observando que el joven emisario había sorprendido la mirada de Carrera y se volvía a él para hacerse cargo del semblante que ponía

Monterreal agregó:

— El general me ha encargado manifestar de palabra a Vuestra Excelencia que el triunfo es seguro y fácil con el auxilio de esta división; que la fuerza encerrada en Rancagua podrá hacer una viva resistencia y aun tomar la ofensiva en las primeras horas de mañana; que las municiones son pocas por haberse incendiado el parque y, finalmente que el agua ha comenzado a escasear porque los españoles han cortado las acequias que surten al pueblo.

— Está bien — dijo Carrera—: ya proveeremos lo conveniente. Entretanto usted...

Interrumpió aquí la frase y llamó al oficial de guardia.

Mientras éste venía, dio un paseo por la sala.

"¡Malo!", se decía Monterreal. ¡La verdad que no encuentro la buena voluntad que me imaginaba! ¡Si habré hecho un viaje inútil!

Y su mirada pasaba del general a Rodríguez y de éste a Luis Carrera, que había vuelto a recostarse, pero la cara vuelta al lugar que aquéllos ocupaban.

El oficial de guardia entró.

Carrera se detuvo en la mitad de su paseo y le dijo:

— El señor es un oficial de nuestro ejército, a quien usted alojará con la consideración que merece un valiente que se ha atrevido a pasar por entre el ejército realista.

Y concluyó dando al joven una mirada que quería decir: "Hemos concluido".

Monterreal no se movió, ni aun se inclinó para agradecer la recomendación que se hacía de su mérito.

Conocía que nada había avanzado con su venida; que el general mal dispuesto para prestar el auxilio que se le pedía, trataba de desprenderse de él con un elogio que halagara su amor propio.

— Señor — observó con respeto, pero sin timidez—: tengo orden de volver a mi campamento con la contestación de Vuestra Excelencia; todos los jefes me esperan con ansiedad.

Carrera permaneció un instante contemplando al joven. Se sentía contrariado ante la necesidad de tomar pronto una resolución; pero el aspecto franco y digno del

oficial, la sencillez con que manifestaba su decisión de volver, borraron la ligera nube de impaciencia que empañó su frente.

— ¿Cree usted poder llegar hasta Rancagua?— preguntó.

— Espero, señor, tener la misma suerte que para llegar hasta aquí.

Carrera se acercó a la mesa, tomó un trozo de papel y una pluma, y escribió:

Municiones no pueden ir sin bayonetas. Al amanecer hará sacrificios esta división; para salvar a Chile se necesita un momento de resolución.

— Lea usted — dijo el general, pasando al joven el papel—, y procure retenerlo en la memoria, por si hay necesidad de romperlo en el camino.

Monterreal leyó en voz alta: su semblante fue inundándose de una expresión de contento, y al concluir dirigió al general una mirada de reconocimiento, como si hubiera obtenido una gracia para sí mismo.

— Gracias, Excmo. Señor — dijo—, gracias en nombre de todos los valientes que me aguardan. Ahora ruego a Vuestra Excelencia que me haga dar pronto un caballo y el fusil que los soldados me han quitado.

— Encárguese usted de eso inmediatamente — dijo Carrera al oficial.

El joven teniente se inclinó saludando, dirigió una afectuosa mirada a Rodríguez y salió.

Rodríguez dijo al general, parándose del asiento:

— ¿Me permite un momento, Vuestra Excelencia? Ese joven es mi amigo...; deseo hablar dos palabras...

Carrera hizo una insinuación de asentimiento, y Rodríguez salió tras Monterreal.

Cuando sintió Carrera alejarse los pasos de los que hablan salido; se volvió a su hermano diciéndole:

— Oye, Luis.

Abandonó éste el escaño sin precipitación y se acercó al general con aire interrogativo.

Sacó éste el pliego que había guardado en su pecho; y dijo confidencialmente:

— El alférez Argomedo está en poder de los realistas; como Rodríguez ignora la comisión de que estaba encargado y he temido, además, que no la aprobaría, nada quise decir delante de él,

Oye.

Y desdoblado el papel, leyó:

*Señor Comandante General del Reino de Chile, don Mariano Osorio:
Tenemos un prisionero que nos ha hecho importantes comunicaciones;
según él, Carrera no auxiliará a O'Higgins, y como una razón de ello,
manifiesta que él mismo tiene encargo de aquel general para asesinar al
dicho O'Higgins en caso de que triunfe. Resuelva Usía si debo mandar el
preso a las órdenes del Mayor General don Luis Urrejola o a la disposición de
Usía. Dios guarde a Usía muchos años.*

*VICENTE SAN BRUNO,
Capitán de Talaveras.*

— Felizmente — agregó el general—, no ha sido abierto este pliego por el joven que lo ha traído.

A ese tiempo se sintieron los pasos de Rodríguez, que volvía, y Luis Carrera se apresuró a recobrar su misma posición en el escaño.

Rodríguez venía de despedirse de Monterreal. Cuando salió en pos de él corrió hasta alcanzarlo, y poniéndole familiarmente las manos en los hombros, le dijo con tono generoso:

— ¡Ricardo!, ¿es posible que vayas a exponerte otra vez? ¡Quédate aquí más bien! Dime, ¿dónde están tu padre y demás familia?

— Mi padre está en cama aún — dijo el joven—, y por esta razón han tenido que permanecer en Rancagua mi madre y mi hermana, que están buenas; he venido sin el conocimiento de ellas; debo estar antes que amanezca, para que no lo sepan y porque lo he prometido a mis jefes.

— ¡Pero, hombre, mucho me temo una desgracia, y aun, si libras en el camino!... ¡Qué diantres! Más seguro estás aquí que encerrado en ese desgraciado pueblo.

— ¿Pues qué? ¿Temes tú que sucumbamos?

— ¡Todo puede suceder! ¡Qué diablos!

— En todo caso, debo estar al lado de mi familia. Además, el triunfo es indudable con la promesa que llevo en este papel. Influye tú en el ánimo del general para

que se nos auxilie pronto y con empeño. Y adiós, que no quiero que me sorprenda el día antes de llegar a Rancagua.

— ¡Diablo de niño!, ¡tanto exponerse! ¿Y hoy qué has hecho?

— Poca cosa; después lo sabrás. O'Higgins me protege y me ha dado el grado de teniente.

— ¡Hombre!, ¡tan luego! Algo habrás hecho... Lo que siento es que no estés al lado de Carrera; si a él le inspiraras el mismo interés que a O'Higgins... En fin, te veo violento por irte. Adiós: que no tengas novedad; recados a la señora y a Corina.

Rodríguez se separó del joven, y ya hemos visto la precaución tomada por Luis Carrera cuando lo sintió volver a la sala.

El general, por su parte, se había dado prisa a guardar el oficio del capitán de Talaveras.

Tomó su asiento Rodríguez delante de la mesa y dijo:

— ¿Mi carta es inútil ahora, señor?

— ¿Por qué? — preguntó Carrera.

— Como Vuestra Excelencia acaba de prometer otra cosa de lo que me ordenó anunciar en ella...

— ¡Qué importa eso! No era posible contestar de otro modo.

Rodríguez guardó silencio.

— ¿No es verdad? — le pregunto Carrera, al cabo de un rato.

— Yo creo — dijo Rodríguez—, salvo las razones de Vuestra Excelencia, que ahora no es posible obrar de otro modo que conforme a lo prometido. ¿Qué se dirá de nuestra inacción cuando se sepa lo que ha pasado?

— Cierto — dijo Luis—; yo creo que no hay otro camino. Y es también una barbaridad abandonar a tanta gente por la pérdida de un solo hombre. Salvémoslos, y después no nos faltará coyuntura para salir con nuestro propósito.

— Lo que yo creo es que O'Higgins capitulará si no ve que al amanecer no entra en combate nuestra gente — dijo el general—, cambiando nosotros de propósitos, perdemos una magnífica oportunidad; y ahora que sabemos que están faltos de municiones...

— Otra idea me ocurre — dijo Rodríguez —: esto de haber prometido Vuestra Excelencia... ¡Oh!, ahora es preciso mirar las cosas de otro modo; pueden probar después con el mismo papel escrito por Vuestra Excelencia que ha sido intencional este proceder. Creo, pues, más acertado atacar a los realistas, y después del triunfo encausar a O'Higgins por haberse encerrado en Rancagua, ocasionando así la pérdida de una gran parte de su división y el destrozo de ese pueblo.

— ¿Qué te parece, Luis? — preguntó el general.

— Me parece muy bien.

— Convenido, entonces, ve pues, a mover tu división; ponla en marcha inmediatamente, para caer sobre el enemigo antes de la salida del sol. Entretanto, yo mismo dispondré el movimiento de las demás fuerzas.

Capítulo 6

EXPLICACIONES

Como se ve, por los hechos narrados hasta aquí, las relaciones que mediaban por aquella época entre el general José Miguel Carrera y el brigadier don Bernardo O'Higgins, aunque guardaban el exterior de una perfecta armonía, se hallaban absolutamente desprovistas de la sinceridad necesaria en las circunstancias difíciles que arrostraban.

Mas, sea dicho en honor de O'Higgins, la historia de estos sucesos no presenta un rasgo que delate la animadversión que encontramos fuertemente acentuada en la conducta de Carrera.

No debemos olvidar, por cierto, que este general no era ya el joven prestigioso de las jornadas del 4 de septiembre y 15 de noviembre de 1811.

Aquellos golpes de audacia con que entonces se había elevado al poder caían con todo su peso contra las realistas que detentan la marcha liberal del Gobierno.

Ahora, por el contrario, cargaba sobre sí toda una época de desastres en que resaltaban vigorosamente los del desgraciado sitio de Chillán; cargada con el peso de una destitución de su puesto de general en jefe; y el nuevo asalto al poder que con tan buen éxito había dado en la noche del 22 de julio, dos meses y días antes de la fecha en que hemos principiado nuestra narración, ese golpe de mano, decimos, aunque basado en escogidos pretextos, había atentado más bien contra la estabilidad de las instituciones independientes, debilitando las fuerzas del ejército patriota con una peligrosa desunión.

Hasta pocos días antes de la acción de armas de Rancagua, que estamos relatando, O'Higgins, legítimo general en jefe del ejército chileno, levantó su bandera contra el advenimiento del gobierno encabezado por Carrera, y sus huestes se habían encontrado en los llanos de Maipo, iniciando un combate fratricida, que Dios sabe qué resultado habría tenido si la necesidad de volver las armas contra el ejército español no hubiera impedido su terminación.

Este ejército era el que, a cargo del coronel de artillería don Mariano Osorio, hemos visto sitiando en Rancagua a la división de O'Higgins.

El digno brigadier, deponiendo todo su ardimiento en vista del peligro que amagaba a la patria, se había resignado sin pretensiones a servir bajo las ordenes del mismo a quien había querido derrocar de su bastardo poder.

Cúpole, pues, su lugar en la vanguardia del ejército formado con las fuerzas unidas de él y de Carrera; y estamos viendo como se manejaba en la defensa del pueblo en donde buscó un refugio más bien obligado que voluntario.

El brigadier O'Higgins llevaba delante de sí, en contraposición a Carrera, el prestigio de un bizarro y prudente militar: ninguna nube empañaba la reputación de valiente que se había conquistado con la punta de la espada en los campos de batalla.

Carrera veía en él un rival; mas que un rival peligroso de su gloria, al hombre que estaba destinado a regir los destinos de la patria por la aclamación unánime de los pueblos, que él, Carrera, se había enajenado con sus lastimosos extravíos.

Sentado esto, comprenderá el lector hasta dónde llegaba el interés del general en jefe y Presidente de la Junta de Gobierno por suprimir de la escena política al que con sólo su presencia hacía peligrar el poder cuyo brillo se había él acostumbrado a saborear.

Llévanos ahora la corriente de los sucesos que relatamos al campamento del ejército español y precisamente al lugar que Osorio había elegido para permanecer durante el combate.

Era éste una casa de campo a pocas cuadras de Rancagua, hacia el Poniente; situación elegida adrede por ese jefe para los eventos de un fracaso que lo obligara a repasar el Cachapoal.

A la misma hora en que el general Carrera recibía al emisario de O'Higgins, el coronel Osorio se hallaba rodeado de los principales jefes de su ejército.

Sentado en un sillón tapizado con cuero, que la solicitud de sus parciales le había proporcionado, presidía o más bien trataba de dominar la discusión acalorada que se sostenía entre los jefes sobre las medidas que era necesario tomar.

No queremos decir con esto que se dejara de guardar a Osorio las consideraciones que le correspondían como Presidente del Reino de Chile y Comandante General del Ejército; lejos de eso, el coronel tenía la reputación de un valiente militar, y aun cuando en su carácter dominaban cortesía y afectuosidad, nadie se habría

atrevido a abusar de estas cualidades, ni él habría permitido una falta de etiqueta que significara poco respeto a su persona.

Lo que ahora sucedía era que la mayoría de los jefes, principalmente Osorio, estaban alarmados por la heroica resistencia que hacían los patriotas encerrados en Rancagua.

Al recibir Osorio, tres meses antes, el encargo de venir a pacificar a Chile, al mando de una expedición respetable compuesta de hombres escogidos entre los más disciplinados del Regimiento de Talaveras y de las guarniciones de Lima y el Callao, se imaginó, y junto con él todos los soldados, que su misión se reducía simplemente a un descansado paseo militar.

Había Osorio desembarcado el 13 de agosto en Talcahuano; puéstose en marcha muy pronto para Chillán; engrosado allí su ejército con el que estaba a las órdenes del brigadier Gaínza, su antecesor, y en seguida dispuesto a comenzar la campaña con un total de combatientes que no bajaba de cinco mil.

La superioridad inmensa en el número y la disciplina hablan contribuido, como es natural, a afianzar en el ánimo de toda la gente la idea de que podían llegar hasta Santiago sin que los insurgentes, como se llamaba a los patriotas, se atrevieran ni aun a presentarle batalla.

Se ve, pues, si habría motivo con sólo esta consideración para que el ejército se sorprendiera de la inesperada heroicidad que desplegaba el enemigo.

Pero esto no era todo: la alarma de los jefes realistas era tanto más justificada cuanto que la batalla que daban era una insubordinación a la voluntad del virrey de Lima. Osorio había recibido el día antes la orden de celebrar con los patriotas el tratado más ventajoso que pudiese obtener y reembarcarse para el Perú con él batallón de Talaveras y algunas otras fuerzas.

Mas este caudillo, no pudiendo decidirse por sí solo a abandonar un triunfo que, como hemos dicho, creía seguro, había celebrado una junta de jefes militares para acordar lo que debiera hacerse.

La opinión general fue desobedecer la orden del virrey, y he aquí cómo habían llegado las cosas al estado en que las manifiesta nuestra prolija historia.

Después de un día de combate, los patriotas habían probado al español que el paseo tenía espinas, y que no se podía marchar impunemente por sobre ellas.

Osorio estaba consternado con semejante prueba. El día había sido más terrible para él que para su mismo ejército: cargaba con la doble responsabilidad de una desobediencia y un descalabro.

Hombre excesivamente religioso, a cada decepción que había sufrido en esa aciaga jornada había buscado un consuelo en la práctica de sus devociones; con un pesado rosario en la mano, cuyas cuentas repasaba bajo la manta blanca que usó desde su llegada a Chile, elevaba sus plegarias a las cohortes celestiales para que vinieran en auxilio de las que él mandaba, que por cierto habrían podido mejor hermanarse, particularmente las de Talaveras, con un buen surtido de legiones infernales.

Es el caso pues, que Osorio, desencantado al fin de la esperanza que cifraba en los santos y creyéndose en desgracia con la Virgen, por haber profanado con un combate las vísperas de su advocación del Rosario, manifestó al consejo militar la intención de levantar el sitio y repasar el río para entrar desde allí en tratos de avenimiento con los insurgentes.

Tal proposición, después de los sacrificios que costaba aquel día al ejército era lo que suscitaba el acaloramiento de los ánimos en el momento en que nos hemos introducido a la sala del consejo.

Veíase allí un buen número de oficiales sosteniendo con decisión la necesidad de continuar el sitio y contestando con buenas razones a una mayoría numerosa que apoyaba los deseos de Osorio o por lisonja o bajo la impresión del miedo.

Descollaban entre aquellos el arrogante mayor general del ejército don Luis Urrejola, antiguo comerciante de Chillán; el esforzado jefe de la vanguardia, coronel don Idefonso Elorreaga, ex dependiente de comercio de Concepción; el comandante de Talaveras, don Rafael Maroto, y otros valientes que daban por arruinado al ejército realista si volvía la espalda a los sitiados. En esos momentos de confusión e incertidumbre, y cuando Osorio veía con secreta alegría salir avante su opinión en fuerza del número de sus parciales, se entreabrió la puerta de la sala, asomó silenciosamente la cara de un militar de tez pálida, mirada torva y entrecejo arrugado, que lo hacía aparecer con algunos años más sobre los treinta en que frisaría.

El presidente Osorio, atento a cuanto pasaba en la ansiedad de ver pronunciarse pronto la resolución que apetecía, vio abrirse la puerta y divisó la figura de aquel militar, "El capitán San Bruno — pensó—. Bueno, éste es de los míos y conviene hacer constar su opinión."

Y agregó en alta voz:

— Adelante, capitán. Señores — dijo a los circunstantes—, aquí tenemos al valiente talavera don Vicente San Bruno, que debe venir del sitio..., ¿no es así, señor San Bruno?

— En efecto, señor, vengo de allá — dijo el recién llegado, avanzando algunos pasos—; mi compañía ha estado de guarnición hasta hace poco en la calle de la Merced.

— Bien; es uno de los motivos porque me felicito de su llegada, señor San Bruno; trae usted, impresiones más frescas, y esto sirve para ilustrar nuestra discusión. Quizá usted ha tenido noticias de esta junta, y viene animado del deseo de darnos su parecer...

— Señor, si me permite Vuestra Señoría... Justamente he sabido en el camino que se había convocado a los jefes...; pero otra circunstancia de algún valor me ha hecho apresurarme a venir.

— Muy bien, alguna novedad por el estilo de todas las que he recibido en el día; me alegro; esto vendrá más en mi apoyo.

— Ignoro, señor, las novedades a que se refiere Vuestra Señoría y asimismo el asunto de que se trata; me alegraría por cierto de no contrariar sus deseos, y abrigo esta esperanza.

— Ya estoy viendo que es en mi abono lo que usted va a anunciar; me parece que adivino... En fin, veamos.

— Se trata, señor, de un insurgente que hemos capturado...

— ¡Ah! Por San Pedro, que eso está, muy lejos de nuestras cuestiones. ¡Bah!, dejémoslo para después y entre usted a manifestar su manera de ver en lo que tratamos.

— Antes de eso, señor, si me permite, debo hacerle presente que el prisionero me ha hecho revelaciones de mucho interés.

— Pero si eso no tiene que ver...

— Señor presidente — interrumpió el mayor Urrejola, que era el que más calor había desplegado contra la proposición de Osorio—, Vuestra señoría me perdonará el que yo crea que las revelaciones de un prisionero de guerra son muy importantes para ilustrar nuestra discusión: ellas pueden versar sobre el estado de las fuerzas enemigas y modificar notablemente nuestras ideas.

— Cabal, señor — dijo San Bruno—. Precisamente por esa razón doy importancia a mi venida. Ya estaría todo en conocimiento del señor presidente, porque hace dos horas que le despaché un parte con tal objeto, pero a mi llegada aquí he sabido, por un soldado de la guardia, que no se ha presentado ningún ordenanza de mi cuerpo, cosa que no me explico. Me he venido ahora con el prisionero que es un oficial, y creo que será más expedito el que se le escuche en persona aquí mismo. ¿Me permite Vuestra Señoría que lo haga entrar?

— Puesto que se cree necesario, aplazaremos la terminación de nuestro debate. Puede entrar el prisionero.

San Bruno se volvió a la puerta y la abrió mientras la asamblea esperaba en silencio.

Capítulo 7

UN TRAIADOR

Antes de un minuto entró a la sala, en pos del capitán de Talaveras, el anunciado prisionero.

Era éste un hombre de cara desagradable, ojos redondos y apagados; nariz corva, boca abultada en su labio superior, el cual se prolongaba notablemente, estableciendo una respetable distancia entre aquélla y la nariz; era, en fin, una fisonomía que recordaba la del carnero, omitiendo algunos rasgos en que, más bien que imbecilidad, se revelaba una astucia de mala ley.

Este personaje vestía uniforme militar, pero de tal modo, con tal descuido y desgracia, si se nos permite esta palabra, que se degradaba su aspecto en vez de realzarse.

El capitán San Bruno lo hizo avanzar hasta un punto conveniente de la sala, y esperó.

Las miradas de todos los concurrentes estaban fijas en el prisionero, y el mismo Osorio se inclinó en su asiento para examinarlo mejor.

— ¿Quién es usted? — preguntó con voz breve.

— Soy Juan Argomedo. Excelentísimo señor — dijo el preso en tono respetuoso comprendiendo que se hallaba ante el jefe del ejército realista.

— ¡Para qué más! ¡Con eso tenemos bastante! — repuso Osorio, que tenía la propensión de hacerse el chistoso aun en los actos más serios de su cargo

El preso agregó, medio cortado por el tono de aquella observación:

— Desempeño el cargo de teniente de dragones...

— ¿Cómo es que ha sido usted aprehendido?

— Tratando de salir de Rancagua para librarme del mal que podía sobrevenirme por una denuncia que se había hecho al general O'Higgins respecto de mí.

— ¿Cómo es eso? A ver, explíquese usted: y cuidado con inventar fábula, porque, aunque mal, su cabeza está sobre sus hombros mejor que en cualquiera otra parte.

Esta nueva chanza, que tenía su mérito en cuanto a la grotesca figura de Argomedo, excitó la hilaridad de los concurrentes, sin que pareciera hacer gran impresión a la víctima.

— Para explicarme; Excelentísimo señor, con toda la franqueza con que deseo complacer a Vuestra Excelencia, me veo en el caso de solicitar una gracia.

— ¡Oigan! ¡Por ahí principiemos! ¿Querría usted que le aseguráramos la libertad en cambio de sus declaraciones?

— Nada de eso, Excelentísimo, señor, me doy por satisfecho con haber caído prisionero y escapar así a las desgracias que entre los míos podrían sobrevenirme. Desearía, solamente que Vuestra Excelencia se dignara reducir en lo posible el número de las personas que deben oír mis revelaciones.

— ¡Ah! ¡Conque tan misteriosas son! ¡Vamos! Esto despierta mi curiosidad. Señores: tengan ustedes la bondad de retirarse por algunos instantes, excepto el mayor general, los tres comandantes de división y el capitán San Bruno.

Cumplida esta orden en breves instantes, Osorio dijo al prisionero:

— Acérquese usted y hable.

Avanzó Argomedo hasta quedar a tres pasos del jefe realista, y adoptando un tono conveniente para hacerse oír de los que escuchaban, dijo:

— Vuestra Excelencia no ignora quizá las disensiones que han ocurrido últimamente entre los patriotas y las circunstancias en que se hallaban los generales Carrera y O'Higgins cuando se vieron amenazados por el ejército de Vuestra Excelencia.

Argomedo hizo una breve pausa como esperando una contestación, pero viendo que Osorio callaba, continuó:

— Pues bien, señor, no obstante la unión celebrada entre ambos para resistir a Vuestra Excelencia, el odio que se profesan, es de tal carácter, que el general Carrera, temeroso de que los honores del triunfo puedan ensalzar a su rival y tratando de deshacerse de él, ha colocado en su división gente encargada de darle muerte en el caso de que obtenga la victoria.

— ¡Hombre, todo eso hay! — exclamo Osorio, vivamente sorprendido.

— Como Vuestra Excelencia lo oye.

— ¡Dios mío, estos insurgentes son unos desalmados sin religión ni ley!... Pero todo esto no quita que se estén auxiliando y que Carrera se nos venga mañana encima.

Este era uno de los principales argumentos con que Osorio había tratado de probar la necesidad de una retirada, y por esto llamaba al mismo tiempo la atención de los jefes que estaban a su lado, para hacerles ver que nada se avanzaba con la revelación del prisionero.

— Adoptando Vuestra Excelencia el partido que voy a tener la honra de proponerle, puedo obtener que el general Carrera no se mueva en socorro de su rival.

— A ver, a ver, explíquese usted; difícililla me parece la cosa.

— Vuestra Excelencia juzgará. Hay en esto que el general O'Higgins ha llegado a descubrir lo que se tramaba contra su persona, y con tal precisión, que desde ayer está arrestado el soldado que debía ejecutar, bajo la dirección de un oficial, las recomendaciones de Carrera. Así, pues, yo creo que haciendo llegar al conocimiento de éste el mal éxito de sus planes, y manifestándole, además, que O'Higgins retiene al soldado con el fin de esclarecer los hechos después de la batalla, es claro que para conjurar tal peligro Carrera preferiría dejar sucumbir a ese jefe en su encierro.

— ¡Hum! No está mal calculado todo eso... pero...

— Además, señor, el estado en que se encuentra la fuerza sitiada es tal, que no resiste dos horas de combate; se ha incendiado una gran parte de las municiones, y las bajas son casi tan grandes como las de este ejército. El general O'Higgins se ha visto en la precisión de enviar un emisario a Carrera exigiéndole su auxilio.

— ¡Qué dice usted!... Pero ese emisario supongo que no habrá podido pasar por entre mis gentes.

— Lo ignoro, señor; pero si puedo asegurar a Usía, porque lo he visto con mis propios ojos, que una mujer, o quizás un hombre disfrazado de mujer, ha salido de la plaza momentos antes que yo.

Osorio se volvió a los jefes y les preguntó:

— ¿Han tenido ustedes noticias de que se haya detenido a alguna mujer?

Todos contestaron negativamente, y el mayor Urrejola añadió:

— Habrá debido volverse a la plaza, pues de otro modo ya estaría en nuestras manos; nadie puede moverse de un punto a otro en el campamento sin llevar el santo y seña.

— Más en abono de mis cálculos — observó el primero—; porque así Carrera se encontrará menos obligado a pelear.

— Cabal, es lo que yo digo — repuso Osorio—. ¡Pero, con mil santos!, veo que usted tiene más interés que nosotros mismos en perder a los suyos. Mala espina me da esto.

El prisionero se sonrió con cierto aire de astucia que hizo más grotesca la expresión de su rostro.

— ¿Y de qué manera — preguntó Osorio— podríamos imponer a Carrera del asunto en cuestión?

— Si Vuestra Excelencia hiciera confianza en mí, yo podría encargarme de ello mejor que nadie.

— ¿Eh? ¿Ahí venimos a parar? Ja, ja, ja, ja, ¡no digo yo! ¡Si bien lo estaba calculando!

Todo no es más que una historia mal zurcida para escapar de nuestras manos o llevar algún mensaje de O'Higgins a Carrera... A ver, capitán San Bruno: registre a este hombre; puede que él sea el mismo emisario de que nos habla. ¿Lo ven ustedes?

— exclamó Osorio, mirando a todos con ojos triunfantes.

El interpelado se acercó al prisionero, el cual no abandonaba su sonrisa maliciosa, metiéndole las manos en los bolsillos de los pantalones y en seguida le desabrochó la chaqueta.

— Aquí siento sonidos de papeles — dijo. — Aquí esta — dijo San Bruno: sacando un papel doblado en forma de carta.

El prisionero permaneció mudo y sonriéndose. Osorio lo abrió y a la luz de una vela que acercó San Bruno, leyó en voz alta:

Excelentísimo señor don Mariano Osorio,

— ¡Hola, hola!, ¡es para mí! Por la Virgen, que no comprendo ni jota. Firma... — y leyó con alguna dificultad—; Fray... José María..., Torres. ¡Por San Crispín!, ¡es de mi amigo Torres, religioso de Santo Domingo! ¡Y no había conocido la letra! Pero,

¿cómo diantres?... ¡Estoy confundido! ... ¡Esta carta en tal poder!... leamos, leamos.

Estimado señor,

En pro de la santa causa que defendemos, recomiendo a Usía la fidelidad e inteligencia del portador, con su sagacidad se ha granjeado la confianza del general Carrera, jefe de insurgentes, y puede prestar servicios inapreciables al partido del Rey. Ocúpelo, Usía, con la seguridad de que se desempeñará con el mismo celo que lo haría su más respetuoso capellán,

Fray José María Torres

La mirada de Osorio, animada de una viva expresión de sorpresa, pasó del papel al prisionero, y de éste a los circunstantes.

— ¿Qué dicen ustedes de esto? — preguntó—, ¡A fe que estoy maravillado! ¿Conque, señor mío, ese traje que usted viste, la prisión misma, todo es una añagaza?

— Exactamente, señor.

— Pero..., explíquese usted, ¿qué hacía en Rancagua?, ¿cómo es que ha averiguado el asunto del soldado y el oficial encargado de quitar la vida de O'Higgins?

— Nada he tenido que averiguar, señor, desde que soy yo el mismo oficial a quien el general Carrera ha confiado tan delicada misión.

Osorio volvió a cambiar otra mirada de sorpresa con los demás jefes,

El prisionero pareció no comprender la admiración de que era objeto, y continuó diciendo con el mismo aire de candidez:

— Los hechos son tal como los he relatado, Excelentísimo señor, y ahora sólo resta que Vuestra Excelencia determine, en la inteligencia de que el general Carrera no pone en duda cuánto sale de mis labios.

— Y espera usted, señor..., ¿cómo es su nombre?

— Juan Argomedo, señor, para servir a Vuestra Excelencia

— Pues bien, señor Argomedo, ¿cree usted que Carrera no nos atacará yendo usted a contarle...?

— Casi tengo la seguridad de ello, puedo, además, decirle, para obligarlo mejor que el soldado ha revelado a O'Higgins toda la trama.

— Perfectamente mi amigo, ¡Vamos!, estoy contentísimo de usted y sus servicios serán recompensados como merecen; el virrey lo sabrá todo. Así, pues, señor Argomedo, es usted libre de marchar pronto a ejecutar su proyecto.

— Con el permiso de Vuestra Excelencia — dijo Argomedo, inclinándose respetuosamente y en actitud de retirarse.

— ¿Cuándo nos volveremos a ver? — preguntó Osorio

— Señor, cuando sea inútil mi presencia entre los insurgentes, si Vuestra Excelencia no me ordena otra cosa.

— Está bien; cuento con que mañana experimentaremos los efectos de su fidelidad a nuestra causa.

Argomedo volvió a inclinarse en seña de aseveración y después de haber dado algunos pasos hacia la puerta, se volvió y dijo:

— Me olvidaba de suplicar a Vuestra Excelencia que me dé el santo y seña para que no se me moleste en el camino.

— Tiene usted razón... A propósito, señor mayor general esta noche no hemos cambiado el santo, a la hora de ordenanza...

— Estuve aquí señor a ver a Vuestra Señoría con tal objeto a las once en punto, y como me dijeron que se había dormido en su asiento, no quise molestarlo e hice yo solo el cambio conforme a la recomendación de Vuestra Señoría de mantener el nombre de Rosario en honor de la Virgen, sólo puse Valor en lugar de Rancagua

— Muy bien. ¿Oye usted, señor Argomedo? Rosario y Valor.

— Sí. Excelentísimo señor; llevo también ambas cosas

— Que ellas nos saquen a buen camino.

Argomedo salió; y los jefes realistas ya no trataron de otra cosa que de organizar el ataque del día que muy pronto debía amanecer.

Capítulo 8

REGRESO

Mientras tenía lugar lo que hemos referido en el capítulo anterior, Ricardo Monterreal se despachaba de su comisión en las Bodegas del Conde y tomaba la dirección de Rancagua a toda la carrera del caballo que había pedido al general en jefe.

El joven venía animado de la más viva alegría por el buen éxito de su empresa, y casi no le preocupaban los peligros que aun tenía que salvar.

"Tengo andada más de la mitad del camino — se decía, refiriéndose no a la vía que salvaba, sino a la ejecución de su cometido—. Suponiendo que no me fuera posible llegar hasta la plaza, no hay poder en el mundo que pueda deshacer lo hecho: está dicho al general en jefe, y arrancada la promesa de auxiliar a los sitiados. El fin de mi viaje no significa otra cosa que alentar a mis compañeros con esta esperanza; mas, ¡qué diablos!, no es ausencia. Sin embargo, yo debo estar allá; preciso es recoger mi traje..., y luego mi familia... Por mi abuela que me ha mortificado harto con que haya tenido que permanecer en el pueblo: sin eso, mi felicidad habría sido completa; porque, bien mirado, uno se basta a sí mismo; y esto de cuidar mujeres, de estar mintiéndoles prudencia..."

Nuestro joven interrumpió aquí sus cavilaciones, porque notó que se hallaba en las cercanías del pueblo.

"Ahora es preciso echar pie a tierra — se dijo—, e imitar al pobre hombre cuyo traje me he apropiado."

Hízolo así, y agregó:

"Vamos a ver: ¡armas al hombro! ¡Diantres! ¡El peso del fusil me ha adormecido el brazo! Ya se ve, traerlo colgando desde allá... ¡Oh!, ¡qué lástima!, se me ha olvidado traer un papel para ponerlo como oficio en el fusil... Mas, ¡qué idea!, el mismo parte del general en jefe..., sí, eso es; todo el que me encuentre me respetará como que voy de ordenanza; doy el santo y seña, y sigo mi camino. ¡Perfectamente!"

Y habiendo ejecutado sus pensamientos a medida que los concebía, continuó su camino con el arma al hombro y en ella el papel que contenía la respuesta del general Carrera.

La noche había avanzado entretanto de tal modo, que habría podido dudarse de si la debilísima claridad que plateaba las nubes pertenecía a la luna, que momentos antes se transparentaba en ellas, o era debida a los más leves resplandores de la aurora.

Era más bien el instante en que se presiente la aproximación del día, sin embargo de que la noche no ha comenzado a plegar su enlutado velo.

Un vago rumor principiaba no obstante a sentirse por el lado en que habían pernoctado o concluían de pernoctar los dos ejércitos en lucha.

El oído atento de Monterreal percibió esta circunstancia, y su marcha se convirtió en una moderada carrera.

De allí a poco, y cuando era ya muy corta la distancia que lo separaba de la Alameda, creyó oír el galope de un caballo, y luego columbró a unos treinta pasos la figura de un jinete que venía hacia él.

— Primer encuentro — pensó—; es un hombre solo; quizá no pertenece al ejército. Sin embargo, bueno será adelantarse a intimidar."

Y esforzando la voz gritó:

— ¿Quién vive?

El jinete no respondió; pero el efecto del grito se hizo sentir notablemente en las piernas del caballo, las cuales marcaron el trote en vez del galope que traían.

"Parece que se me respeta", se dijo Monterreal.

Y, tomando la mitad del camino, volvió a gritar:

— ¿Quién vive?

Esta vez el jinete se hallaba a diez pasos, y con voz entera respondió sin dejar de caminar: — Rosario y valor.

"¡Hola! — pensó Monterreal—, ésta es otra consigna, cabal, que deben haber mudado a la medianoche... ¡Pero, diablos! ¡Ese es el uniforme de mi cuerpo! ¡Un oficial!"

— ¡Alto ahí!

Estas últimas palabras eran una intimación al jinete: Monterreal había distinguido su uniforme al pasar junto a él.

— ¿Qué se le ofrece? — preguntó el desconocido.

Monterreal se aproximó hasta juntarse con el caballo, y examinando con atención el rostro del jinete.

— ¡El teniente Argomedo! — exclamó—. ¡Cómo diablos!, ¡usted por acá!

— Voy al campamento del general en jefe..., pero, ¿qué uniforme es éste?

— Uno que me conviene por el momento. Y dígame usted..., yo vengo de allá..., ¿qué objeto tiene su viaje?

— ¿Qué sé yo? Soy portador de un pliego. En fin, adiós, que es urgente mi llegada allá.

Pero el santo y seña que usted me ha dado...

Monterreal calló, porque Argomedo había puesto su caballo a la carrera sin hacer caso, o quizá sin oír lo que decía.

Continuó entonces el joven su marcha hacia la plaza, diciéndose:

"¡Es singular! ¿Qué nuevo mensaje será ese? ¿Habría habido alguna novedad que haya hecho cambiar de propósito al general? O será ésta una fuga... En fin, allá lo sabremos. Pero lo del santo y seña... Rosario y valor... No hay duda; así ha de ser, cuando éste lo da con tanta seguridad."

Cuando nuestro joven llegó a la Alameda, vio que toda la tropa acampada ahí estaba a caballo y formada en líneas.

Una patrulla de húsares de Abascal le interceptó el paso, y cumplida la formalidad del santo y seña, se le dejó pasar, no sin que el jefe manifestara alguna sorpresa y se quedara mirándole mientras se alejaba.

Quizá le era extraño el que un ordenanza viniera de aquel lado; pero él no tenía que obedecer más que a la consigna, y luego un talavera no podía inspirar desconfianza.

Monterreal atravesó la Alameda y se emboca la calle de la Merced.

Había ya la suficiente claridad para distinguir las facciones de una persona a un paso de distancia.

Los fuegos no se rompían en las baterías, y sólo se oían con más frecuencia los disparos aislados de los fusiles.

El movimiento del ejército era más animado: oficiales a caballo galopaban por las calles, y grupos numerosos de soldados corrían a tomar sus puestos

El pavimento estaba casi enteramente despejado de cadáveres, y se les veía amontonados en las calles atravesadas.

Monterreal pasaba por entre los soldados sin llamar la atención.

"¡Bien va! — se decía, pero no espero la misma felicidad si me encuentro con talaveras; podrían extrañar mi cara... Procuraremos ganar pronto las trincheras. ¡Diablos! ¡Aquí han formado éstos una batería en regla!... ¡Hola! ¡Qué hay de nuevo!"

Esta exclamación le fue arrancada al joven por un gran vocerío que se dejó sentir a la distancia.

Un segundo después vio salir por una puerta, corriendo despavoridos, a un gran número de soldados sin armas, gritando:

— ¡Los insurgentes! ¡Al asalto! ¡Socorro!

Y mil otras expresiones que se percibían en un confuso clamoreo.

— ¡Dios me protege! ¡Esa es la casa por donde me vine! — exclamó Monterreal.

Y se lanzó a la carrera, preparando el fusil, como si fuera en auxilio de los fugitivos.

Llegó a la puerta, y rompiendo por entre u multitud, penetró al zaguán.

A la primera ojeada se hizo cargo del lance. Era un ataque al arma blanca dado por los patriotas.

El patio era una confusión, quiénes luchaban cuerpo a cuerpo, quiénes corrían en fuga, quiénes gritaban; y entretanto los asaltantes, dueños casi del campo, perseguían y mataban en todas direcciones.

Monterreal reconoció en los suyos el uniforme de la Legión de Arauco.

— ¡Pardiez! — dijo, ¡los bravos de Maruri! ¡A ése! — gritaron tres soldados, viniéndose sobre él.

Monterreal apenas tuvo tiempo de tirar el fusil y arrojar la gorra.

— ¡Viva la patria! — gritó— ¡A ellos, muchachos!

— ¡A ti, bribón! — dijo otro, viniendo sobra él, sable en mano.

Pero al tiempo que descargaba un golpe a su cabeza, Monterreal desvió el cuerpo y le dijo; — ¡Mírame! ¿No me conoces?

Los primeros tres soldados lo rodearon al instante, exclamando:

— ¡El teniente Monterreal!

— ¡Señor, en este traje!

— Vamos — replicó él—. Acompañenme ustedes, no sea que me maten estos bravos. A prisa que me urge. Marchen delante de mí.

Los cuatro se internaron a paso ligero en la casa, y recorriendo el mismo camino que el joven había traído a su salida, se encontraron de allí a poco en la calle de la Merced, dentro de la batería.

Los que veían pasar a los tres soldados de la Legión de Arauco custodiando a otro de uniforme desconocido y sin gorra:

— ¿Prisionero? — preguntaban.

— ¿A qué diablos hacen prisioneros? — decían otros—. ¿No es cosa convenida de que no se dé cuartel a nadie?

— Es un talavera — respondió una voz que iba delante de Monterreal.

— ¿Lo llevan de muestra? — preguntaron. — Ahórquenlo. No pierdan tiempo — decía uno. — ¡Vean si es cierto que tiene cola! — gritaba otro.

Los españoles habían querido rodear a los talaveras de tal prestigio, que desde su desembarco en Talcahuano habían esparcido entre el pueblo la voz de que eran hombres diferentes de los demás, incomparablemente superiores en fuerza y arrojo, e irresistibles en el combate.

Nadie ignoraba la especie transmitida por el vulgo acerca de la pretendida cola. Quizá si al principio se hizo irrisión de ella, pero más adelante los excesos de esos hombres confirmaron al pueblo en la creencia de que no podían ser semejantes a los demás, y que debían tener necesariamente algo de animales cuyos bárbaros instintos personificaban.

Pero no anticipemos nuestro juicio, y dejemos que los hechos de esta historia vengan a demostrar la realidad.

Nuestro teniente de dragones se fue antes que todo a ver al general, a quien encontró, después de varios rodeos y averiguaciones, visitando un apostadero de milicianos en los tejados de un edificio.

O'Higgins, al pie de una escala, hacía ciertas recomendaciones al jefe del apostadero, previniendo los eventos de un ataque del enemigo que podía venir del otro edificio vecino.

Monterreal llegó hasta muy cerca de O'Higgins, sin llamar su atención, y no atreviéndose a interrumpir su plática, tosió afectadamente.

El general lo miró sin conocerlo de pronto, y arrugó el entrecejo, fijando la vista en él con persistencia y de una manera que quería decir: "¿Qué se ofrece? ¿Qué traza es esa?"

El joven se inclinó sonriéndose alegremente, mientras con una mano le presentaba la contestación del general en jefe.

— ¡Ricardo! — exclamó O'Higgins, sorprendido.

— El mismo, señor. Usía me perdonará la infracción de la disciplina; pero me ha sido preciso vestirme con este traje.

— ¿Pero cómo ha sido esa metamorfosis? ¿No pensaba usted vestirse de mujer?

— En efecto, señor, y lo hice; mas, en el camino un talavera se empeñó en cederme este uniforme.

— ¡Ah! Comprendo. Una conquista amorosa— dijo O'Higgins, riéndose y abriendo el papel.

Contrájose entonces a leer y, a medida que su vista recorría las pocas líneas escritas por Carrera, la expresión alegre de su rostro fue borrándose sensiblemente hasta ser reemplazada por una ligera sombra de disgusto.

Monterreal espiaba el efecto de aquella lectura, y se admiró de que O'Higgins no le diera la importancia que él le atribula. Vióle repasar el papel varias veces y al fin doblarlo calmadamente con aire meditabundo, sin levantar la vista.

— ¿Era eso, señor, lo que Usía deseaba? — se atrevió a preguntar.

O'Higgins lo miró sin pestañear; luego, como recobrándose de una distracción, miró a todos lados, y dijo en voz alta, para que lo oyeran algunos oficiales que estaban poco distantes:

— Es cuanto podíamos desear; la tercera división estará pronto sobre la retaguardia del enemigo. Sígame usted, teniente Monterreal — dijo al joven, caminando apresuradamente, lo llevó fuera del edificio, a un lugar apartado.

— ¿Cómo se manifestó Carrera al saber nuestra situación? — le preguntó. Dígamelo exactamente, Ricardo.

— Señor, al principio no había querido contestar, y, por fin, dijo: "Veremos lo que se debe hacer". Más, esto era porque no se había imaginado que yo debía volver a la plaza. Cuando le manifesté mi intención, se decidió a escribir...

— Ah Carrera! murmuró O'Higgins—; yo conozco a Carrera; él que es todo entusiasmo.

— Sí, señor; él mismo me hizo leerlo. Principia por avisar que municiones no pueden venir sin bayonetas, y esto me parece...

— ¿Una promesa?

— Tal creo, señor.

— Carrera no promete así, Ricardo; esa es una respuesta evasiva, una disculpa, un pretexto para dejarme sin municiones. Decidido él a auxiliarme, habría dicho: "Irán municiones y bayonetas".

— Pero termina decidiendo que hará sacrificios esa división.

— ¡Hará sacrificios! ¡Eso es lamentarse antes de pelear! Cuando se va al combate, sólo se piensa en hacer prodigios de gloria y de valor...

— Verdad, señor; mas, eso no quita que ésta sea, una promesa con que debemos contar.

— Con que debemos consolarnos y alentar al ejército, bravo Ricardo. Tú sólo sabes cómo la estimo, nadie más...

El estampido de una descarga cerrada de la batería vino a cortar la palabra al general.

— A nuestros puestos — agregó, ¡valor, muchachos!, — dijo a los de la batería, que estaban a veinte pasos—: ¡firmes sobre ellos!

Y corrió a tomar su caballo, un hermoso tordillo que su asistente le tenía de la brida.

— Vete a la torre, Soto — dijo a éste, cuando hubo montado—, y corre a avisarme tan luego como divises que nos llega auxilio.

— ¿También podré entretenerme con un fusil allá arriba?

— Haz lo que quieras, "zurdo" — respondió O'Higgins, haciendo salir el caballo a galope en dirección a la plaza.

El general le permitía cierta familiaridad al hombre de que hablamos, el cual le servía con el mayor celo en su calidad de asistente y lo acompañaba siempre en los combates. Era un valiente soldado, y tenía la particularidad de manejar el sable a las mil maravillas con la mano izquierda, lo cual le valía el sobrenombre de "zurdo" y poderosas ventajas en sus riñas.

Capítulo 9

TRAICIÓN

Monterreal vio alejarse a O'Higgins, y tomando su determinación, corrió a la casa en que había dejado las principales prendas de su uniforme.

"No he cumplido con Maruri — pensaba mientras corría—; se habrá aburrido de esperarme y estará en la creencia de que me ha sucedido lo que Las Heras temía."

Cuando llegó a la casita que ya conocemos, golpeó la puerta, imitando la manera con que Maruri lo había hecho la noche antes.

No tardó en presentarse Amelia, vestida de negro, con manto a la cabeza; traje que entonces como ahora llevaba la denominación de vestido de iglesia, aunque razón había para llamarlo en ocasiones de mañana y para algunas mujeres habitual.

Amelia, pues, con su rostro fresco y sonrosado, y la alegría en sus negros ojos, abrió la puerta confiadamente, y dio un pequeño grito de sorpresa al ver a Ricardo:

— ¡Era usted! — exclamó—. ¡Pero vestido así! ¿Le ha sucedido algo?

Absolutamente nada. Entremos pronto, que el fuego ha principiado en todas partes; vengo por mi chaqueta y gorra. ¿Maruri ha estado aquí?

Todo esto decía el joven mientras pasaba a la salita en que se había vestido la noche anterior.

No ha mucho que se ha ido; me recomendó esperar a usted con una taza de agua caliente. — No hay tiempo para eso, señorita.

— Pero está pronta, mientras usted se viste...

— ¡Tía! — gritó la joven, asomándose a la puerta interior, ¿tiene pronta el agua caliente?

— Sí, ya la llevo— respondió la voz de Mercedes desde adentro.

— Voy yo misma por ella — repuso Amelia.

Monterreal se dio prisa a cambiar de traje, comprendiendo que con ese objeto la joven lo había dejado solo.

Quitóse los pantalones de talavera que se había puesto sobre los suyos y cambió chaqueta en menos de un minuto.

Amelia entró al punto, como si hubiera calculado cuando que ya era tiempo. Traía en una mano la taza anunciada y en la otra un plato de tajadas de pan untadas con mantequilla.

— Preciso es que tome usted algo — dijo— bien puede suceder lo que ayer, que no pudieron comer en todo el día.

Monterreal tomó la taza, diciendo en tono de chanza:

— Puede también que lo despachen a uno antes de que el estómago moleste, y entonces es perdida tanta precaución.

Y empezó a tomarse el contenido de la taza a pequeños sorbos, pero apresuradamente.

— ¡Por Dios!, no diga usted esas cosas — replicó Amelia, mirándole lastimosamente, con un interés que habría lisonjeado al más fino galán.

— Una bala para el que ayuna debe ser una excelente materia parva, o parvidad de materia, como dicen las gentes de iglesia,... ¡Pero qué caliente está el agua! Por más que quiera apurarme...

— Tanto mejor; mientras más lo detenga a usted aquí más peligro le ahorro.

— Mil gracias por su buena intención. Motivos tiene Maruri para estar encantado de...

— ¿Pero qué ha hecho usted de su vestido de mujer? — le interrumpió Amelia.

— ¡Caball!, se me olvidaba contarle. La enagua de usted formaba parte del disfraz... A fe que no me acordaba absolutamente cuando me despojé de ella; ¡y qué lástima!, ¡tan mal empleada! Figúrese usted que quedó sirviendo de mortaja.

— ¡Jesús!, ¡qué chanzas tiene usted!

— Pues no me chanco; ha sido un cambio que hice con un difunto: él me dio ese traje y yo en cambio le dejé aquella ropa. A lo menos tendrá el consuelo de estar envuelto en un lienzo que... Vaya, al fin concluí con esta taza.

— Pero, ¿qué iba usted a decir del lienzo?

— Que no lo merecía el pícaro, pues era un talavera.

— ¡De esos soldados de quienes se dicen tantas cosas! ¡Ah, si hubiera sabido yo eso!

— ¿Me habría negado la enagua?

— No, me habría adelantado a ofrecérsela.

— En fin, adiós, y si se va a la iglesia, como parece...

— Allá vamos. Dicen que todas las mujeres van a permanecer allí mientras dure el combate. — Pues bien, no me olvide en sus oraciones por Maruri... Pero, cuidado con la pasada de la calle, deben llover las balas: ¡vea cómo se oye!, ¡qué granizada tan sostenida! ¡Eso es lindo! Adiós.

En efecto, hacía rato ya que las descargas de fusilería y el estampido de los cañones atronaban sordamente el espacio, sin tregua y de una manera que denotaba el ardor de los combatientes.

El sol no salía aún, y sus argentados reflejos principiaban a empañarse con las densas nubes de humo que se levantaban por todos lados.

"¡Cuánto humo! — exclamó el joven, al llegar a la plaza. Es como si el combate llevara ya algunas horas de duración... Pero, ¡Dios me perdone!, si creo que están ardiendo los edificios. ¡Con mil diablos! ¡Estos godos han prendido fuego por todas partes para asarnos vivos! ¡Ah bribones!"

Y se lanzó a la carrera hacia el punto en que divisó uniformes de su regimiento.

En la mitad de la plaza oyó que le gritaban:

— ¡Teniente Monterreal!

Era la voz de O'Higgins.

— ¡A caballo, y sígame!

El general venía entonces de la trinchera del poniente, y atravesaba la plaza.

Monterreal corrió a tomar su caballo de manos de un dragón, y a los pocos instantes estaba al lado del general, quien le dijo:

— ¡A la torre de la Merced a preguntar si se ve algo! Corra usted. De vuelta me encuentra en aquella batería.

E indicó la de la calle de San Francisco.

El teniente de dragones lanzó al galope su caballo.

Las balas silbaban en ese momento en todas direcciones, y de los tejados cubiertos de tiradores se veía rodar a los muertos o heridos y caer pesadamente al suelo.

Los gritos de aliento de los oficiales animando a sus soldados, los alaridos de los moribundos, todo el indescriptible clamoreo de los combatientes y hasta el redoble de los tambores se apagaban con el ruido incesante de los disparos.

Monterreal llegó a la torre, y no contentándose con las señas que le hacían de arriba en contestación a las suyas, y que significaban claramente la ausencia de buenas noticias, no bastándole eso, decimos, se determinó a subir en persona.

Dio su caballo a un tambor, pues nadie había allí desocupado: los que no manejaban un fusil derribaban a golpes las puertas, ventanas, enmaderaciones que podían dar pábulo al incendio pronunciado en casi todos los edificios circundantes.

Cuando Monterreal llegó a las ventanas de la torre, no fue dueño de reprimir una exclamación de sorpresa.

Era un espectáculo aterrante y magnífico el que se presentaba a su vista.

El sol había salido y sus brillantes rayos inundaban pintorescamente la campiña.

A lo lejos nada, sólo el apacible verdor de los prados, la tranquila ondulación de los árboles, mecidos por el viento.

De cerca, el movimiento de los escuadrones de caballería y las cerradas líneas de los infantes que regresaban al pueblo.

Más cerca aún, el espanto, el horror, todos los edificios coronados de gente armada, lanzando la muerte y recibéndola en incesante actividad; y de acá, brotando el fuego, las abrasadoras llamas y las bocanadas de humo por entre las rejas que los mismos soldados ocupaban. Hundíanse los techos incendiados, aun antes de que los combatientes hubieran tenido tiempo de desalojarlos, y elevábanse entonces el atronador vocerío de los caídos y los triunfantes vivas de los incendiarios.

Finalmente, abajo, en el pavimento de las calles y de las mismas casas, los asaltos a mano armada y los estragos de la artillería.

Ahora, todo, todo eso a que no puede darse nombre en ningún idioma humano, visto desde arriba, informe, confuso, envuelto en plumizas nubes de humo como cubriéndose de un tenebroso sudario u ocultándose vergonzosamente a los nítidos rayos del sol; imaginémoslo así, cerrando los párpados por un instante, como para verlo en nuestros cerebros, y se tendrá una idea débil, remotísima, de la impresión que experimentó Ricardo Monterreal.

Todo eso lo vio el joven, y a la primera ojeada vio asimismo con desconsuelo que parecían realizarse los temores de O'Higgins: nada, ni la más ligera nube de polvo, siquiera para engañar su esperanza, se vela por el lado de las Bodegas del Conde. Doloroso era llevar al general tal noticia; pero el teniente de dragones se apresuró a cumplir la orden de volver pronto a su lado.

O'Higgins venía ya de la batería de San Francisco cuando salió Monterreal a su encuentro.

Desde que divisó al joven detuvo su caballo y esperó en una actitud que no revelaba la más mínima intranquilidad; O'Higgins tenía el don de los bravos, la suma serenidad en el peligro: su rostro estaba impassible; quizá en su ánimo, en su corazón, se reconcentraba la amargura de aquellos momentos de incertidumbre; sus impresiones no eran, por cierto, las del temor; muy lejos de eso, si algo agitaba aquel pecho de bronce debía ser un disimulado y justísimo furor contra los que eran la causa de su desastre.

O'Higgins no interrogó al joven más que con su mirada, y éste, sin atreverse a traducir en palabras su pensamiento, respondió también con un ademán elocuente, que pintaba mejor su desesperación.

Vinieron allí a reunirse al general, algunos de sus ayudantes, y todos juntos se encaminaron a la batería del oriente.

Monterreal pidió permiso para juntarse a los suyos: le parecía un crimen no cooperar con sus brazos a la defensa del sitio.

O'Higgins le dio su venia, y el valeroso joven corrió a tomar su puesto en las brechas de los cañones.

Abandonémoslo entre el fuego y el humo del combate para extender nuestra narración a los sucesos generales.

Corrían las horas, y el vigía, en la torre de la Merced, permanecía mudo.

Dieron las ocho, las nueve, las diez, y nada.

El fuego arreciaba de una y otra parte; habían pasado veinticuatro horas desde que se principió aquel terrible combate.

El ardor de los soldados parecía crecer mientras más arreciaba el peligro.

A esa hora el ejército español cargaba de un solo golpe por todos lados con un empuje que habría hecho sucumbir a hombres de un temple menos heroico que los sitiados.

Era el quinto asalto que daban aquéllos y el quinto rechazo que sufrían.

La mortandad era horrorosa: los montones de cadáveres entorpecían los disparos de la artillería, cubrían las brechas o impedían el curso de las balas.

Ya el español parecía fatigado con tanta resistencia, sus fuegos cedían visiblemente.

El incendio, por otra parte, había tomado espantosas proporciones, el humo y el calor sofocaban a sitiados y sitiadores; no había agua para apagar.

Eran las diez y media; oyóse entonces en la torre el grito de:

— ¡Viva la patria!

Un soldado corre en busca de O'Higgins; es el valiente Soto, el "zurdo", su fiel asistente; le lleva la noticia de que una intensa polvareda se acerca por el camino de las Bodegas del Conde.

El general hace transmitir la nueva a todas las trincheras.

Los soldados cobran más fieros bríos, y a un grito unísono de "*¡Viva la patria!*", que apaga la voz de los cañones, cargan sobre el enemigo pasando de asaltados a asaltantes.

Media hora después, el triunfo de los patriotas iba a ser un hecho.

Luis Carrera con una división de caballería había caído sobre la fuerza española acordonada en la Alameda.

El general Osorio huía despavorido en dirección al río.

O'Higgins lo divisó desde la torre de la Merced, adonde había subido para complacerse con el magnífico espectáculo de aquella ruda victoria.

Harto necesitaba aquel solaz su ánimo combatido en tantas horas por la más amarga incertidumbre.

O'Higgins no conocía a Osorio, pero al divisar a lo lejos un jinete con manta blanca, alejándose a la cabeza de un pequeño número de hombres, presintió lo que pasaba, e hizo venir a la torre a un campesino que dos días antes le había traído un oficio de aquel jefe.

— ¿Quién es aquel que va hacia el río? — le preguntó.

— El de la manta blanca es don Mariano Osorio — respondió el campesino.

Casi al mismo tiempo que pasaba esto en la torre de la Merced, un suceso inesperado tenía lugar en la Alameda.

El combate se había empeñado allí de una manera que no dejaba lugar a dudas sobre un éxito favorable para los patriotas.

El coronel Luis Carrera iba a dar orden de cargar a su reserva, la cual debía precisamente arrollar al enemigo, que de un modo visible principiaba a ceder el campo.

En ese mismo instante, decimos, llegaba a él un jinete cuyo caballo bañó el suelo con los arroyos de sudor que corrían de sus patas.

Ese hombre era el teniente Argomedo, a quien ya conocemos.

Trae un papel en la mano y lo presenta al joven coronel, con una precipitación tan viva como la que ha debido gastar para llegar hasta allí.

Carrera lee, y una expresión amarga y dolorosa descompone su semblante:

El papel decía:

Luis:

Aunque estés en medio del combate, aunque debas sucumbir, vuelve cara con tu gente. Obedece.

Tu jefe y hermano.

José Miguel

Lívido de rabia y dolor, Luis levantó la vista sobre el portador de aquella orden infernal; clavó en él una mirada de fuego, como si no hallara en quién desfogar su cólera, y tomando con ambas manos la espada desnuda que tenía en la diestra la quebró sobre el arzón de la silla.

— Ayudantes — dijo, con acento de despecho—, nos batimos en retirada.

Y partió al galope, seguido de la retaguardia, en dirección a los callejones que debían alejarlo de aquel sitio de vergüenza.

Mientras tanto, O'Higgins lanzaba una diabólica imprecación al ver desde la torre alejarse aquella gente, y tras ella los que abandonaban el campo en que ya obtenían un fácil triunfo.

El ilustre general se apartó de su puesto de observación y principió a bajar la torre con lentitud. Sus dedos se crispaban en la empuñadura de su espada, y con la otra mano casi destrozaba los dorados cordones de su uniforme.

Estaba solo en la escalera; nadie podía sorprender la penosa contracción de sus facciones,

ni los sacudimientos convulsivos de sus músculos. Mas, cuando llegó abajo, cuando salió a la calle, se habría creído que traía la noticia del triunfo; héroe incomparable, su heroicidad no se limitaba a vencer al enemigo; vencíase a sí mismo en su más formidable desesperación.

Aquel esfuerzo de voluntad, que sólo tenía por objeto alentar a los combatientes, encontró aún otra aciaga prueba: la fuga de la tercera división era un hecho conocido en toda la plaza; los soldados gritaban: "*¡Traición!*", y se manifestaban abatidos ante la suerte que les aguardaba.

Parecía que la fatalidad había hincado aquel día su mano de hierro sobre el corazón de ese esforzado adalid; jamás hombre ninguno estuvo sujeto a tan terribles pruebas: las heces del cáliz pasaban por su garganta abrasando y desgarrando las fauces, pero sin querer quebrar su férrea voluntad.

A la vista de aquel cuadro desolado, de tanto semblante descompuesto por la rabia, la desesperación o el temor, O'Higgins se sintió grande, poderoso entre los suyos, en vez de anonadarse.

Corre a su caballo, salta sobre él y se acerca a la trinchera más próxima.

— ¡Soldados — grita a los defensores—, mientras nosotros existamos, la patria no está perdida! ¡Valor y arrojo!

Corre a otra batería; allí el desaliento es mayor.

— ¡Muchachos — grita, con voz de trueno—, es preciso pelear hasta morir, hasta morir como leones; el que hable de rendición será pasado por las armas!

El enemigo, entretanto, carga con doble esfuerzo sobre la plaza: desembarazado ya del asalto exterior, concentra todo su ardor contra los sitiados.

Ya es la una del día: "los labios están ennegrecidos de romper cartuchos; los cañones, caldeados por el fuego, revientan su carga antes de llegar el lanzafuego; un sol de verano sofoca el aire envuelto en ráfagas de humo, y se oye luego una

detonación espantosa; una chispa de los edificios incendiados ha caído sobre el resto del parque acumulado en la plaza y ha producido el estallido".

No obstante, el combate sigue y se sostiene con admirable tesón.

Corren dos horas más: las calles y plazas están sembradas de cadáveres; los cañones ya no tienen artilleros; la infantería los ha reemplazado en el servicio de ellos; el reducido número de combatientes tiene apenas municiones en sus cartucheras.

O'Higgins conoce ya que la resistencia no puede ir más adelante: "todo heroísmo está agotado; los brazos de los muertos no pueden disparar fusiles".

Viene de una trinchera en que acaba de divisar a Monterreal esforzándose en cargar un cañón por sus propias manos.

Una dolorosa reflexión pasa por su mente: la familia de aquel intrépido oficial debe quedar expuesta a las feroces venganzas de los vencedores...; y Corina, la joven que ha endulzado muchos momentos de su permanencia en Rancagua...

O'Higgins había sido huésped asiduo de aquella familia desde que principió los trabajos de fortificación en el pueblo.

Ahí había conocido a Coriana, y también había conocido que su corazón de acero en los campos de batalla tenía fibras delicadas que se entre mecían ante la mirada suave y candorosa de una hechicera virgen.

El general era hombre y rendía su tributo al más noble destello que el Creador irradió de si Mismo sobre el alma de sus criaturas. O'Higgins amaba, pero amaba delicadamente, con la nobleza del caballero y el pundonor de los héroes.

Se había dejado arrastrar insensible pero velozmente por los encantos de la hermosa Corina, y en aquella hora terrible de luto y desesperación, su pecho latía doblemente acongojado por los desastres y por la suerte de su amada.

O'Higgins tiene a su lado al fiel Soto, y quiere enviar con él una última expresión de consuelo a la joven.

Desgarra una hoja de su pequeño libro de memorias y escribe:

Corina:

Te dejo a tu hermano para que vaya por ti ya que yo no puedo salvarte.

La traición me priva de rendir a tus pies una espada vencedora.

Adiós, hasta mejores días: ¡no me olvides!

Tuyo.

— Ve a la casa de Monterreal — dice al "zurdo"—, cuenta en dos palabras lo que pasa y desliza este papel en la mano de quien tu sabes. El asistente se aleja a toda carrera.

O'Higgins vuelve a la batería; llama a Monterreal, que a ese tiempo bate con orgullo la bandera enlutada de su patria, gozándose en el buen éxito de un cañonazo apuntado por él mismo.

— Ricardo — le dice—, ya es tiempo de retirarse— vaya a cuidar de su familia; ocúltela en un lugar seguro mientras pasan las primeras horas del saqueo y desorden con que debe entrar el enemigo.

El joven quiso observar algo.

— Nada de observaciones; es una orden — repuso O'Higgins, a fin de evitar más palabras.

Monterreal bajó la cabeza y tomó la dirección de la plaza.

O'Higgins dirigió algunas palabras a los de la batería y despachó a sus ayudantes en varias direcciones.

Era la orden de concentrarse en la plaza para emprender la retirada.

Momentos después se reunían allí los pocos oficiales y soldados que no se hallaban heridos.

Las trincheras quedaron abandonadas; mentimos, dos de ellas se sostuvieron algunos instantes más, defendidas por militares mutilados. Si no debiéramos contraer nuestra atención en los personajes cuya historia hacemos, citaríamos las hazañas de muchos que, como un capitán, don José Ignacio Ibieta, a quien una bala de cañón había cortado las piernas, defendió puesto de rodillas el paso de una trinchera.

Acomodáronse hasta trescientos soldados patriotas en doscientos ochenta caballos de los dragones de la división Freire.

La retirada era un proyecto audaz, que sólo podía caber en el arrojo de aquellos hombres.

De las cuatro salidas que tenían, O'Higgins designó la de la Alameda: ésta era la más peligrosa, pero la que conducía rectamente al camino de Santiago.

El bravo capitán don Ramón Freire se hallaba a la cabeza de los dragones, quienes habían desenvainado sus sables para abrirse paso.

Dispúsolos de modo que O'Higgins quedara colocado en el centro, y esperó la orden de marcha.

O'Higgins se adelanta entonces, aprieta la mano a Freire y le dice:

— Capitán Freire, usted es un valiente: celebro mandar a hombres de su temple, pero no puedo aceptar el sitio que usted me ha dispuesto. Yo debo atacar de frente al enemigo.

Y colocándose al frente, sable en mano:

— ¡A mí, dragones! — gritó—. ¡No damos ni recibimos cuartel!

Vióse entonces el más encarnizado asalto de cuantos habían dado en las treinta y seis horas que duraba el combate.

Renunciamos a describir tan espantoso lance: nuestra pluma se detiene sin encontrar la fraseología propia de tanto horror. Lucha sin misericordia, en que el vencer era matar, y el rendirse era morir. Los patriotas debían pasar por sobre mil cadáveres o perecer hasta el último.

Pero nada, nada les arredra.

Se ven detenidos por un momento contra la compacta barrera de enemigos que les cierra el paso; habíase embotado allí la pujanza de sus caballos.

A las voces de O'Higgins y Freire, todos retroceden entonces, pero no para volver caras al enemigo; no, que esto no es de tales bravos; se retiran para tomar campo como los justadores en la liza.

Y entonces la pujanza no reconoce límites: nada se les resiste, todo es rechazado, todo es hollado por los cascos de los caballos.

Saltando cañones, escombros, maderos; arrollando soldados y cuanto se pone delante, avanzan hasta la misma Alameda.

El caballo de O'Higgins va tan cansado, que para saltar la última barricada de los realistas, ha tenido que ser levantado casi en peso por los soldados.

Pero es preciso huir: la caballería enemiga les carga por el flanco en la Alameda.

Ya no es posible guardar el orden en la retirada: O'Higgins lo ve, y teme que aun se sacrifiquen sus soldados por rodearlo.

Da entonces el grito de:

— Sálvese quien pueda.

Y libres ya tan abnegados valientes de la obediencia que deben a su jefe, se desbandan en todas direcciones.

O'Higgins logra salvar el puente de una gran acequia que cierra un costado de la Alameda, y toma el camino de Chada seguido de dos ayudantes y dos soldados.

Uno de éstos es el "zurdo", su fiel asistente.

Esta reducida cabalgata no puede avanzar con la velocidad necesaria; todos marcan el paso de sus caballos por el de O'Higgins.

Los dragones enemigos vienen tras ellos. No hay remedio: el peligro es inminente.

— Huyan ustedes — dice O'Higgins a sus compañeros.

— ¡Señor, una gracia! — le contesta el "zurdo", con voz suplicante—; tome su merced mi caballo, no importa que yo caiga en poder de esos cobardes.

O'Higgins sigue espoleando su caballo sin conseguir ponerlo al galope.

Uno de los dragones realistas avanza hasta él y le tira una cuchillada; Jiménez, el otro soldado, para el golpe, mientras el "zurdo" apunta su carabina.

El dragón cae muerto.

Sus compañeros vienen en pos y ya caen en masa sobre aquel puñado de héroes.

O'Higgins, ligero como el rayo, monta el caballo del dragón y sale a escape.

Desde aquel momento su suerte es segura. Sus perseguidores renuncian a darle alcance, y sube tranquilamente la cuesta de Charla.

El sol se ponía, y el caudillo chileno, echando una última mirada hacia el sitio donde quedaban sus demás compañeros, sólo vio en el horizonte una columna de humo que se levantaba al cielo en el silencio apacible de la tarde:

"Aquel humo era Rancagua"

Capítulo 10

PLAN DE SALVACIÓN

Hemos dejado al teniente de dragones dirigiéndose a su casa en cumplimiento de una orden de su general.

El joven atravesó la plaza con semblante mustio; encontró en su camino a Maruri y Las Heras, que montaban a caballo por orden de Freire para organizar la retirada.

Acercóse a ellos y les dio la mano en señal de despedida, sin poder decirles una palabra.

— ¿Te quedas? — le preguntó Maruri.

Monterreal hizo una señal afirmativa con la cabeza.

¡Ah! — dijo Las Heras—; no es más feliz usted que nosotros; y a fe que necesita más valor para quedarse en la boca del lobo.

Monterreal hizo un esfuerzo para hablar, y dijo:

— Pero ustedes, para salir bien, tienen que pasar por entre sus colmillos. Lo que me pesa es quedar aquí reducido a la impotencia, mientras ustedes irán a organizar una espléndida venganza en paraje seguro.

— No te pese — replicó Maruri—; procura salvar a tu familia y ten eso por un triunfo, pues no es la cosa más sencilla el obtenerlo contra tanto desalmado.

Pero, ¿crees tú que alguien se atreva a hacerles mal? Un anciano enfermo y dos mujeres inofensivas...

— ¡Ah!, no sabes tú lo que es un saqueo; no te imaginas hasta dónde llegan el frenesí, la sed de sangre y de venganza que deben animar a esos hombres. Precávete, Ricardo, porque si no tendrás que lamentar la muerte de los de tu familia y las atroces injurias que pueden inferirles; acuérdate que tienes una hermana joven y que la plaza va a quedar a la merced de...

— Basta, tienes razón... ¡Por Dios! Me haces pensar de una manera horrible... Yo debo hacer sacrificios por evitar una desgracia. Adiós

El joven corrió como un desatinado a su casa.

Al entrar, su vista se detuvo en un bulto que ocupaba un rincón del patio, y que al ruido de sus pasos parecía haber cobrado animación.

Era un hombre regordete, de tez cobriza, semblante rústico y cándida expresión.

— ¡Hola, Valiente! ¿Qué haces ahí? — le dijo Monterreal.

— ¡Ah!, señorito, ya creía no ver más a su merced — respondió el interpelado, abandonando su postura de ovillo y corriendo a abrazar las piernas del joven.

Este hombre era un esclavo, criado en la casa. No aventajaba mucho en edad a nuestro joven, y habiendo crecido en su compañía, tomando parte en sus juegos infantiles y plegándose a todos sus caprichos, había llegado a formarse un hábito de su obediencia a él y un culto de su afecto.

Era sencillo de carácter, y dominaba en sus acciones una timidez a prueba de competencia.

Llamábase Valentín, y a su cobardía debía la transformación de su nombre, pues el joven Ricardo, en una ocasión, habiéndole visto arrojarse de lo alto de una pared, asustado por la detonación de un fusil, lo burló por mucho tiempo, diciéndole en tono de sorna que ese acto demostraba su arrojo a los peligros, y que, habiendo desafiado la muerte sin trepidar, merecía el nombre de Valiente.

Así fue cómo, prolongándose esta broma de niño, cayó insensiblemente en desuso el tratamiento de Valentín y se hizo extensiva a toda la familia la costumbre de llamar Valiente al esclavo.

Decimos, pues, que Valiente, acurrucado en un rincón del patio, se levantó a la voz de su joven amo y corrió a abrazarle las piernas.

— ¿Y qué hay de nuevo por aquí? — le preguntó el teniente, dejándose acariciar.

— ¡Muchas cosas, mi amo! — respondió él con voz lastimera—. Las señoritas están llorando sin consuelo, porque su merced no ha vuelto, y el amo quería levantarse de la cama para ir a tomar noticias.

— ¿Luego, han sabido el mal estado de las cosas?

— ¡Ay, sí, señorito! Ya sabemos que esos malditos godos están matando tanta gente.

— Pero tú, ¿por qué no has salido a traer noticias mías?

Valiente levantó los ojos al cielo y se llevó una mano a cada mejilla, golpeándose con fuerza en señal de la más viva admiración.

— ¡Por Dios, mi amito! ¿Y cómo salía, cómo atravesaba por entre las balas? ¡Virgen Santísima! ... ¡Desesperado me senté ahí a aguardar la muerte, que, como su merced ve, está pasando sin cesar por nuestras cabezas!

Y Valiente indicó las balas que pasaban silbando por sobre el tejado.

Monterreal no pudo menos de reírse de la manera cómo el esclavo pintaba su determinación de morir, siendo tanto más grotesca su pantomima cuanto que el rincón en que había estado acurrucado se hallaba enteramente al abrigo de las balas, por lo alto de las paredes y lo estrecho del patio.

— Vamos — le dijo—, déjame ir a tranquilizar a mis padres.

— Si, mi amito, corra usted; no sea cosa que el amo se agrave con la inquietud en que se halla.

El joven marchó apresuradamente a las piezas en que se hallaba la familia.

Su entrada causó, como es fácil suponerlo, un ruidoso transporte en los circunstantes.

Los llantos, pues lloraba en efecto aquella gente de una manera lastimosa, se cambiaron instantáneamente en vivas demostraciones de alegría y afectuosas caricias.

Corina fue la primera en llegar al encuentro de su hermano y echarle los brazos al cuello con gozosa efusión.

Debemos aquí explicar que el "zurdo" había cumplido puntualmente su comisión, trayendo las malas nuevas que O'Higgins le había encargado y poniendo disimuladamente en manos de Corina el billete de que era portador.

Sólo que no había podido dar noticias de la suerte del joven teniente, y esto había bastado para poner en abierta alarma a toda la familia.

Corina, dejándose llevar de la impresión general, y sin que le fuera posible leer el billete de O'Higgins, había terciado con sus lágrimas en el coro de lamentaciones que se formara.

Juzgaba, por otra parte, que si O'Higgins se había determinado a escribirle, cosa que por primera vez lo hacía, era en fuerza de graves sucesos que bien podían tener relación con su hermano, y así, atisbando la primera oportunidad, se preparaba ya a retirarse a un lugar apartado cuando llegó el joven.

Pasados los primeros momentos de confusión, fue preciso que se redujeran, instados por el mismo Ricardo, a tratar de asegurarse contra los peligros que podían sobrevenirles.

El padre de Ricardo, que era un anciano sexagenario, y que, como sabemos, se encontraba relegado a la cama, tomó parte desde luego en esta deliberación.

Por primera providencia se hizo cerrar la puerta de calle.

— La atrancaremos con todos los muebles de la casa — propuso Valiente.

— ¿Qué? ¡Nada de eso! — dijo Ricardo—. Póngale llave, simplemente, y no deje la llave en la cerradura. Puede que se prohíba el saqueo y sólo se permita capturar a las gentes; estando atrancada la puerta, se notaría que hay gente encerrada y provocaríamos un registro. La cerradura es fuerte, además, y basta para contener por un poco tiempo a los asaltantes...

— Pero, si nos descerrajaran la puerta... — observó Valiente, que se permitía la libertad de tomar parte en este consejo, en atención a la gravedad de las circunstancias.

— Es muy posible que la descerrajen — dijo Ricardo—, como es seguro que la destrozarían si la dejáramos reforzada con tranca u otras cosas. Lo que se trata de evitar es ser sorprendidos de buenas a primeras. Vamos a preparar un lugar, un escondite, donde acogernos en caso de asalto, y ya tengo mi plan formado. Voy a disponerlo todo con prontitud, esperen ustedes, y no se alarmen por nada, que la cosa no es de tanto peligro como parece.

El joven no las tenía todas consigo, como vulgarmente se dice, pues, si no temía él mismo, en fuerza de su temperamento, temblaba por la suerte de los suyos.

Fuése pues, al interior de la casa, y acompañado de Valiente y una mujer que hacía los oficios de criada penetró a un cuarto contiguo a la cocina, cuya puerta se hallaba bajo un oscuro y desaseado corredor.

Era una despensa para las provisiones de cocina.

En pocos instantes el joven y el esclavo relegaron a un extremo de la pieza cuanto había diseminado por el suelo; la mujer sacudió las paredes cubiertas de telarañas, y entre los tres recogieron las basuras.

— Tenemos hecho lo más moroso — dijo Monterreal—; vamos a traer algunos muebles, provisiones y cuanto sea necesario. ¿Han comprendido mis intenciones?

— Veo que vamos a encerrarnos aquí — dijo Valiente, meneando la cabeza con aire de desaprobar la medida.

— ¿No te gusta eso?; pues te quedas afuera.

— ¡Solo! ¡Ay, no, mi amito! ¡Prefiero que su merced me mate aquí mismo!

— ¡Tonto, tiembles de temor a la muerte, y me pides que te mate!

— ¿Yo temor a la muerte? Parece que su merced no se acordara ya de lo que lo indujo a llamarme Valiente. Lo que yo no quiero es morir a manos de esos pícaros. ¡Dios me libre de ellos!

Ricardo se rió oyendo las baladronadas del esclavo, y estuvo tentado por hacer el papel de quererlo matar; pero lo retrajo la necesidad de aprovechar el tiempo.

No entraremos en detalles de cómo se hizo el arreglo de las cosas, bastándonos decir que un cuarto de hora después la despensa estaba arreglada como un regular y provisto alojamiento.

Cubrióse el suelo de alfombra, pusiéronse camas, sillas, mesas, numerosos utensilios de servicio, provisiones de boca y cuanto se juzgó necesario para una permanencia de pocos días.

Transportóse allí al padre de Ricardo en su mismo lecho y con infinitas precauciones para evitarle un resfriado.

Listo por fin todo lo que dispuso el joven, la familia se preparó a encerrarse en el, escondite a la primera señal de alarma.

Habíase dejado pronta una armazón de madera, que un tiempo había servido de palomar. Tratábase de encubrir la puerta del cuarto, disimular por fuera, y nada juzgó Ricardo más a propósito que poner delante de ella ese inútil trasto.

Así, pues, cuando ya se hubo entrado la cama del enfermo, se dio colocación al palomar, dejándolo un poco separado de la pared, mientras llegaba el momento de encerrarse.

La inquietud era suma, como es fácil de imaginar; todos estaban alerta y espiaban el menor indicio de peligro.

Fuese sintiendo cómo el fuego de fusilería calmaba paulatinamente, siendo reemplazado por el sordo rumor de las gentes que inundaban las calles, y un extraño clamoreo.

Era el instante en que, desalojada la plaza por las fuerzas patriotas; se precipitaban los vencedores en todas las trincheras.

Ricardo conoció que pasaba algo extraordinario, e hizo que su madre y hermana se retiraran al escondite.

En cuanto a Valiente y la criada, no hubo necesidad de intimarles tal orden, pues habían sido los primeros en ponerse a salvo.

El joven se quedó algún tiempo en el patio exterior, y sólo cuando oyó dar recios empujones a la puerta de calle y las voces de muchos hombres que se alentaban a derribarla se apresuró a reunirse a la familia.

Entró al cuarto, y ayudado por Valiente tiró lo más que pudo la consabida armazón, hasta dejarla perfectamente bien aplicada contra la pared, cubriendo un trecho mayor que el de la puerta.

De este modo, nadie, mirando por afuera, habría podido imaginar la existencia de aquella habitación.

Capítulo 11

EL SAQUEO

Entretanto, el tumulto de las calles había tomado tal incremento, que llegaban distintamente hasta el escondite de nuestros personajes los aullidos y vociferaciones de la soldadesca, entregándose al pillaje.

Serian las cinco de la tarde.

En la actitud de las seis personas allí encerradas se revelaban las angustias de la situación.

Doña Irene, Corina y la criada se habían puesto de rodillas como para rezar; pero ni sus labios se movían, ni sus oídos dejaban de atisbar los ruidos exteriores.

El anciano, por un esfuerzo de que no hubiera sido capaz en circunstancias menos azarosas, se mantenía medio levantado en la cama, descansando en un brazo la parte superior de su cuerpo y alargando la cabeza hacia la puerta.

El joven teniente y el esclavo se hallaban apegados al respaldo del palomar sin hacer el menor movimiento.

De pronto se sintió un estallido más recio que cuantos se habían dejado oír.

Todos los circunstantes se estremecieron y comprendieron instintivamente lo que era.

— ¡Jesús! — exclamó Valiente, ¡la puerta de calle!

Al mismo tiempo una batahola de gritos, risas y juramentos llenó todos los ámbitos de la casa.

Valiente se santiguó con indecible fervor.

— Nos van a descubrir — murmuró en voz muy baja, pero con acento de desesperación—. ¡Lo que decía yo! ¡Nada les cuesta quitar este espantajo!

Monterreal divisó por las juntas de las tablas a varios soldados que llegaban al patio y registraban con sus miradas en todas direcciones.

Era el momento en que Valiente se lamentaba en voz baja. Pero el más leve rumor podía denunciarlos, y el joven lo hizo callar oprimiéndole el brazo con cierta aspereza.

Oyéronse entonces los dichos de los soldados en medio de una gran confusión.

— No hay nadie — decían unos.

- Pero habrá algo que comer
- Busquemos; ésta es la cocina.
- ¡Bribón! ¿Piensas cargar con todas esas baratijas? Participame, que yo no he pescado nada.
- ¿Para qué eres lerdo? Mi bueno me ha costado el disputarlas a estos diablos que ya las iban a atrapar.
- ¿Hay qué comer?
- Ni piedras. ¿Si quieres papas crudas?
- Pedro, vamos a otra parte, ¿qué hacemos en este peladero?
- ¡Hola! Manguito, ¿dónde hallaste tanta ropa? ¿Son vestidos de mujer?
- Así creo; los cambio por otra cosa que me interese más; yo no tengo rabona.
- Monterreal no apartaba la vista de las rendijas, y a favor de ellas podía juzgar de cuanto pasaba en el patio.
- Veía, pues, cómo entraba y salía una multitud de hombres de rostros ennegrecidos por la pólvora o grises con el polvo de los caminos; hombres cuyos ojos animados por la codicia miraban a todas partes con repugnante expresión, buscando algo con qué saciar su feroz avidez.
- El joven reconocía en muchos de ellos el uniforme de los talaveras.
- Valiente, que también veía al través de las tablas, se estremecía de horror a cada fisonomía extraña que se presentaba, y sólo contenía las exclamaciones que involuntariamente se agolpaban a su garganta porque sentía la mano de Monterreal sobre su brazo pronta a cerrarse magullándole las carnes con una fuerza que no le era desconocida, pues desde niño había experimentado en muchas ocasiones la musculatura férrea de su joven amo.
- Los soldados entraban y salían, como hemos dicho, y las frases que cambiaban entre ellos correspondían a lo que Monterreal y Valiente alcanzaban a ver.
- Así, las baratijas de que había uno hablado, vieron que eran algunos útiles de comedor. Los vestidos eran el ajuar de Corina; y, de este modo, muchas cosas que creemos inútil enumerar.
- Entre las diversas voces se dejó oír una que decía
- Aquí hay restos de fuego, ¿quién quiere cocinar?
- Eso es, cozamos las papas.

— ¿No habrá alguna gallina por ahí?

— No hay ni rastros; a no ser que haya palomar.

— Cierto, en aquel palomar; registra tú, Rojas.

Valiente, al oír esto, no pudo tenerse parado; cayó de rodillas, gracias al esfuerzo que hizo Monterreal para evitar que se desplomara ruidosamente.

Oyóse entonces cómo alguien registraba las divisiones del palomar.

—No hay nada, dijo de allí a poco la voz áspera del soldado.

Valiente hizo un movimiento convulsivo al sentir esa voz tan inmediata, que venía solamente del otro lado de las débiles tablas.

— Yo tengo charqui — gritó de lejos un soldado.

Monterreal lo vio levantando al aire un enorme trozo desde la cocina.

— ¡Caracoles! Eso está bueno. ¿De dónde has pillado tanta ración?

— Es que vengo de la despensa de la casa vecina.

— ¡Con mil diablos! ¡Y nosotros perdiendo el tiempo en esta miseria! Si aquí ni despensa hay.

— ¿Quieren que les haga un valdiviano? — preguntó el que estaba en la cocina.

— ¿Qué es eso de valdiviano?

— ¡Ay, amigo, en España no se conoce esto! Es un guisado muy bueno, que se come en estos ingratos lugares. Como hace tantos años que estoy por acá, he aprendido a cocinarlo a las mil maravillas.

— ¿Pero de qué se hace eso?

— De charqui cocido y sazonado con picante.

— ¿Lleva ajos?

— Todo lo que se quiera.

— Entonces me decido por él. Vamos a la obra: aquí está el charqui.

— Pero, ¿por qué diablos lo habrán llamado valdiviano?

— Qué sé yo, se me ocurre que Pedro de Valdivia, el conquistador de estas tierras, debió ser su inventor.

— No, hombre; es que su uso viene de un paraje llamado Valdivia: la gente es muy pobre por allá, y apelan a este recurso de la carne seca.

— Sea como fuere, nosotros lo llamaremos así, valdiviano, porque nos viene en balde.

— Y caramba que viene a tiempo. Ya me cortaba de hambre

— Ya lo creo, puesto que te estás aquí tan sujeto, cuando podías andar por donde esté bueno el saqueo.

— ¡Qué va a hacer uno por otra parte! Sabe Dios cómo pude entrar a esta casa. Hay tantos niños para un trompo; los que no estén asegurados no encontrarán ni las migajas.

— Ya quiere hervir el agua, pero la leña se me ha acabado. Busquen algunos palos por ahí.

Algunos soldados se pusieron en busca de leña.

Debemos advertir que el número de ellos se había ido reduciendo, de manera que sólo quedaban unos diez o doce.

Esta deserción era motivada por la falta de botín en que pudieran cebarse los más codiciosos.

— No hay leña — dijo uno de los que buscaban.

— Pero hombre, nada se te ocurre. ¿No ves ese palomar?

— Cierto, no hay más que destrozarlo. ¿En qué estaría yo pensando?

Valiente, que sólo tenía oídos y entendimiento para no perder una sílaba de lo que se decía dio un gemido ahogado cuando oyó las últimas palabras.

Monterreal lo soltó para poner la mano en la empuñadura de su espada, y entonces se arrastró el esclavo con ligereza hasta meterse debajo del catre del enfermo.

Las tres mujeres, que también habían oído, se helaron de espanto. Corina se abrazó con doña Irene, y sus labios dejaron oír un leve murmullo semejante a una plegaria.

Monterreal vio acercarse al soldado, y por un movimiento maquinal desenvainó la hoja de su espada hasta cerca de la mitad.

Doña Irene sintió el débil ruido de aquella arma y corrió hacia el joven, diciéndole muy quedo, pero con agitación:

— ¿Qué vas a hacer, Ricardo? ¿No ves que será peor? Lo que no obtengamos con súplicas...

Un estrepitoso vocerío interrumpió sus palabras.

El joven, que por un momento se había vuelto a su madre, tornó vivamente a mirar por entre las rendijas, y divisó en el patio a una mujer toda desgredada y con los vestidos de tal manera destrozados, que apenas le cubrían una parte del cuerpo.

Llegó corriendo, como desatinada, mientras de afuera, en pos de ella, se sentía la bulliciosa algazara que había interrumpido, la frase de doña Irene...

Monterreal no pudo reprimir una débil exclamación de horror al reconocer en aquella mujer a Mercedes, la tía de Amelia.

Avanzó ésta hacia el medio del patio mirando a todos lados, como para buscar un refugio, y al ver a los soldados, que, como sabemos, vagaban por varias partes en busca de leña, se dejó caer de rodillas al suelo, diciendo, con acento desgarrador:

— ¡Ustedes, ustedes! ¡Por la Virgen Santísima, favorézcanme!

El metal femenino de su voz penetró vibrante y conmovedora al cuarto, sobresaltando con nueva impresión a nuestros personajes.

Doña Irene y Corina se aproximaron con viveza a la puerta y trataron de investigar lo que ocurría.

Los soldados a quienes imploraba la mujer se quedaron sorprendidos en el mismo lugar en que se hallaban, y antes que ninguno de ellos tuviera tiempo en decir una palabra, se inundó el patio con una multitud de hombres.

— ¡La atrapamos! — gritaban—; ¡que huya ahora!

— ¡Miren lo corredorcita que nos salió! — ¡Parecía tener alas!

Y una confusión de dichos y apóstrofes que la pluma se niega a reproducir.

En un segundo rodearon a la mujer, y sin hacer caso de sus gritos y lamentos cargaron en peso con ella y la llevaron de allí con grandes aclamaciones de júbilo y de frases indecentes, en que se dejaban conocer los perversos fines que dominaban en tan desenfrenada chusma.

— ¡Mía es! — gritaba uno.

— ¡No es de nadie!

— ¡Es de todos!

— ¡A la suerte!

— ¡No, no, yo tengo derecho porque fui el primero en descubrirla!

— ¡Mentira! Aquí está la prueba; me he quedado con el vestido en las manos.

— ¡A la suerte! ¡A la suerte!

De esta manera se alejaron todos, y volvió a quedar el patio en la tranquilidad anterior.

Durante los últimos momentos de esta escena, Monterreal, aunque excesivamente conmovido e indignado a la vista de tanta atrocidad, no se olvidó del peligro propio.

Aprovechando, pues, aquellos instantes de confusión en que el ruido exterior debía apagar el de sus movimientos, preparó todo, se puso el trabuco en la cintura y conservó una pistola en cada mano. Tenía, además, la espada al cinto; y así podemos decir que estaba armado hasta los dientes.

Cuando volvió a mirar por las aberturas de las tablas fue a tiempo que se retiraba la muchedumbre.

Notó entonces con satisfacción que los que se quedaban no eran más que seis soldados; de éstos, dos estaban en la cocina, el que había proporcionado el charqui y el que sabía guisarlo; tres vagaban por los extremos del patio en busca de leña, y el otro era el que se preparaba a destrozar el palomar.

La noche se acercaba o tal vez ya había entrado y no se conocía a causa de la claridad de la luna.

Exteriormente, es decir, en la calle, se sentía siempre el pavoroso rumor de las turbas en movimiento y desastrosa efervescencia; indudablemente seguían el desenfreno y el pillaje con la misma violencia que al principio.

De los soldados que se habían quedado en el patio, el primero que habló fue el que estaba más inmediato al palomar.

— ¡Qué diablos! — dijo, refiriéndose a los que se llevaban a Mercedes—; van a matarla entre tantos.

— Lo que va a suceder — observó otro— es que se destrozarán entre ellos mismos sin avenirse.

— Puede que no; la mayor parte conviene en sortearla, que es el mejor camino.

— Vaya, no perdamos el tiempo — dijo el que nacía las veces de cocinero—; vengan las tablas; abajo la armazón.

El soldado que debía ejecutar este encargo se dio vuelta y tendió una mano al palomar.

El teniente de dragones apartó con un brazo a su madre y a su hermana, que no opusieron la más mínima resistencia, dominadas como estaban por el terror, y ocupó el medio del claro de la puerta, preparando al mismo tiempo las dos pistolas.

Sintióse entonces un violento sacudón, y el palomar vino al suelo con gran estrépito.

Instantáneamente y confundiéndose con ese ruido hizo explosión una de las pistolas de Monterreal, y acto continuo también, antes de que nadie pudiera darse cuenta de lo que pasaba, resonó otro pistoletazo. Dos hombres quedaron por tierra.

En seguida, veloz como un rayo, cuando los demás soldados hacían ademanes de moverse, sin atinar a saber de dónde venía el peligro, Monterreal atraviesa el patio en dos saltos, llevando consigo el fusil, y se planta en la puerta que comunica con las demás dependencias de la casa.

Desde ahí, sin pérdida de tiempo, se echa el fusil a la cara, y viendo que los cuatro soldados se vienen sobre él, tira sobre el más cercano, a diez pasos de distancia, y sin volverse del todo cierra la puerta y la tranca con el mismo fusil.

Quedaba así seguro de no ser atacado por gente de fuera.

Con la misma rapidez de movimientos saca el trabuco del cinturón y la espada de la vaina, al mismo tiempo que se vuelve a recibir a sus agresores.

El joven había calculado exactamente su tiempo, de modo que los que quedaban en pie no alcanzaran a sorprenderlo. Pero el tiro del fusil había errado sin que él lo notara, y al volverse de cerrar la puerta alcanzó a vislumbrar el movimiento de uno que se le venía encima.

Apenas tuvo tiempo de desviar el cuerpo; mas, todo fue uno, ladearse y disparar a quemarropa su trabuco en el pecho del agresor.

Ya era tiempo: los tres restantes llegaban a él, e instintivamente alcanzó a parar un golpe de sable, teniendo su espada en la mano izquierda.

Arroja al punto el trabuco, empuña la espada en la diestra y hace frente a sus tres adversarios.

Dos de ellos le cargaban con sable, y el otro con fusil armado de bayoneta.

Como se ve, nuestro teniente de dragones había concebido y ejecutado su plan con la rapidez de un relámpago; pero la ejecución no había correspondido a sus esperanzas, pues contó con lidiar al arma blanca más que con dos de los enemigos.

Mientras se defendía el joven como mejor podía, sin que su ánimo se debilitara por un instante y sin dejar de menudear cortes peligrosamente ofensivos, las dos mujeres, doña Irene y Corina, se deshacían en lamentos, pareciéndoles en su terror que lo divisaban acribillado de heridas y bañado en sangre.

De súbito se desliza por entre ellas un bulto que pasa velozmente por sobre el palomar y corre hacia los contendores.

Ese bulto llevaba vestido de mujer e iba armado de un grueso garrote.

Al llegar cerca de los soldados enarbola y descarga con ímpetu violento su pesado leño sobre la cabeza del más próximo, derribándolo inerte al suelo.

Era la criada, robusta aldeana de las cercanías de Concepción, que debía tener algo de sangre araucana y con ella la valentía y esfuerzo de los bravos salvajes del Bío-Bío.

El anciano había entretanto abandonado su lecho, impulsado por el temor de perder a su hijo. Conociase impotente para luchar; pero, sin darse cuenta de lo que debía hacer, marchaba febrilmente al peligro.

Cuando llegó a la puerta del cuarto pudo ver la heroica acción de la criada, y se detuvo a contemplar la escena.

Aquel momento fue también decisivo para el joven. El militar derribado era el que manejaba el fusil; su caída sorprendió al que tenía al lado, y la previsión de un peligro que amagaba por la espalda lo hizo darse vuelta hacia la mujer.

Esa fue su perdición: Monterreal vio un claro delante de su espada y se fue a fondo.

El soldado se tambaleó y cayó. El joven no alcanzó a tirar su espada con la celeridad necesaria para quitar un golpe del único adversario que restaba en pie, y sintió rasguñar en su hombro izquierdo la punta helada del sable.

Da entonces un salto atrás, y, recobrando su posición, carga de lleno sobre el soldado.

La criada levanta nuevamente su garrote; ya va a descargarlo, cuando aquél, viéndose perdido, retrocede espantado, tira su sable al suelo y se arrodilla pidiendo gracia.

Capítulo 12

VELADA

Monterreal no había contado con un rendido, y se vio perplejo para tomar la pronta resolución que las circunstancias exigían.

Dejar en libertad a ese hombre era enviar un denunciador de su asilo a las feroces hordas que recorrían calles u ocupaban el resto de la casa.

No había más que matarlo o retenerlo preso.

Lo primero repugnaba al generoso joven; lo segundo presentaba dificultades o aumentaba los peligros.

Mas los instantes eran preciosos; no había que detenerse en reflexiones.

Monterreal tomó su partido.

— Una sogá — dijo a la criada

— ¡Qué, señor! — dijo ésta, comprendiendo su intención—; ¿va usted a amarrarlo, en vez de concluir con él? Pícaros como éstos no merecen compasión.

Y juntando el hecho a las palabras descargó su enarbolado garrote sobre el vencido, antes que Monterreal alcanzara a moverse.

Esto decidió al joven, quien, viendo revolcarse al soldado en el suelo exhalando roncós gemidos, temió que acudiera gente y lo pasó con la espada.

— Ahora — dijo— es necesario arreglar las cosas de modo que si viene gente no se encuentren rastros de lo que ha pasado. A la acequia con los cadáveres.

Púsose entonces a la obra con la ayuda de la criada.

Fueron arrastrando uno por uno los cuerpos inertes de los soldados y echándolos a una acequia que atravesaba el patio, cubierta en parte con algunas tablas.

Al terminar la operación el joven vio moverse a uno de los soldados.

— ¡Diablos! — dijo— ése está vivo.

— Pues duro con él — respondió la criada, corriendo a tomar el garrote.

El soldado se enderezó entonces como picado de víbora.

— ¡Señor, señorito, por favor, no me mate usted! — exclamó, juntando las manos en ademán suplicante; yo haré todo lo que se me ordene.

Este hombre era el que había caído al primer garrotazo de la criada; el golpe lo desatentó de pronto, mas fue cosa de un momento; recobró sus sentidos al ser echado a la acequia.

Monterreal se interpuso entre él y la criada, que venía decidida a hacer funcionar su ejecutiva arma.

— ¡Qué hemos de hacer! — dijo—, no es posible matar a un hombre indefenso. Busca una sogá, Antonia.

— ¿Pero dónde busco, señor?

— Aunque no sea una sogá, quiero algo con qué poder amarrar a este hombre.

— Sí señor, amárreme usted, si quiere; tome las precauciones que crea conveniente, y a fe de Pedro Balzano, yo le prometo que..., ¡oh!, aun cuando me amarrara un dedo..., ya estoy rendido y me doy a santos con salvar el pellejo.

— Señor — dijo la criada—, no encuentro más que un pañuelo...; puede servir para amarrarle las manos.

— ¡Eh!, no sirve eso.

— ¡Si ya digo, señor, que es mejor matarlo!

— ¡Oh, señorito, le protesto que aun cuando me deje suelto!...

— Dime, ¿a qué cuerpo perteneces?

Monterreal no podía ver bien el uniforme del soldado, pues la luz de la luna no alumbraba lo bastante.

— Soy del regimiento de Talaveras, mi señor.

— ¡Uf! — hizo la criada—; vaya, señor, con esta noticia, ¿para qué hablar más?

— ¿No ves, pues, hombre? — dijo Monterreal—, tu solo título asusta. ¿Cómo puedo tener confianza en tus promesas? Y no hay nada con qué asegurarte... ¡Vaya! Decididamente me pones en un compromiso... ¡Diantres! Siento ruido de pasos...

— No hay más, entonces, ¡a la olla con él! — dijo la criada, aprontando el palo.

El soldado se esquivó de ella, poniéndose de modo que Monterreal quedara de por medio.

— ¡Señor, señor! — exclamó—, yo tengo un cordel; éste con que me amarro la cintura.

Y comenzó a desatarse apresuradamente por debajo de la chaqueta.

— Venga acá, pues — dijo Monterreal.

Y tomando el cordel, hizo darse vuelta al soldado y le ató las manos por detrás.

Como sobrara una parte de la soga, la retuvo en su mano y dijo al prisionero, indicándole el cuarto donde estaba la familia.

— Vamos, marcha adelante; allá te amarraré tos pies.

Entraron al cuarto uno en pos de otro, y en seguida la criada.

Monterreal llevó al preso a un rincón, lo hizo sentarse en una silla y le ató los pies, liándolos a los barrotes de ella.

— Ahora — dijo a la criada—, este hombre queda a tu cuidado; a la más leve voz, al más insignificante movimiento...

— Es pan de mis alforjas — concluyó ella.

El joven salió entonces al patio, recogió su trabuco del lugar en que lo había dejado caer, tomó el fusil con que había asegurado la puerta y las armas de los soldados, que habían quedado esparcidas por el suelo, y se volvió al cuarto.

— ¿Y Valiente? — preguntó— ¿Dónde está?

— Aquí estoy, mi amo — dijo él, saliendo de junto a la puerta—. No me he movido de aquí por no desamparar a mis amitas.

El esclavo había salido de debajo de la cama cuando conoció que no había peligro, esto es, cuando oyó la voz suplicante del talavera.

Más, a la entrada de éste al cuarto se apoderó de él un nuevo terror, y no pudo menos de retroceder hasta pegar su espalda a la pared.

Monterreal estaba tan acostumbrado a la poquedad de espíritu de Valiente, que no se manifestó disgustado de su conducta.

— Ven acá — le dijo sin alterarse—. Ayúdame a levantar el palomar.

No tardó en quedar todo en el mismo estado que antes, y sólo entonces prestó el joven atención a los de su familia.

El anciano se había vuelto a la cama, y las mujeres, repuestas un tanto de sus terribles emociones, contemplaban en silencio cuanto se hacía.

— Estamos salvos por ahora — les dijo el joven—, y como el desorden de las calles no se ha de prolongar mucho, creo que ya no debemos alarmarnos.

— ¡Que no debemos alarmarnos! — dijo doña Irene con desaliento—; aun suponiendo que no tengamos que sufrir un nuevo asalto de los saqueadores, ¿cómo crees que nuestra situación puede tener buen fin?

— ¡Oh! Eso no debe preocuparnos; el ejército español abandonará muy pronto el pueblo para atacar las fuerzas organizadas con la tercera división y los fugitivos. En su propio interés está salir luego de aquí, pues no han de querer dar tiempo a los patriotas para que se rehagan. Yo espero que mañana al amanecer estemos libres de toda esta canalla.

— ¿Y si no es así? Supongo que los españoles, en el caso de abandonar este pueblo, dejen, como es natural, una guarnición y autoridades que conserven su dominio en él. ¿Qué haríamos entonces para escapar, de sus persecuciones? Tu uniforme de oficial del ejército patriota te compromete, y, además, todos los vecinos de Rancagua saben nuestra manera de pensar en política, y no faltará quien lo denuncie...

— Aun no es tiempo de estarse inquietando, madre mía; si esos temores se realizaran, no nos faltaría algún tiempo de salvarnos. Además, una vez terminado el saqueo ya no es necesaria mi presencia aquí, pues no debemos temer que se moleste a mi padre, postrado como se halla en cama, ni a ustedes; sólo yo corro peligro, y una persona puede escurrir el bulto con gran facilidad.

El enfermo escuchaba con interés esta conversación, e interrumpiéndola, llamó a Ricardo a su lecho.

— Pero ese hombre — le dijo a media voz, refiriéndose al prisionero—, una vez libre será nuestra perdición, y tampoco es posible tenerle indefinidamente aquí.

— Tiene usted razón, señor. La presencia de este hombre complica nuestra situación; mucho más si los españoles siguen dominando en Rancagua por algún tiempo. Sin embargo, ya veremos lo que nos conviene hacer de él.

Prolongóse algunos momentos esta conversación, por la cual se ve la intranquilidad de ánimo en que estaba la familia y, además, los justos motivos en que basaban sus sobresaltos.

El joven se empeñó en encontrar razones para aquietarlos, y en seguida se ocupó de cargar sus armas.

La pieza estaba enteramente a oscuras; ni era posible pensar en hacer luz; fuéle preciso, pues, a Monterreal andar a tientas buscando la pólvora y las balas, que felizmente había tenido la precaución de dejara mano.

Entretanto, no se olvidaba de acercarse de tiempo en tiempo al prisionero para tantearlo las ligaduras.

Antonia, la criada, velaba también con la mayor atención, y como no podía ver si el soldado trataba de desatarse, había juzgado más seguro tener en sus manos los cabos del cordel con que estaba amarrado. Así no podía menos de percibir sus más leves movimientos.

Debemos hacerle la justicia de decir que esta vigilancia, nada cómoda por cierto, la obligaba a tener su imaginación ocupada en maldecir la determinación del joven, tan atolondrada, a juicio de ella; esa falta de previsión para acceder a la caprichosa solicitud del hombre, y concederle una vida que hacía peligrar la de todos ellos, y que principalmente le ocasionaba a ella misma la molestia de velar con todo cuidado.

Se pasó una media hora así; doña Irene y Corina rezando en voz baja junto a la cama del enfermo; el joven cargando sus armas, operación morosa en la obscuridad, y la criada en sus silenciosos racionios, que de vez en cuando se convertían en ásperos refunfuños que llegaban a los oídos de los demás.

Cuando esto sucedía, el joven le preguntaba:

— ¿Qué sucede, Antonia?

— Nada, señor — respondía ella, con una marcada entonación de mal humor.

Valiente se mantenía entretanto a una respetable distancia del prisionero, y con el oído atento a los rumores que venían de afuera.

A propósito de esto, debemos decir que el bullicio de las calles no había cesado y llegaba distintamente a los oídos de nuestros personajes.

A veces arreciaba la gritería de las gentes, y entonces, pareciéndole a Monterreal que se acercaban a aquel lugar, se paraba a observar por las aberturas de las tablas y permanecía un rato largo escuchando atentamente.

Convenciase al fin de que ese mayor ruido no tenía significación alarmante para él. y volvía a su tarea.

— No es nada — decía en voz alta—; quizás habrán encontrado un botín y lo celebran con sus gritos.

Fue de esta manera avanzando la noche, y como a eso de las diez Ricardo rogó a su madre y a Corina que se acostaran en un colchón que él mismo tendió al efecto en el suelo.

Determináronse ellas a hacerlo en fuerza de las instancias del joven, quien trató de convencerlas de que, no habiendo novedad hasta entonces, ya podían contar con que la noche se pasaría del mismo modo, pues no era fácil, o más bien era imposible, que se descubriera su escondite, sin mediar una circunstancia tan singular como la de la tarde.

Capítulo 13

UNA ASTUCIA DE RODRÍGUEZ

No serían más que las diez de la misma noche cuyos sucesos estamos refiriendo, cuando dos jóvenes, el uno militar jinete en un brioso caballo y el otro paisano y de a pie se despedían, estrechándose amistosamente las manos, en las inmediaciones de las Bodegas del Conde.

Estos dos personajes eran Luis Carrera y Manuel Rodríguez, a quienes hemos entrevisto la noche anterior en las casas del mismo paraje.

El primero se marchaba a Santiago, a la cabeza de un reducido número de soldados, con quienes estaba apostado ahí desde las doce del día para reunir a los dispersos de la división de O'Higgins: tal era la orden que le había dado su hermano don José Miguel al retirarse de las inmediaciones de Rancagua.

Pues ya es tiempo de que lo digamos: el general en jefe había partido para Santiago poco antes de las doce, y abrigaba la persuasión de poder organizar la defensa en la Angostura o en los campos de Maipo.

Error: sólo la vista de los derrotados produjo un terror pánico en la tercera división, y en vez de atraérselos ésta, ellos la contagiaron y se llevaron en pos de sí al mayor número de sus soldados.

Derritióse como la nieve la fuerza que debía servir de base para la defensa, y por eso vemos a Luis Carrera a la cabeza de un puñado de los más fieles hombres de su división.

— ¿Conque decididamente te quedas? — preguntaba a Rodríguez al tiempo de darle la mano.

— No lo dudes; estoy resuelto, y además tengo mi plan formado. Creo poder hacer mucho en favor de ese pobre Monterreal y de su familia, que necesariamente se verán en grandes apuros.

Dios quiera que llegue a tiempo; es una deuda de gratitud la que me obliga: don Gabriel Monterreal, el padre de Ricardo, me ha servido siempre con gran interés, principiando por haberme evitado cuando niño dos expulsiones ruidosas del Colegio Carolino, donde, como ya sabes, no me conduje con mucha santidad.

— Dime — le interrumpió Luis maliciosamente—, ¿tu interés por esa familia sólo tiene por móvil la gratitud? Mira que me dicen que Monterreal tiene una hermana muy interesante.

— ¡Vamos! ¡Siempre en tus malos pensamientos! Adiós, y no te olvides de decir al general aquello de Argomedo.

— Si...; pero francamente no sé si te he entendido bien; tengo mi cabeza como un volcán desde esa retirada maldita de esta mañana.

— ¿Te repito entonces la relación?

— No. Juzga tú de si me he olvidado. El hecho es que hace poco he sorprendido una conversación entre ese tal Argomedo, con quien me mandaron la endiablada orden de no concluir mi victoria... En fin, no quiero acordarme de eso por no condenarme de furor. Que ese bribón acaba de mandar un mensaje al ejército realista, con quien debe hallarse en estrechas relaciones; que el mensajero es un joven administrador de estos graneros, que se llama...

— Antonio Candia.

— Eso es, ya estoy: Antonio Candia. ¿Nada más?

— Falta lo principal. pues, hombre: que Argomedo se ha ido para Santiago y que vea si puede hacerlo atrapar.

— Bueno. ¿qué más?

— Que yo me quedo por lo que te acabo de decir y con la esperanza de pescar ese mensaje.

— Convenido, que te vaya bien. ¿Crees encontrar a ese joven Candia?

— Por supuesto. Tengo pronto mi caballo, y sé el camino que lleva; va en una mula que apenas anda, y tiene que dar un rodeo demasiado largo; yo voy derecho a esperarlo en el punto en que ha de desembocar al camino carretero.

Los dos jóvenes se separaron. Luis se juntó al grupo de soldados que le esperaba a poca distancia, y Rodríguez se encaminó solo a los edificios que se conocían con el nombre de Bodegas del Conde.

— Dame mi caballo — gritó a un hombre de manta que estaba parado en los corredores que formaban el frente de las casas.

El hombre caminó con aquel reposo que sólo se encuentra en las gentes del campo, y fue a desatar un caballo atado a uno de los pilares del corredor.

En seguida vino al encuentro de Rodríguez tirando al animal de las riendas.

— Necesito una manta y un sombrero de pita — le dijo éste—. ¿Puedes tú proporcionármelos?

— Puede ser, señor — respondió el campesino con aire de indecisión.

— Es que quiero que sea, y al instante — repuso Rodríguez en tono imperativo y poniendo una moneda en manos de su interlocutor.

Recibióla éste y la acercó a sus ojos tratando de verla: mas como la noche estaba oscura, sólo pudo juzgar por el tacto, y dijo;

— ¡Parece onza!

— Naturalmente, ¿qué otra novedad podría ser?

El campesino meditó un instante como calculando las ventajas del negocio que se le proponía. Indudablemente sus conclusiones debieron halagarle, porque, sin objetar nada, se quitó el sombrero y la manta y los presentó a Rodríguez.

Quitóse éste la gorrita de paño galoneada que llevaba puesta y, plegándola en varios dobleces la guardó en un bolsillo.

En seguida se puso unas patillas de pelo negro; se vistió la manta y se cubrió con el sombrero de pita, todo a la vista del campesino, que lo observaba con muestras de intensa admiración, pero sin decir palabra.

Su aspecto cambió notablemente con el disfraz.

— ¿Está el puñal en la montura? — preguntó, acercándose al caballo y poniendo el pie en el estribo.

— Sí, señor, y en las alforjas va la ropa blanca.

— Está bien, adiós. Y poniendo los talones en los ijares del caballo, lo hizo salir al galope.

"Mi buen Candia llevará media hora escasa de camino — pensaba—; pero un cuarto de hora me basta para ganarle la delantera. Bien mirado, me vale más el no haberlo podido atrapar recién sorprendí su conversación con Argomedo; la carta que lleva habría ido a parar a manos de Luis Carrera y yo me encontraría ahora en aprietos para la realización de mi proyecto... Mientras que así..., ¡oh!, así; ni hay qué pensar; el éxito es seguro,"

Y alentado el joven con sus propios pensamientos, daba recios chicotazos en las ancas del caballo, el cual, por cierto, estaría lejos de imaginar que tales caricias eran el fruto de la satisfacción de su jinete.

De tal manera, ocupado Rodríguez en sus interiores discursos, y el caballo en graduar su carrera a las exigencias de los azotes, llegó él primero o, más bien, llegaron ambos, pues el uno sin el otro no podían hacerlo... Llegaron, decimos, jinete y caballo a un punto del camino en que desemboca por el lado izquierdo un callejón estrecho.

"Aquí es — se dijo Rodríguez—. No tiene remedio, mi hombre no ha de tardar; conozco esto más que la palma de mis manos... Pero será bueno avanzar algo por este callejón. Conviene que el encuentro sea en paraje desierto: aquí podrían estorbarnos."

Dicho y hecho. Rodríguez se embocó en el callejón, dando al caballo una marcha reposada y teniendo la vista fija adelante.

Habría andado ya un buen cuarto de legua cuando divisó, a la distancia, que la claridad de la luna permitía ver un bulto negro que se destacaba en la línea media del camino.

"¡Ya estamos! — pensó, con secreta alegría—. En verdad que temía el haber errado mis planes."

Y, torciendo riendas al caballo, principió a desandar el camino a un paso muy lento.

De tiempo en tiempo volvía la cabeza y se cercioraba de que el bulto se divisaba a su espalda e iba aproximándose cada vez más.

En pocos instantes iba a ser alcanzado.

El que venía era un hombre de manta y sombrero de pita, como Rodríguez. La poca luz no permitía observar sus facciones; pero sea por el color de la manta, o por la cabalgadura, que era una extenuada mula, o por su aspecto en general, la verdad es que Rodríguez, en una última ojeada que le dio, se dijo: "Es él; no hay duda."

El hombre llegó hasta nivelar su mula con el caballo de Rodríguez, pero mediando entre ambos una distancia bastante regular: cada uno llevaba su vereda.

Rodríguez obligó resueltamente a su caballo a pasar a la vereda del otro jinete.

— Señor mío — le dijo, sobreandando y fingiendo el acento de un rústico—. ¿Quiere usted decirme si voy por aquí a Rancagua?

La pregunta era muy natural; pero la hora avanzada de la noche, la soledad del camino y el acercarse tanto el que interrogaba debieron infundir recelos al viajero, porque antes de contestar aprestó las riendas de una manera visible y llevó su mano a la cabeza de la montura, junto a la cual acostumbran los campesinos cargar sus enormes y afilados puñales.

— Va bien, mi amigo — respondió, con una voz tosca que formaba contraste con la entonación suave que Rodríguez dio a la suya.

"¡Tate! Quiere intimidarme — pensó Rodríguez—. Aguárdate que yo te pondré como nuevo."

Y conservando su caballo junto al de él prosiguió en voz alta, sin dejar de andar:

— Gracias, señor. ¿Y me dirá usted también si falta mucho camino?

El de la mula; levantó la cabeza y lo miró con cierta curiosidad antes de responder. Podríamos decir que avanzó la parte superior de su cuerpo hacia Rodríguez para examinarlo de cerca.

"¡Pécora! — dijo éste, interiormente—. ¿Habrá conocido que finjo la voz?"

— ¿Va usted por primera vez a Rancagua? — preguntó el hombre, sin abandonar la dureza del tono que había adoptado en su primera respuesta.

— No es la primera vez, y, sin embargo, me encuentro perdido; dudo del camino.

— Habrá ido usted por el camino real, mientras que ahora vamos por un atajo.

— ¿Un atajo?; luego abreviamos camino por aquí — dijo Rodríguez, con aire de inocencia; pues supongo que usted va también a Rancagua.

— ¿Y por qué lo supone usted? — preguntó el viajero, con menos dureza, pero sin familiaridad.

— ¡Bah! — dijo Rodríguez, riéndose con franqueza—, porque usted ha dicho: "Vamos por un atajo"; como si el fin de su viaje debiera ser el del mío.

— ¡Cáspita! Buen humor gasta el amigo — repuso el viajero, con enfado.

Rodríguez se formalizó como si se turbara con esa observación.

— Si le disgusta a usted mi jovialidad — dijo—, no me reiré en adelante, y aun me separaré de usted, me quedaré atrás; pero hágame el favor de darme unas noticias.

— Si puedo, si son cosas que yo sepa...

— Pues bien, aquí me detengo. Lo que deseo saber es qué distancia hay de aquí a Rancagua.

El viajero se detuvo a contestar, quizá con la esperanza de desembarazarse así de aquel intruso.

"Eso es lo que yo quiero — pensó Rodríguez—. De otro modo íbamos a salir pronto de este desierto callejón."

De aquí a Rancagua hay una legua escasa — dijo el hombre—. ¿Eso es todo?

Otra pregunta más: ¿es verdad que los españoles se han apoderado del pueblo?

— Es verdad.

— Luego...; pero esto es reservado, señor mío, para usted... ¿Podré verme ahí con el jefe realista?

— ¡Hola! Usted desea ver...; ¿y qué objeto le lleva allá?

Rodríguez fingía una candidez suma, y su interlocutor llegó a creer que trataba con un bendito de Dios.

— Tengo una carta, un mensaje de importancia, dijo con tono confidencial.

— ¡Una carta! ¿Y está dirigida al jefe realista?

— Por supuesto, a él se la manda mi patrón.

— ¡Ah! — exclamó el viajero, dulcificando la voz—. Usted lleva el mismo destino que yo, amigo mío.

Rodríguez dijo para sí:

"¡Te tragaste el anzuelo, mala víbora!" Y continuó en voz alta:

— ¿Es decir que usted va también a ver al jefe español?

— Precisamente, y puesto que ya nos liemos entendido, sigamos andando.

Rodríguez movió lentamente su caballo.

— Es una felicidad — dijo— el haberme juntado con usted, pues, a la verdad, no sabía cómo atinar con el camino, y ahora todo está hecho... ¡Calle! Se me ocurre otra cosa mejor... No sigamos adelante.

— ¿Qué hay de nuevo? — dijo el hombre, deteniendo la mula, porque Rodríguez había detenido su caballo.

— Es que yo tengo precisión de irme a Melipilla y puesto que usted se ha de ver con el jefe realista... ¿No le lleva usted también un mensaje?

— Cabal; llevo una carta.

— Pues bien, me parece muy sencillo; no es ningún trabajo para usted llevar dos; ¿no es así?

— Tal creo; si no es más que para eso, puede usted darme su carta, que supongo será de algún amigo del coronel Osorio.

— ¿El coronel Osorio?

— Sí, pues; así se llama el jefe realista.

— Tiene usted razón, ya no me acordaba — dijo Rodríguez—, ¡tengo una memoria!, y estuve deletreando el nombre de la carta que traigo....

El bueno de mi patrón se propuso hacerme aprender a leer desde una vez que me encargó llevar dos cartas a distintas personas y me equivoqué en la entrega de ellas.

— ¿Cómo? ¿Dio usted a uno la qué era para el otro?

— Justamente, las dejé cambiadas en las casas que se me habían designado. Pero aquí tiene usted, ésta es la carta.

Mientras hablaba, Rodríguez se había buscado en la cartera, por debajo de la manta, y de entre varios papeles escogió uno al tacto y lo presentó a su interlocutor.

Más, al tiempo de irlo a poner en su mano, lo retiró vivamente.

— Pero — dijo, con una sonrisa maliciosa—, ¿no será cosa de que usted se olvide de mi encargo, o se deje estar sin cumplirlo?

— Sin duda usted...; ya he dicho que debo ver al coronel Osorio, y esa será mi primera diligencia; tengo aquí la carta que le llevo...

— ¿Es cierto entonces que le lleva usted una carta?

— Me parece que no tengo necesidad de repetirlo — dijo el viajero, con mal disimulado tono de impaciencia. Si usted duda, es mejor que no se valga de mí. Continuemos andando.

— No, mi amigo; no es eso; mire usted, si supiera el bien que me resulta de ahorrarme este viaje... Me han avisado que mi madre está agonizando en Melipilla... Comprenda usted, pues, cuál será mi angustia.

Bueno; yo estoy pronto a servirle a usted, pero no nos demoremos más.

— Es que también..., usted me encontrará razón..., yo quiero asegurarme de que mi carta llegará a su destino... Como los españoles tienen tantos enemigos..., ¿quién me asegura que usted no se está fingiendo que va a Rancagua por que le confíe mi carta?

— ¡Eh! ¡Ahora salimos con ésas! ¡Fingiendo! ¡Mire usted!

Y el viajero sacó de debajo de su manta un papel; y mostrándoselo a Rodríguez:

— ¿No ve? — le dijo—. Esta es la carta que yo llevo; y ahora, por desconfiado, no quiero encargarme de su comisión.

Y al decir esto, movía la mano agitando en el aire la carta con que probaba la efectividad de sus aseveraciones.

Rodríguez se aprovechó de esos ademanes y con la ligereza del gato que salta sobre su presa cogió el papel súbitamente, cuando aun no concluía de hablar su interlocutor.

Fue tan rápido esto y la sorpresa del hombre tan viva, que cuando atinó a sospechar lo que le pasaba Rodríguez estaba a más de diez pasos de distancia; todo había sido atrapar el papel e hincarle las espuelas al caballo.

El primer impulso del hombre fue darle alcance, pero la mula apenas tomó el trote al sentirse aguijoneada.

— ¡Ah! ¡Infame, ladrón! — gritó a toda voz, Rodríguez le contestó sin dejar de correr.

— Después hablaremos, ¡miserable!, y si quieres que sea pronto, espérame dentro de una hora en las Bodegas del Conde.

Y siguió por el callejón a todo escape.

Cinco minutos después desembocaba al camino real y tomaba la dirección de Rancagua. Entretanto se iba diciendo:

"El bribón calculará que, si le he quitado este papel, es con el fin de que no llegue a manos del jefe realista, y como su venida a Rancagua no tiene más objeto que éste, preferirá volverse; mucho más con la esperanza de encontrarme en las Bodegas del Conde. Por otra parte, aun cuando se le ocurra seguir hasta Rancagua, no podrá entrar sin traer algo que le sirva de pasaporte, y ese algo ya está en mi poder... No, es seguro que se vuelve y me deja en paz por esta noche... ¿Cómo se habría de presentar a las avanzadas del ejército realista

diciendo: "Yo traía un mensaje y ¡me lo han quitado en el camino"?Muy necio debería ser para que tal hiciera; sólo que se asegurara de que yo he tomado la dirección que llevo; pero esto es muy difícil; lo he dejado muy atrás en el callejón, y no es posible que se le ocurra el que yo haya hecho esto por el gusto de hacer llegar más pronto a su destino el dichoso papel. ¡Quién diablo se podría imaginar que mi objeto es servirme de él para poder entrar a Rancagua! Realmente, puedo estar tranquilo."

Con tales pensamientos, el joven seguía acercándose velozmente a la población. Era Rodríguez un valiente a toda prueba, y para apoderarse de la carta que llevaba ahora consigo habría podido usar de la violencia en vez de la astucia; pero había obedecido a sesudas reflexiones para obrar así.

La astucia era su arma favorita, y por cierto que la manejaba con tanta facilidad como la espada, la pistola o el puñal; muy fácil le habría sido presentarse de frente al portador del enviado mensaje y decirle: "Necesito ese papel; démelo usted o defiéndalo".

Tal había sido también su primer pensamiento; mas, entrando en cuentas, se había dicho:

"Este Antonio Candia, este pícaro de administrador de las Bodegas del Conde, que nos ha fingido tanta amabilidad mientras se ha visto obligado a hospedarnos, debe ser hombre terco, a juzgar por las apariencias: puede que me resista, y durante una lucha es muy fácil destrozar o tragarse un papel. Por otra parte, aquello de salir en un camino a demandar una prenda, aunque ella sea un papel, y que este papel contenga un aviso al ejército enemigo, y por más que el portador sea un traidor, siempre tiene mucha semejanza con lo de "la bolsa o la vida". Por último, Si hay lucha, habrá una muerte, y matar a un hombre por un papel que tal vez puede obtenerse fácilmente empleando otros medios... No, obremos con suavidad. Nada es matar a un bribón que está al servicio del enemigo; pero si no hay tal precisión, es mejor evitarlo. Probaremos primero los medios pacíficos."

Armado con estos razonamientos, Rodríguez había procedido de la manera que sabemos: había obtenido lo que quería y se iba satisfecho del buen éxito de sus astucias.

Algo lo desazonaron los apóstrofes hirientes que le lanzó Candía al verlo huir; pero Rodríguez era hombre de calma y tenía un razonamiento a su modo para cada lance.

— Es muy natural que se enfade el pobre hombre — se dijo—; yo en su lugar habría gritado peores cosas. Ahí se calmará."

Hechas estas explicaciones; continuamos siguiendo el hilo de los sucesos.

No tenemos necesidad de decir que Rodríguez llegó hasta encontrarse con los centinelas avanzados del ejército español, ni que al ser detenido manifestó que era portador de un mensaje para el Excelentísimo Señor Comandante General del Reino de Chile, don Mariano Osorio; ni tampoco diremos, por ser excusado, que los guardias no le pusieron dificultad alguna para conducirlo a la presencia de aquel jefe.

Nos trasladaremos, pues, al momento en que don Mariano Osorio tuvo a bien dar audiencia al fingido mensajero.

Capítulo 14

LA CARTA DE ARGOMEDO

Eran las cuatro y media de la madrugada. Los débiles tintes de la aurora principiaban a colorear el vasto horizonte que se dominaba desde el inmenso patio de la casa elegida por Osorio para su alojamiento durante el sitio.

En capítulos anteriores hemos dicho que este jefe había sido divisado por O'Higgins cuando, en un momento de peligro para las armas realistas, tomaba la retirada en dirección al Cachapoal.

De paso diremos ahora que, desaparecido el peligro gracias a la retirada de la fuerza patriota que había venido en auxilio de los sitiados, Osorio recibió aviso de que podía volver a ocupar tranquilamente su morada.

Por esto es que volvemos a encontrarlo en el mismo sitio y en las mismas habitaciones en que lo hemos visto durante la noche anterior a la que acababa de pasar, es decir, la del 1 al 2 de octubre.

La jornada de este último día había sido en extremo angustiosa para Osorio.

Retirado a un huerto de la casa, y a la sombra de un enorme castaño, se había estado las primeras horas de la mañana en fervorosa oración pasando y repasando las cuentas de su rosario.

Ahí lo sorprendió la infausta nueva del asalto emprendido por la división de Luis Carrera.

Osorio llegó a creer en el concurso del cielo contra él. Los santos se ponían de parte de los patriotas para castigar la profanación que hacía del día consagrado por la Iglesia al descanso y a la piedad, pues el 2 de octubre era domingo.

Fue así como se apresuró a ponerse a salvo, es decir, dominado por reflexiones de esta naturaleza. La Virgen del Rosario, cuyo patrocinio había invocado, era la responsable, a los ojos de aquel jefe, de todas las calamidades que amagaban a su ejército.

Pasó esto: vino la retirada de Luis Carrera; los soldados españoles recobraron las ventajas que por un momento se les habían arrebatado, y entonces Osorio, volviendo bridas a su caballo, del mismo modo que la tal noticia le volvió el alma

al cuerpo, no pensó en otra cosa que en la acción de gracias que merecía su poderosa y celestial protectora.

La Reina de los Cielos había querido poner a prueba su fe, y él, miserable pecador, había llegado a desconfiar de su protección; hablase hecho acreedor a un castigo, y sólo la infinita misericordia de la madre de los afligidos pudo haber obrado aquel milagroso cambio.

El beato coronel de artillería, pues ya hemos dicho que tal era el grado militar de Osorio, llegó en sus fanáticas ilusiones a imaginarse que veía vagar por los aires las cohortes de ángeles y serafines que, cabalgando en atrevidos e impalpables corceles, oponían a la división de Luis Carrera sus celestiales pero sangrientas y exterminadoras espadas.

El rosario había, pues, surtido efecto en los consejos del Empíreo, y era preciso continuar tan eficaz práctica.

Osorio se apresuró a volver a los castaños, persuadido de que cada avemaría debía hacer rodar por lo menos diez cabezas de patriotas.

Con tal fervorosa faena, demasiado sería que O'Higgins saliera salvo y sano de Rancagua, y quizá, si libró de la feroz cuchillada que le asestara un soldado en su fuga, fue sólo porque Osorio interrumpió la última avemaría para escuchar la nueva del triunfo.

Sea lo que se quiera de esto, y sin que queramos poner en duda la intervención de la Virgen en tan sangrienta jornada, el hecho es que el jefe realista, después de concluido su acto de gracias, se entregó, por primera diligencia, a un sabroso y prolongado sueño.

Durmió como un lirón; y perdónesenos esta frase, que sólo empleamos en fuerza de su vulgaridad, pues, aunque es muy cierto que el citado animalillo duerme un sueño de seis meses, no nos creemos dispensados para elegir tan bajo término de comparación; mucho menos tratándose de un lugarteniente de Su Majestad el Rey de todas las Españas.

En honor de Osorio y de su ilustre descendencia nos apresuramos a decir simplemente que durmió un sueño tan profundo como el de los justos.

También "es fama que soñó"; pero esto no nos importa.

El caso es que durmió y que, fatigado como se hallaba con dos noches de velada, prolongó su sueño hasta que los primeros y apacibles albores del día 3 de octubre vinieron a iluminar los estragos de las noches y días anteriores.

El patio de la quinta que hospedaba al jefe de que hablamos, yacía en profundo silencio a aquellas horas; oíanse solamente los sonoros ronquidos de muchos soldados que dormían en los corredores o al pie de algunos elevados y ramosos naranjos.

Mentimos: oíase también el débil cuchicheo de otros pocos soldados que guardaban la puerta de la calle y entretenían el tiempo en fútiles conversaciones.

A pocos pasos de ellos, o más claro, hacia el interior de la casa, pasado el zaguán, se veía inmóvil y afirmado en uno de los pilares del corredor a un hombre de manta y sombrero de pita, de alta y delgada figura, de pálido rostro y de ojos grandes, vivos e inteligentes.

Era Manuel Rodríguez, que, despojado de sus patillas postizas, conservaba solamente el traje campesino. Habíasele hecho aguardar casi toda la noche, en aquellos corredores, la audiencia que solicitaba del coronel Osorio.

No se olvidará que el objeto de la venida del joven a Rancagua era tratar de favorecer a la familia de Monterreal en los peligros a que tal vez se hallaba expuesta durante aquella noche, cuyos desórdenes era natural presumir.

Hablase, pues, visto obligado a devorar su impaciencia maldiciendo en su interior al pacífico descanso del jefe realista.

En el momento en que lo presentamos al lector, aburrido ya de pasearse a lo largo de los corredores, se había detenido junto a un pilar y contemplaba maquinalmente, con aquella vaga mirada de los cerebros preocupados, las elevadas copas de los árboles, cuyas ramas principiaban a agitar ligeramente los pajarillos que se despertaban con los primeros reflejos de la aurora.

Paulatinamente fue haciéndose más y más sensible la aparición del día; lasavecillas no se contentaron ya con saltar por entre las ramas, ganaron las copas de los árboles, y revoloteando de uno en otro, principiaron sus dulces gorjeos, aquel concierto matutino de que sólo tiene idea el que ha madrugado alguna vez en el campo.

Rodríguez no era poeta; mas la sublimidad de ciertos espectáculos enciende en los corazones sensibles el mismísimo fuego que da ilusiones al escogido de las musas. Sin pulsar la lira, los profanos pueden arrancarle armonías tan dulces como las del Parnaso, cuando la imaginación es rica, joven y atrevida.

Lo repetimos, Rodríguez no era poeta, pero su corazón se abrió a los poéticos perfumes de aquella mañana; su frente fue despejándose, borrando la huella de los sombríos pensamientos que la contraían, y su alma impresionable se dejó mecer en alas de rosadas ilusiones, tan rosadas como la aurora que teñía el horizonte, tan sonoras como el trino de las aves y tan fragantes como el ambiente embalsamado con las dulces exhalaciones de los naranjos.

Rodríguez suspiró, dejando ensancharse su pecho como para dar cabida a las nuevas sensaciones que lo dominaron.

De pensar en la suerte de Monterreal, en la de cada uno de los miembros de su familia y en las angustias que experimentaría, su mente se detuvo en Corina; y bien sea que alguna cuerda de su corazón estuviera ya afectada por la candorosa hermosura de la joven, o que la misma imagen de ella se presentara a sus pensamientos, la verdad es que su corazón latió a impulsos de una sensación calurosa y agradable, trasmitiéndose a su vaga mirada aquella expresión indefinible y melancólica que sólo nace del amor o de otros efectos sublimes y tan delicados como él.

Rodríguez soñaba despierto en aquellos instantes y quizás encontraba la similitud del semblante de Calina, su albo cutis, en las diáfanas y nacaradas nubes que cruzaban el espacio, su argentada voz en el armonioso despertar de las aves y su perfumado aliento en el aire que respiraba.

Profundamente impresionado, desprendida el alma, por decirlo así, de las circunstancias que le habían traído a aquel lugar, no fue dueño de resistir a un estremecimiento cuando la voz de un soldado, pasmada por el fresco de la noche, lo llamó de un grito, diciéndole:

— ¡Eh! amigo, el general lo espera.

Este brusco llamamiento causó en el corazón hechizado del joven el mismo efecto que produce en el que va a coger una flor la vista de un insecto venenoso albergado en ella.

Súbitamente se heló en sus ojos y en sus labios la imperceptible sonrisa que sus emociones dibujaban.

— ¡Eh! — exclamó de pronto, repitiendo como un eco la interjección del soldado, pero acentuándola con la modulación propia de la sorpresa—. ¡Eh!, ¿me llama usted?

— El comandante general es quien lo llama en aquella puerta a la izquierda.

Rodríguez se repuso al momento de la sorpresa, y marchó en la dirección que se le indicaba.

Cuando se halló en presencia de Osorio, a quien veía por primera vez en su vida, le dirigió una imperceptible mirada de investigación.

Rodríguez tenía un golpe de vista vivo y certero, y, como su imaginación, era fecundo y veloz.

En aquel hombre, de quien tanto había oído hablar de poco tiempo a esta parte, decantado por los españoles como un héroe y por los patriotas como un fanático, él, Rodríguez, el audaz revolucionario que en defensa de la libertad había olvidado la abogacía para ponerse al servicio de los más exaltados partidarios de la Independencia, él, decimos, encontró simplemente en Osorio un hombre vulgarísimo, fácil de engañar y persuadir a lo que se quiera.

Hay hombres que llevan el alma en la fisonomía, y que pueden ser grandes cuando ella es noble y elevada: la fisonomía de Osorio revelaba su alma, pero un alma pequeña.

Es de advertir que esta apreciación estaba muy lejos de ser imparcial: el odio del joven a todo lo que tenía el sello español podía hacer exagerados sus juicios.

Pero así, con esta impresión, Rodríguez adquirió el suficiente dominio sobre sí mismo para acercarse al jefe realista saludándole respetuosamente y afectando un indescriptible aire de inocencia, peculiar de él y que a nadie habría suscitado la más ligera sospecha sobre su sinceridad.

— Excelentísimo señor — dijo, inclinándose profundamente—, don Juan Argomedo me ha encargado presentar a Vuestra Excelencia este papel.

Osorio, que también había fijado en Rodríguez, desde su entrada a la sala, una mirada que, si bien revelaba curiosidad, carecía de penetración, al oír el nombre pronunciado por el joven se satisfizo del todo.

— ¡Ah! — dijo—. Él es quien lo envía. Veamos. Y abrió el mensaje con alguna precipitación.

Mientras leía en voz baja, Rodríguez continuó su estudio sobre la persona del coronel.

"¡Es un necio, o yo soy el perillán más corto de vista! — se decía en el estilo jocoso propio de su carácter—. Veamos el semblante que pone con esa lectura... Lástima que no sepa yo el contenido de ese mensaje...; pero si lo hubiera roto no habría podido presentarme aquí con él. Bien, calculo que serán noticias sobre la deserción de la gente de Luis Carrera; pero quién sabe si hay más... Es desgracia no haber podido satisfacer mi curiosidad."

Y Rodríguez, sumido por un instante en sus lastimeras reflexiones, dejó escapar un involuntario suspiro que llamó la atención de Osorio a tiempo que concluía su lectura.

— Paréceme, señor Candia — le dijo, doblando el papel—, que el ánimo no está muy alegre.

Rodríguez comprendió al instante que en la carta se citaba el nombre del portador; no dijo nada, pero adoptó una actitud en que parecía excusarse de su distracción.

— Vamos, sea usted franco; Argomedo me labia bien de usted, y no quiero manifestarme indiferente a su recomendación.

— Señor, Vuestra Excelencia me hace mucho honor al ocuparse de mis penas... Es cierto que sufro, y lo que me ha inducido a venir aquí ha sido, además de la traída de ese mensaje, el obtener de Vuestra Excelencia una gracia.

— ¡Bueno!, me alegro; siempre es conveniente principiar el día con una obra buena; y ahora que la Providencia se nos muestra propicia...

— ¡Oh señor!, me encanta la piadosa disposición de Vuestra Excelencia. No es otra cosa que una obra de caridad la que vengo a demandar. Tengo mi familia, Excelentísimo señor, encerrada en el pueblo que tan gloriosamente ha sido conquistado por vuestro ejército.

— ¡Hola! ¡en este nido de víboras!

— Cabal, señor; la desgracia de tener un pariente enfermo...

Comprendo; no pudieron salir a tiempo de aquí. Pero, ¿hay mujeres en su familia?

Justamente, señor, y es por eso que me alarma tanto la suerte de ella.

— Pues, no debe usted alarmarse en tal caso; yo he dado orden de guardar toda consideración a las gentes inofensivas.

— Bien puede ser, Excelentísimo señor; pero en estos casos... Además, ardiendo está el pueblo aún por todas partes; los soldados no son gentes que puedan contenerse con facilidad en los momentos de un triunfo...

— Bien, ¿y qué es lo que querría usted, señor...?

El coronel titubeó sin encontrar el nombre, y Rodríguez se apresuro a recordárselo.

— Candia, para servir a Vuestra Excelencia — dijo, inclinándose atentamente; y en seguida, contestando la pregunta, agregó—: Yo querría, señor, que se me diera un salvoconducto para poder registrar Rancagua hasta hallar a mi familia; y aun...

El joven vaciló como buscando la frase más oportuna para continuar su petición.

¿Y aun? —dijo Osorio, invitándolo a continuar.

— La autorización, Excelentísimo señor, para librarla de los peligros en que se halle.

— Cierto: es muy justo — repuso Osorio—. No hay duda de que es una obra de caridad. Espérese usted.

Y sentándose a la mesa, escribió: *No se moleste al portador ni a las personas que él designe.*

Al tiempo de ir a firmar, levantó la pluma, como si se le ocurriera una idea repentina.

Rodríguez, que lo miraba escribir con secreta alegría, compuso repentinamente su semblante al verlo detenerse.

— Pero... — dijo Osorio—, ¿entre los de su familia no hay alguno rebelde a la causa del rey?

— ¡Oh señor!, ¡no me haga tal agravio Vuestra Excelencia! — respondió Rodríguez, con el tono más sentido que se podía dar a esta frase—. Si mi padre incurriese en tal pecado, lo dejaría perderse entre las llamas; estimo en mucho mi alma para querer exponerla en defensa de los herejes.

Había tal candidez, tal acento de buena fe en estas palabras, que, por otra parte, halagaban el fanatismo de Osorio, que no titubeó éste un momento y puso su firma al pie de lo escrito.

— Aquí tiene usted — dijo al joven—. ¿Nada irás se le ofrece?

— Nada más, Excelentísimo señor; me voy lleno de agradecimiento. Supongo que mostrando esta orden los soldados de la guardia me entregarán mi caballo...

— Naturalmente. Vaya usted con Dios.

— El cielo guarde a Vuestra Excelencia e inclinándose Rodríguez, añadió mentalmente: "Para colocarle de angelito en una pila de agua bendita."

Al salir se encontró con un grupo de oficiales que aguardaban el momento de entrar.

Rodríguez tomó un lado, no sin la atención de ellos, que se apresuraron a presentar sus respetos. al comandante general.

— ¿Quién será éste? — preguntó el comandante Maroto.

— Señores míos — les dijo Osorio, al mismo tiempo—, buenas noticias tenemos del lado de Santiago: lean ustedes.

Y les presentó la carta que acababa de traer. Rodríguez.

El mayor de plaza, don Luis Urrejola, a quien ya hemos nombrado, hombre de fisonomía simpática y distinguida, de noble carácter y honrosa reputación, tomó el papel de manos de Osorio y se dispuso a leer.

De paso debemos decir que a este jefe se debía principalmente el buen éxito de la batalla de Rancagua: él fue el que con más energía había sostenido la opinión de continuar el ataque, y él también quien el día anterior dirigió todas las operaciones del combate y arrostró la responsabilidad de no transmitir a los comandantes de división la orden de retirada que les dio Osorio, cuando vio peligrar los resultados y tomó la fuga.

La carta de Argomedo fue leída en voz alta por Urrejola.

Decía así:

Excelentísimo Señor Comandante General del Reino de Chile, don Mariano Osorio:

Llegué a las seis de la mañana a este campamento de las Bodegas del Conde.

Encontré en el camino al mensajero de O'Higgins, que iba de vuelta: un joven teniente de dragones llamado Ricardo Monterreal, edad diecinueve años, agradable presencia; iba disfrazado de talavera. Doy estos detalles por si es necesario.

Di cuenta al general Carrera de haber sido descubierto por O'Higgins el complot contra su vida, cuya dirección me estaba encargada. Con pocas reflexiones se decidió a dejar abandonada la división de aquel jefe. Eso sí que dos horas antes había salido Luis Carrera con orden de atacar al ejército español, y sólo a las ocho de la mañana se resolvió el general a dar contraorden, que yo en persona llevé al coronel Luis Carrera.

Cuando pude llegar al sitio del combate y avistar a este jefe, fue después de comenzado el ataque. Esto le explicará a Vuestra Excelencia la retirada que hizo, teniendo todas las ventajas de su parte.

He cumplido fielmente mi comisión, y ahora tengo el gusto y la honra de avisar a Vuestra Excelencia que la división de reserva que aquí había ha desertado en su totalidad. El camino de Santiago está abierto sin ningún género de peligros. Apresurándose, no se da tiempo a los patriotas para organizar la defensa.

El portador es don Antonio Candia, administrador de estos graneros (Bodegas del Conde); lo recomiendo a la benevolencia de Vuestra Gracia como un celoso partidario de la causa real. Sigo hasta Santiago en pro de ella.

Su más humilde y respetuoso servidor que besa los pies de Vuestra Excelencia.

Juan Argomedo.

Cuando Urrejola acabó de leer, hiciéronse algunos comentarios de corto momento, y Osorio terminó diciendo:

— Vamos ahora a la plaza de Rancagua; celebraremos un Tedeum en acción de gracias, en esa Iglesia de San Francisco cuya torre ha servido de blanco a muchos de nuestros soldados; y en seguida, reconciliados con Dios, dispondremos nuestra marcha a Santiago.

Hiciéronse los aprestos necesarios conforme a esta orden, y media hora después salía de la casa una numerosa comitiva de jinetes, lo más selecto del ejército español, gente alegre y bulliciosa con la satisfacción del triunfo, a cuya cabeza se distinguía la figura de Osorio, quien, armado de punta en blanco, recibía con afables sonrisas las ovaciones con que en su tránsito lo acogía la muchedumbre. La acción de este libro, que forma en si una novela completa, continúa en "El Enviado", que aparecerá en un próximo volumen.

F I N